R. P. LEONARDO AGUADO

VIDA DEL BEATO SEBASTIAN DE APARICIO

BX
4705
.A6
A48
1947

R. P. LEONARDO AGUADO, O. F. M.

VIDA DEL BEATO SEBASTIAN DE APARICIO

•

CONVENTO DE LAS LLAGAS
DE S. FRANCISCO, DE PUEBLA

MEXICO
1947

VICARIATO DE MEXICO
235.21

R. P. LEONARDO AGUADO, O. F. M.

VIDA DEL BEATO SEBASTIAN DE APARICIO

LIBRARY OF PRINCETON
JUN 26 1995
THEOLOGICAL SEMINARY

ESCUELA APOSTOLICA M. Sp. S.
TLALPAN
BIBLIOTECA

CONVENTO DE LAS LLAGAS
DE S. FRANCISCO, DE PUEBLA

MEXICO, 1947

BIBLIOTECA
FELIX DE JESUS ROUGIER
M. Sp. S.

CURIA DEL ARZOBISPADO DE MEXICO
Secretaría de Cámara y Gobierno

SECRETARIA
del
ARZOBISPADO
de
MEXICO

26-11/47

México, Junio 14 de 1947

Imprímase. Lo decretó
el Excmo. y Rvmo.
Sr. Arzobispo. Doy fe.

Por el M. I. Sr. Srio.
Ramón García Plaza

PROLOGO

NO hay duda que el glorioso Siervo de Dios, Fray Sebastián de Aparicio, es una de las más interesantes figuras de los primeros años de la conquista de México, destacándose como vigoroso civilizador de estas tierras desde el punto de vista industrial y campesino. Desde su arribo a la Nueva España, le vemos ocupado en la benéfica tarea de enseñar a los naturales el cultivo de la tierra y en el difícil arte de amansar a los novillos para dedicarlos a las labores agrícolas. Cábele la gloria de ser el constructor de las primeras carretas que rodaron por el continente americano, dedicadas al servicio del campo y de las minas, y el instructor de los naturales en la construcción de este artefacto, tan útil y necesario en aquellos tiempos. A él se deben las primeras carreteras que cruzaron el suelo mexicano, la de México a Veracruz y la de México a Zacatecas, carreteras que, además de poner en comunicación a importantes ciudades y pueblos del México de entonces, servían como de prodigiosos cauces para conducir, en beneficio

de todos, los productos de los fértiles campos y maravillosas minas del país.

Estos motivos son título bastante para que el pueblo mexicano conserve perpetuamente grata memoria del portentoso varón, Sebastián de Aparicio, y le demuestre su gratitud en su esfuerzo constante por servirle, exteriorizándolo en un recuerdo perenne de su insigne bienhechor, como lo ha hecho con otros de sus servidores: un mausoleo en plazas o paseos; una calle en sus pueblos y ciudades. El pueblo de México no sería justo si olvidase a este insigne varón y no le glorificase, cuando menos, como su colonizador y civilizador.

En el aspecto religioso, el Beato Sebastián de Aparicio, es una de las más preciadas joyas que adornan la corona de gloria que circunda las sienes de la Orden Franciscana en tierras del Anáhuac. El humilde lego franciscano, glorioso ornamento del reino de Galicia, en España, y tesoro incomparable del Imperio Mexicano, constituye un nuevo esplendor de la Seráfica Religión en esta nuestra amada Provincia del Santo Evangelio de México, en la que vivió, practicando en grado heroico todas las virtudes, y en la que murió, rodeado de la admiración y veneración de los religiosos sus hermanos, quienes, postrados a sus benditos pies, los besaban con la mayor devoción y ternura, aplicándole los gloriosos renombres de Beato y de Santo.

Desde el solemne momento de su muerte en que entregó su espíritu al Creador, y en que muchos, al oír el toque de las campanas del templo de San Francisco, acudían a él presurosos, diciendo: Vamos a ver al Santo que ha muerto en San Francisco, los fieles le han proclamado

santo hasta nuestros días, en que el pueblo devoto honra con particular veneración su santo Cuerpo, que se conserva incorrupto en austera urna de cristal en el altar mayor de su espaciosa y bonita Capilla, llamada del Beato Sebastián. Allí sus devotos honran sus sagradas reliquias, y le piden bendiciones y consuelos, gracias y favores, que Dios, por intercesión del Beato Aparicio, se apresura a derramar a manos llenas. Desde la urna gloriosa en que se ve al Beato, descansando en una paz que parece una sonrisa de cielo, y que transpira la preclara santidad de esta excelsa criatura, escogida por Dios para que en la sencillez de su vida, en la obediencia ciega y en la profunda humildad, manifestase las divinas riquezas del alma pura y timorata de Dios, el Beato Sebastián a todos habla al corazón, a todos atiende con liberalidad y largueza. Las gracias pedidas con todo el corazón, las más ardientes súplicas, y los deseos de consuelo y de paz manifestados en multitud de cartas y papeles que se depositan junto a la urna del Beato Sebastián, constituyen un verdadero poema de ternura y de piedad, dando testimonio de la viva fe de miles de almas que se abandonan confiadas al patrocinio del humilde y sencillo Lego Franciscano, que escucha al que le pide y derrama constantemente tesoros de paz, alegría y bienandanza.

Aunque al Beato Sebastián se le tributa culto en alguna iglesia de nuestra Provincia del Santo Evangelio de México, y sobre todo, el que se le da en su casa-morada, el templo de San Francisco de Puebla, es bastante grande, con todo no reviste los caracteres de satisfacción que sería de desearse, y que se merece el glorioso Siervo de Dios. Ya que el pueblo mexicano se ha olvidado de él en cuanto

a su glorificación cívica, justo es que se acuerde de ensalzarlo y glorificarlo en el aspecto religioso y espiritual. Los Franciscanos de la Provincia de México por ser doblemente hermanos suyos, debemos trabajar con todo empeño para que el Beato sea conocido en toda la República y para que su devoción sea practicada por el mayor número de personas de todas las clases sociales. Creemos que la devoción al Beato Aparicio arraigaría profundamente en todo el país y hasta en el extranjero, si nosotros procurásemos darlo a conocer en su santa simplicidad, típicamente franciscana, y en la valiosa protección de que goza delante de Dios para socorrer a sus devotos. Una prueba de lo que decimos está en esa característica o especialidad que reviste la devoción al Beato y que consiste en que los que solicitan de él alivio en sus enfermedades, o verse libres de deudas o cualquier otro favor, le envían cartas personalmente o por correo, dirigidas a su Capilla del templo de San Francisco, con su propio nombre y apellido.

Dos son los motivos que nos han impulsado a publicar esta biografía:

El primero es la difusión y propagación del culto y devoción a nuestro glorioso Sebastián, para mayor gloria de Dios, honor del Beato, y prestigio de nuestra amada Provincia del Santo Evangelio de México.

El segundo, colaborar de alguna manera con esta propaganda al hermoso proyecto de su canonización, para que pronto le tengamos en toda la cristiandad venerado con el glorioso título de Santo. Este proyecto dormía hace tiempo en México, pero lo vino a levantar de su sueño el atildado escritor D. Demetrio García, en la notable Conferencia que dió en el templo de San Fernando de esta Ca-

pital, en el Congreso Terciario Franciscano, celebrado a principios del mes de mayo del año 1943. Dirigiéndose al Sr. Arzobispo de Puebla, que presidía la Asamblea del Congreso, hízole esta tierna y solemne petición:

"Excelentísimo Sr. Arzobispo de Puebla: Muchos millares de fieles de vuestra Arquidiócesis y de diversas partes del país y de otras naciones piden que el Beato Fray Sebastián de Aparicio sea colocado en los altares a la veneración de los fieles, y lo proclaman santo desde hace siglos y cada vez más insistentemente, a la vista de las maravillas que ha hecho y sigue haciendo a cuantos le invocan; los hermanos Terciarios de la Provincia de "El Santo Evangelio" de México, cuyo Primer Congreso preside dignamente V. E., ponen en vuestras manos la causa de la canonización del portentoso franciscano Fray Sebastián de Aparicio y esperan que interpongáis vuestra valiosa influencia, con el fin de que en breve sea proclamado Patrono de todos los conductores de vehículos en América. Toda la nación mexicana, que tuvo la dicha de recibir los beneficios, prodigados a manos llenas por este varón extraordinario, a sus habitantes, pone en vuestras manos la causa de la canonización del sencillísimo y simplísimo Fray Sebastián de Aparicio".

La presente biografía no tiene pretensiones de originalidad; se basa casi enteramente —salvo la forma— en la vida del mismo Beato escrita y publicada por el P. Fr. José Manuel Rodríguez, O. F. M. (México, 1769).

Oración al Beato Sebastián de Aparicio

Todopoderoso y Eterno Padre de las Misericordias, que recién plantada tu Iglesia en este nuevo mundo, quisiste reluciese en ella como astro de rara belleza, tu esclarecido confesor y Abogado mío, el bienaventurado Sebastián de Aparicio, para cuyo fin lo hiciste resplandecer en virtudes y milagros y que como verdadero despreciador del mundo y de sus vanidades no diera paso en su dilatada vida, que no fuese dirigido a tu mayor honra y servicio: concédeme, Señor, que, tomándole por ejemplo, cumpla con las obligaciones de mi estado, y de aquella solemne renuncia que hice en el sagrado bautismo de las pompas y vanidades del mundo, para que, sin entender en otra cosa, en lo que me restare de vida, sino en amarte y servirte, consiga el premio que tienes preparado en la gloria para los que te sirven con perseverancia hasta la muerte. Amén.

Cuerpo Incorrupto del Beato Sebastián de Aparicio, muy venerado en Sn. Francisco de Puebla.

CAPITULO I

Su Nacimiento y Cristiana Educación. Protección del Cielo

EN una de las más bellas regiones de España, denominada Galicia, se encuentra situado un pueblecito, pequeño por el número de sus habitantes, pero vistoso por sus bonitos alrededores. En este pueblo, llamado Gudiña, quiso el cielo que viese la luz primera nuestro Beato Sebastián, el día 20 de enero del año 1502.

Fueron sus padres dos humildes labradores; Juan de Aparicio y Teresa del Prado, sin más riqueza ni caudal que el trabajo de sus manos y la pureza de su religión y cristianas costumbres. Con estas dos hermosas cualidades, laboriosidad y moralidad, intentaba este feliz matrimonio enriquecer a sus hijos, firmemente convencidos de que sin el temor de Dios, sin una

cristiana educación, la más grande riqueza y la mayor nobleza son pura vanidad y causa de grandes males para las almas.

Bien pronto aparecieron en Sebastián claras señales de la bella índole con que el cielo le había dotado, señales que infundieron en sus padres la hermosa esperanza de que el esfuerzo de su cristiana educación daría a su debido tiempo frutos sazonados. Era diligente en obedecer las órdenes de sus padres y mayores, fuertemente inclinado a los ejercicios de piedad y devoción, pasando en el templo las horas que otros niños gastaban en juegos y diversiones, moderado en su lengua, modesto en sus ojos, recatado en todas sus acciones y dispuesto para todo lo bueno. Estas bellas cualidades fueron acentuándose con la edad, llenando de alegría a sus padres que lo querían como su hijo, pero más por sus tempranas virtudes.

Que Dios destinaba a Sebastián para cosas grandes y muy dignas de su divinos ojos lo demuestra el esmero con que atendía a la conservación de su preciosa vida, protegiéndola de manera singular, como puede verse en el siguiente caso que se lee en su biografía:

Siendo Sebastián como de doce años, se encendió en los pueblos comarcanos a Gudiña una tremenda peste que los iba dejando casi desiertos, razón por la que las autoridades del lugar resolvieron instalar en sus proximidades una casa que sirviese de lazareto y hospital para los

apestados, imponiendo penas a todos los sanos que se acercasen a ella, a fin de evitar la propagación del contagio. Esas prudentes disposiciones no bastaron para impedir que algunos se contagiasen de la enfermedad reinante, y entre ellos nuestro Sebastián. Afligida su madre por la desgracia, y temerosa de que si lo llevaban al hospital destinado para la curación de los contagiados, no tendría el consuelo de asistirle, lo trasladó ocultamente a una casa derruída fuera de la población, pero que tenía dentro de sus ruinas una pieza todavía útil. En este aposento le visitaba su madre cuantas veces podía, para suministrarle los cuidados y remedios que su pobreza le permitía, procurando no despertar la curiosidad de sus paisanos. No obstante estas atenciones, la fiebre, acompañada de un tumor contagioso, se le encendió al tercer día de manera tal, que le puso a las puertas de la muerte, dejándolo como cadáver, por lo que su madre, creyéndole tal, salió del cuarto sumamente desconsolada, sin advertir en medio de su dolor que dejaba abierta la puerta que en otras visitas había cerrado perfectamente. Este natural descuido en persona de tanta aflicción fué precisamente disposición providencial para devolver la salud al enfermito, pues aprovechando la ocasión un lobo de los bosques inmediatos entró en el aposento de Sebastián, y rompiendo con sus dientes el infestado tumor, le extrajo todo el pus que envenenaba la sangre, y lamiendo

después con su lengua la herida, la dejó completamente cicatrizada. Terminada esta operación, el lobo huyó veloz al bosque de donde había venido, y Sebastián, sintiéndose enteramente sano, dió gracias a Dios, y se acostó de nuevo en su lecho, esperando la vuelta de su madre, la cual recibió tremenda sorpresa al ver que, al abrir la puerta de la estancia, su hijo se levantó para recibirla inundado de alegría su rostro por la total curación. Conducido el niño a su casa lo recibió su padre con igual admiración, dando gracias y alabando los tres al Altísimo por tan singular favor.

Este estado de salud que el cielo le había concedido por tan extraño modo, estimuló a Sebastián para dedicarse con más ahinco y frecuencia a la piedad y ejercicios espirituales como también, para rendir mayores utilidades a su familia, a la práctica de labores y trabajos, como pastoreo de vacas y cultivo del campo, en los que se ocupó desde entonces hasta los veinte años.

Curación milagrosa del B. Sebastián.

CAPITULO II

Se Ausenta el Beato de su Casa. Triunfos de su Pureza. Su Venida a México

NO obstante que nuestro Sebastián quería con verdadero cariño, por naturaleza y por virtud, a sus padres, a quienes, después de Dios, debía el ser, se resolvió, apenas cumplidos los veinte años, a dejar su casa y familia, para entregarse al oficio de criado en casa ajena, con la finalidad de obtener mayores rendimientos y atender mejor a las necesidades del hogar en que se crió. Por los grandes hechos posteriores de la vida de nuestro joven Aparicio, bien podríamos decir que esta separación de su casa y familia fué un remedo de aquel llamado que Dios hizo al Patriarca Abrahán, para que se

ausentase de su tierra a fin de realizar en él grandes empresas.

De Galicia su tierra natal, se dirigió a Castilla en busca de trabajo, el que encontró bien pronto en la ciudad de Salamanca, entrando desde luego al servicio de una señora viuda que lo contrató para la tarea de proveer con unos jumentos desde la distancia de una legua de la ciudad todo lo necesario para su casa y alimento. Comprendiendo Sebastián, como buen cristiano que era, la responsabilidad de su oficio, procuró cumplirlo con la mayor puntualidad y exactitud, lo que le atrajo la gratitud y atención de su ama. Atento en su sencillez e inocencia al desempeño de sus quehaceres no pudo darse cuenta de que el demonio iba infiltrando en el corazón de la señora cierto afecto desordenado hacia él, afecto que, andando el tiempo, se declaró en una forma enteramente descarada. Escandalizado nuestro joven con los impuros designios de su licenciosa ama, la reprendió cristianamente, y dando media vuelta, huyó, cual otro José, de casa tan peligrosa.

Con tan hermosa victoria de su angelical pureza, se dirigió a Andalucía, siempre con la idea de servir en ocupaciones humildes y laboriosas que, a la vez que mortificaban su cuerpo, humillaban también el espíritu. Habiendo llegado a San Lúcar de Barrameda, encontró colocación en casa de dos doncellas huérfanas que vieron en Sebastián no sólo un cuidadoso y apropiado

administrador de sus bienes de fortuna, sino también un fiel director que, con los raros ejemplos de su modestia y cristiana piedad, les inspirase dictámenes de continencia y devoción.

No es de extrañar que siendo nuestro joven de conducta tan arreglada y cristiana, se ganase bien pronto el afecto y la benevolencia de toda la familia. Pero el enemigo, que no duerme y está siempre atento a la perdición de las almas, deseoso de vengarse de las humillaciones que le hacía el joven Sebastián con su virtud, intentó mancillar su pureza, despertando en el corazón de una de las doncellas un amor impuro hacia él. Declaróle la joven sin ambajes ni rodeos su infame pasión, de lo que quedó terriblemente sorprendido Sebastián, pero como tenía profundamente grabado en su alma el temor de Dios, rechazó tan desaforada proposición y se ausentó de aquel lugar yendo a buscar trabajo al pueblo de Guadalcanal.

Al llegar a Guadalcanal se enfermó de una fiebre aguda, que le obligó a ponerse en cura, teniendo que gastar en ella todos sus ahorros. Recobrada la salud, siguió su jornada a pie hasta llegar de nuevo al puerto de San Lúcar, en donde un labrador acomodado le contrató para que se encargase de una valiosa hacienda de labor. Durante siete años cuidó y trabajó nuestro joven esa finca, dejando con su laboriosidad y vigilancia perfectamente satisfecho a su amo, quien reconoció el acierto que había

tenido en su elección al ver el éxito de las más abundantes cosechas.

Como en el puerto de San Lúcar indudablemente había cierto movimiento para las nuevas tierras descubiertas, nuestro joven Sebastián se dió cuenta y tuvo conocimiento de ellas, y creyendo que allí podría trabajar mejor para la gloria de Dios y obtener mayores emolumentos para socorrer a sus padres, manifestó a su amo sus deseos de embarcarse para la Nueva España. Este procuró detenerle con ruegos y ventajosas promesas de mayor sueldo y parcelas de terreno, pero reconociendo nuestro joven que Dios lo llamaba, por medio de sus ocultas inspiraciones, para las nuevas tierras se embarcó para México, a los treinta y un años de edad, desatendiendo las jugosas proposiciones de su amo, y no sin haber derrotado ruidosamente por tercera vez al demonio que atacó su virginal pureza, valiéndose de una hermosa joven que le provocó de la manera más descarada que pueda imaginarse.

Desde que empezó el trabajoso viaje de su navegación hacia el Nuevo Mundo, su generosidad invicta tuvo mucho en que ocuparse, pues tanto los marineros como los pasajeros que con él venían, al darse cuenta de su sencillez y franqueza, le tomaron como blanco de sus pasatiempos y diversiones. El sufría con gran paciencia las burlas que le hacían, pero esto mismo acrecentaba los ludibrios y baldones de sus com-

pañeros de viaje, creyéndole un aldeano rústico y simplón. Sin embargo, al ver a Sebastián constante en su sufrimiento y en su callada modestia, bien pronto comprendieron que aquella su actitud no era simpleza y rusticidad sino efecto de una gran virtud, con lo que las irrisiones de antes se convirtieron en respetos, las sátiras en alabanzas y los ultrajes en veneración. Al final del viaje, los que venían en la nave habían formado de él tal concepto que estaban persuadidos de que sus oraciones fervorosas habían influído más en su feliz llegada al puerto de Veracruz, que los vientos favorables y la habilidad de los marinos.

CAPITULO III

Pasa el Beato Sebastián a la Ciudad de Puebla. - Sus Ocupaciones en ella. Establécese en la Ciudad de México

HABIENDO estado nuestro Sebastián una corta temporada en la ciudad de Villa Rica, que era el nombre que los conquistadores habían dado a la ciudad de Veracruz, y no hallándose a gusto en ella por no poder dedicarse a sus antiguas ocupaciones, resolvió trasladarse a Puebla de los Angeles, que acababa de ser fundada por el gran misionero franciscano, Padre Motolinia.

En las inmediaciones de Puebla, en donde había hermosos y propicios campos de cultivo, se entregó de lleno a las siembras de trigo y de maíz, de las que esperaba recoger abundantes cosechas, para con ellas atender a sus necesi-

dades y enviar parte de sus ganancias a su familia en la lejana España. Parece que sus esfuerzos en la labranza del campo no le dieron el resultado que se esperaba durante los dos años en que estuvo entregado a ella, por lo que, pasado ese tiempo, se dedicó a la tarea de amansar y domar novillos para uncirlos, después de amansados, en las carretas que él mismo inventó y construyó para transportar las semillas de las haciendas de campo y las mercancías que llegaban al puerto de Veracruz, a las ciudades de Puebla y México.

Nueve años pasó nuestro Beato en esta laboriosa ocupación, viviendo en los alrededores de Puebla, siendo objeto de admiración y respeto de los naturales del país, que estaban asombrados de su habilidad y destreza para sujetar y domesticar a tan fieros animales, y construir artefactos tan útiles para el transporte. Pensando con mucho acierto que su ocupación tendría más vasto campo de acción en la ciudad de México, se trasladó a esta ciudad con todas sus carretas y mobiliario, dedicándose desde luego, sin perdonar trabajos ni fatigas, al transporte de mercancías a la capital, no sólo desde el campo sino también de las lejanas poblaciones de Veracruz y Zacatecas. Viendo las dificultades que había para el transporte desde puntos tan lejanos, dejando a un lado las tortuosas veredas que entonces se conocían, resolvió abrir caminos apropiados para sus carretas, construyen-

do al efecto las dos primeras carreteras que se conocieron en el país, es decir, la de México a Veracruz y la de México a Zacatecas.

Constantemente recorría estos caminos o carreteras nuestro Sebastián, con su numeroso equipo de carretas, trayendo a México las mercancías que venían del extranjero al puerto de Veracruz y los ricos tesoros de plata que se extraían de los opulentos minerales de la región de Zacatecas. Pero en todos sus viajes, más que del cuerpo y de las cosas materiales, se ocupaba en el adelanto de su espíritu, convirtiendo sus carretas en un verdadero eremitorio volante. Sin que turbasen jamás la paz y serenidad de su alma los múltiples contratiempos de su ocupación, ejercitaba durante ellas las virtudes de la oración, modestia y humildad, pureza y penitencia y, sobre todo la caridad con el prójimo, socorriendo con generosidad y largueza a cuantos pobres encontraba por el camino y conduciéndolos gratuitamente en sus carretas cuando iban en la misma dirección. Deseando más que todos los tesoros la conversión de los infieles, se compadecía grandemente de los indios chichimecas, cuya ferocidad hacía estragos en los caminantes, y les favorecía cuanto podía en sus viajes llevándoles porciones considerables de maíz y algunos novillos y otras chucherías que sabía les gustaban, para de ese modo traerlos a la verdadera religión, o cuando menos lograr de ellos que no cometiesen tantas barba-

ridades con los viajeros. Esta conducta tan cristiana le conquistó gran simpatía entre esos indios feroces, quienes luego que le veían se dirigían a él con demostraciones de respeto y de cariño, haciéndole algunos regalos y acompañándole en grandes trechos de sus viajes para que caminara más seguro de los peligros de las fieras del campo y de las asechanzas de los de su misma raza.

Habiendo pasado varios años en esta penosa ocupación de manejar carretas, y cansado ya su trabajado cuerpo, resolvió venderlas y dedicarse de nuevo al cultivo del campo, en el que esperaba llevar una vida menos azarosa y arriesgada. Tenía por entonces cincuenta años de edad.

Sus actividades se desarrollaron entonces en una hacienda de labor que compró entre Atzcapotzalco y Tlalnepantla, a poca distancia de la ciudad de México, acompañando con su trabajo personal, aunque para ello no tenía necesidad, a los indios que tenía ocupados en ella como peones. Su trabajo, con la bendición de Dios, le proporcionó abundantes cosechas con cuyo producto pudo comprar una nueva hacienda destinada a la cría de beneficio de rebaños de ovejas.

Dadas las grandes virtudes de nuestro Beato, bien pronto ambas haciendas se convirtieron en lugares de refugio para los pobres y necesitados. Era para él un gran placer prestar a

otros labradores sus aperos de labor cuando éstos los necesitaban, como también proveerles de semillas para las siembras y ayudarles con sus peones y animales en sus trabajos del campo, sin que jamás pidiese retribución alguna por tales préstamos, ni aún siquiera por las usurpaciones de tierra que a veces le hicieron en sus haciendas.

Su caridad para con los pobres y necesitados no reconocía límites, impulsándole a remediar las necesidades de cuantos miserables recurrían a él en demanda de socorro. Los dos casos siguientes nos convencerán de lo extraordinario de esa virtud. Una viuda, cuyo marido había muerto quedando a deber a Sebastián una suma considerable, fué llamada por éste a su casa, mientras por otra parte avisaba a un notario para que se presentara a dar testimonio de lo que delante de dicha mujer iba a realizar. La viuda estaba asustada, creyendo que delante del notario le iba a exigir inmediatamente el pago de la deuda, pero quedó tremendamente sorprendida cuando vió a Sebastián que, sacando los vales y recibos que acreditaban la dicha deuda, los hizo pedazos, ordenando luego al notario que extendiese de su firma y letra recibo de pago a la viuda. Y no quedó ahí la cosa, sino que además le prometió a la señora que le socorrería en sus necesidades a ella y a sus tres hijas doncellas, a las que dotó con suficiente dinero para colocarlas decentemente en el estado de matrimonio.

El otro caso es también muy interesante. Pasando cierto día nuestro Beato por la Plaza Mayor de México, vió que llevaban preso a un hombre, y acercándose a los que le conducían les preguntó el motivo. Los guardias le respondieron que lo llevaban a la cárcel porque no había pagado la cantidad de tres mil pesos que debía. Suplicóles Sebastián que lo soltasen que ya pagaría dicha cantidad el preso, pero los guardias tomaron a broma esta petición y siguieron su camino, mientras Sebastián insistía en su petición. Acertó a pasar por el lugar el juez que había dado la orden de aprehensión, y enterado de que alguien intentaba impedir la ejecución de la justicia, preguntó quién era ese temerario que pretendía tal cosa. Respondió Sebastián que él sólo pretendía informarse del motivo de la aprehensión de aquel infeliz, para ver la manera de librarle de su tribulación y angustia, y que habiendo conocido ya el motivo, suplicaba con el mayor respeto al señor juez que ordenase la libertad del preso, porque se pagaría íntegra la cantidad adeudada. El juez, que conocía perfectamente a Sebastián como persona pudiente y de intachable conducta, tan pronto como oyó la promesa que le hizo de pagar íntegramente la deuda contraída por el preso, puso a éste en libertad, ordenándole que se retirase tranquilamente a su casa, quedando todos edificados del admirable acto de caridad que habían presenciado.

CAPITULO IV

Practica el Beato Sebastián las Virtudes en su Oficio de Labrador. Tentaciones y Asechanzas que pone a su Virtud el Demonio

COMENZO nuestro Sebastián a enriquecerse en el oficio de labrador mediante el asiduo trabajo y el esmerado esfuerzo que ponía en su desempeño, llegando a adquirir fama de opulento entre los de su misma carrera o profesión. Pero dados sus principios de virtud y mortificación, cuanto más aumentaban sus riquezas, menos disfrutaba de ellas, privándose de las comodidades que suelen traer aparejadas.

Su conducta a los ojos de los mundanos era verdaderamente extraña, pues lejos de buscar con el dinero comodidades y satisfacciones, parecía gastarlo en la búsqueda de penalidades y

mortificaciones. No obstante su mucha riqueza. su alimento diario consistía en unas pocas tortillas de maíz, sazonadas con chiles deshechos en agua, a lo que añadía en los días festivos un poco de carne de res; su bebida invariablemente era el agua. Su cama era una delgada estera o simple petate, extendido en la dura tierra, sobre el cual se entregaba al descanso durante algunas horas de la noche, cuando dormía en su casa, porque muchas noches cuando salía a velar y vigilar sus sembrados, dormía sobre su caballo, arrimando la cabeza a una vara larga de la que se servía como arma para ahuyentar a las bestias y animales que causaban perjuicios en la finca. Su vestido era sencillo y muy modesto; y vivía completamente alejado de los pasatiempos y diversiones del mundo.

La gran sinceridad con que practicaba todas y cada una de estas cosas, ponía a salvo su humildad, pues su misma sencillez hacía que los hombres no las atribuyesen a virtud ni reflexionasen sobre el fondo de bondad de donde procedían, por donde puede comprenderse que quedaba reservado para sólo Dios el conocimiento de las virtudes que practicaba en su interior, tales como la presencia de Dios, el amor divino, su continua oración y la contemplación de los misterios de nuestra sacrosanta religión.

Si la humildad de Sebastián ocultaba estas virtudes ante los hombres, no sucedía lo mismo con el demonio, nuestro común enemigo,

que ya estaba receloso de la piedad del siervo de Dios y había comenzado a poner por obra todos los medios que le sugería su astucia, para separarle de sus santos propósitos, como puede verse en los casos que anotamos a continuación.

Cierta noche, después de haber cerrado la puerta de su casa, se puso a orar nuestro Beato, y cuando más engolfado estaba en su oración, dando gracias a Dios con dulces y amorosos coloquios, por los singulares beneficios con que incesantemente le colmaba, y acusándose en su presencia al mismo tiempo como reo de la mayor ingratitud, se le puso delante el demonio, en la horrible figura de un etíope descomunal, quien con un tridente de madera, que suele servir a los labradores como de instrumento para separar el grano de la paja, le incitó a que se levantase y saliese a aventar una parva de trigo que tenía en la era, pues estaba corriendo un viento muy a propósito para el efecto, deseando él darle ayuda en esa tarea. Admirado Sebastián de ver delante de sí tan monstruoso vestiglo, le preguntó por dónde había entrado, pues estaba cerrada la puerta, a lo que contestó que él sabía penetrar hasta los lugares más recónditos sin que le impidiesen para ello las más fuertes cerraduras. Al oír esta expresión comprendió perfectamente el siervo de Dios que el etíope que tenía delante era el pérfido asesino de las almas, el demonio, y en seguida haciendo sobre él la señal de la cruz, le puso en vergonzosa fuga.

Corrido, pero no escarmentado, tramó el demonio un nuevo asalto para derrocar la virtud de Sebastián. Esperó el enemigo a que saliese el Siervo de Dios una noche a vigilar sus sembrados, como lo tenía de costumbre, y transformándose en furioso toro, lo acometió con tal ímpetu, que parecía que lo iba a despedazar. Sebastián, creyendo que era un toro natural que se había escapado de las haciendas vecinas, se bajó de su caballo y confiado en su natural valor y en la admirable destreza que tenía para domar novillos, tarea que había realizado durante años en el Estado de Puebla, lo aguardó a pie firme, y agarrándole por las astas, comenzó a lidiar con él durando en la lucha varias horas hasta la madrugada. Comprendiendo nuestro Beato que la ferocidad de aquel toro era distinta de los toros comunes y corrientes, sospechó que era el espíritu maligno, y dirigiendo su mirada al cielo recibió de él pronto socorro, pues sabedores los religiosos franciscanos del convento de Tlalnepantla por revelación de Nuestro Señor de la tribulación de Sebastián, le encomendaron a Dios en sus oraciones, teniendo poco después la dicha de verlo llegar al templo a dar gracias por haber salido victorioso de tan espeluznante combate.

Tercera vez acometió el espíritu infernal a nuestro Sebastián para apartarle de la virtud y de la piedad, pero en esta circunstancia no se valió de medios terroríficos, como en los casos

El B. Sebastián huye de la tentación.

anteriores, sino de las atracciones de la blandura y la suavidad; pues él sabe muy bien que más victorias obtiene la dulzura del cariño y la adulación que todo el rigor de las amenazas. Transformóse, pues, el espíritu maligno en una hermosa y bella dama, adornada con lujosas y ricas telas, y salió al encuentro del siervo de Dios, usando en la entrevista todo el atractivo de las caricias y palabras lisonjeras. Preguntóle Sebastián qué era lo que deseaba, a lo que respondió que, compadecida de su avanzada edad y viendo lo mucho que aún en su vejez trabajaba sin disfrutar ni de comodidad ni descanso, ella se le ofrecía únicamente para amarle y servirle, proporcionándole placer y regalo. Reveló el cielo a nuestro Beato la clase de persona que tenía delante, y comprendiendo que es más temible una mujer deshonesta que una fiera, se apresuró a arrojarla de sí, haciendo la señal de la cruz con lo que el demonio huyó de su presencia confundido y avergonzado.

CAPITULO V

Contrae el Beato Sebastián Primeras Nupcias y Conserva Integra en Ambas su Pureza Virginal

SESENTA años de edad contaba ya nuestro Sebastián, y durante todo ellos su virginal pureza registró triunfos admirables. Pero no contento con esto, confiando en el poder de la gracia que le había sacado victorioso, aun siendo joven, en tan peligrosos combates, se resolvió a elevar la práctica de esa virtud hasta el último grado a que puede llegar entre los hombres su heroísmo, mediante el difícil empeño de conservarla intacta en el estado matrimonial. Comprendiendo que le era necesaria la compañía de una esposa para que le atendiese en las necesidades de su ancianidad, pensó en buscarse una compañera de edad apropiada para que le

proporcionase los necesarios cuidados, pero también de tanta virtud que no pusiese en peligro su firme y heroico propósito de conservarse perpetuamente virgen.

Nuestro Señor que se complace en los corazones puros y castos, atendió los deseos de Sebastián, haciendo que un vecino pobre del pueblo de Chapultepec, que entonces distaba media legua de la ciudad de México, se dirigiese a él para exponerle los riesgos a que estaba expuesta, por su pobreza, la virtud de una hija suya. Angustiado por tales peligros, suplicó el padre a nuestro Sebastián que amparase por amor de Dios a su hija, ofreciéndosela desde luego por esposa, sin más dote que su reconocida honestidad y recogimiento. Convencido el Beato que la joven que aquel buen hombre le proponía era la que la Providencia le destinaba para sus santos propósitos, aceptó la propuesta y procedió a arreglar sus cosas para la celebración del matrimonio que después tuvo lugar.

Era la esposa de Sebastián de un candor columbino y de tanta virtud que no encontró dificultad para aceptar la propuesta de mantenerse ambos vírgenes en su estado conyugal hasta la muerte. Ese candor y esa pureza quedan de manifiesto ante la expresión que Sebastián hizo de ella después de muerta, diciendo **haber criado en ella una palomita para el cielo, blanca como la leche.**

Manejábase Sebastián con su esposa como si fuese su padre, sin faltar en lo público a las

precisas atenciones como marido; proveyéndola de todo cuanto podía contribuir a la comodidad y decencia de su estado, sin agravio de la moderación cristiana. Acompañábala siempre a la mesa y en las noches la conducía al lecho, en donde la dejaba acostada con la atención y ternura de un amoroso padre con su amada hija. Retirándose después a su aposento de la casa, se encomendaba a la Reina de las Vírgenes, mediante el rezo devoto del santo Rosario, y regresaba luego a tomar el debido descanso, acostándose en el duro suelo o sobre un tosco petate a los pies del lecho de su esposa. Como ésta no conocía bien las labores propias de una mujer, como coser y demás tareas parecidas, la llevaba con la mayor frecuencia a casa de una honesta señora, a quien había encargado la instruyese de manera eficiente.

Claro está que la dulzura de este trato entre los dos consortes no podía menos de producir esa hermosa y plácida paz que llena de satisfacción los corazones verdaderamente cristianos. Rabioso el demonio de esta felicidad de Sebastián, procuró turbarla, valiéndose para ello de sus mismos suegros que le hacían el injusto cargo de tratar mal a su hija, y mirarla con cierto abandono, y que por lo mismo, le llenaron de improperios. Sebastián que, respecto de este asunto, tenía muy tranquila su conciencia, se defendió de las injurias que se le dirigían y, usando de su acostumbrada mansedumbre, respondió a sus suegros diciendo: que no se ha-

llaba culpado en el cargo que se le hacía, porque ni la maltrataba, ni la quería mal, como ella misma lo podía decir; que, por lo demás, no tenían que cansarse, porque él se había casado con ella para ampararla, y si le alcanzaba por días, dejarla por universal heredera de todos sus bienes, para que con ellos pasara descansadamente la vida, y libre de las necesidades que antes le afligían en el mundo. Esta respuesta, llena de madurez, en vez de calmar los ánimos de los suegros, los encendió más, redoblando contra Sebastián las acusaciones de falta de amor para con su esposa, y llegando hasta el punto de hacer diligencias para que se disolviera por la autoridad competente el matrimonio contraído. Interin se realizaban estas cosas, Dios dispuso de la joven casada, llevándola para sí, después de haber vivido con Sebastián poco más de un año en perfecto estado de virginidad.

El poder de la gracia que hizo salir victorioso a nuestro Sebastián del peligroso conflicto arriba dicho, reanimó su valor y cristiana prudencia para duplicar las palmas de su triunfo, contrayendo segundo matrimonio a los sesenta y tres años de su edad, sin perder de vista su heroico propósito de mantenerse virgen en el estado conyugal. Para tener éxito en sus santos designios, procuró informarse de las circunstancias de virtud y edad apropiada de la que había de ser escogida para su compañera, y habiendo encontrado ambas cosas en una noble

joven del pueblo de Atzcapotzalco, llamada María Esteban, se desposó con ella, a entera satisfacción y con licencia de los padres de la doncella.

Vivió con esta su segunda esposa en igual paz que con la primera, siempre unidos en el espíritu, e igualmente de acuerdo en los pareceres.

En medio de esas santas delicias, sobrevino a nuestro Sebastián una grave enfermedad, de tal modo que temió por su vida, por lo que se resolvió a hacer testamento de sus bienes. En dicho testamento puso esta cláusula textual: "Para mayor honra y gloria de Dios declaro que mi mujer queda virgen como la recibí de sus padres; porque sólo me desposé con ella para tener algún regalo en su compañía por hallarme mal solo y para ampararla y servirla de mi hacienda".

Cuando los deudos de la joven se dieron cuenta de la continencia y virginidad de nuestro Sebastián, levantaron contra él las mismas quejas e inquietudes con que le molestaron los de la primera esposa, acentuándolas más todavía con las súplicas que dirigieron a su confesor para que le hiciese desistir de su santo y heroico propósito; pero convencido Sebastián de que en estas diligencias no tenía su esposa ni el más leve influjo, él reanimaba la heroicidad de sus propósitos que conservó hasta la temprana muerte de la joven virgen, acaecida apenas

al terminar el año de casada, a causa de la caída de un árbol adonde se había encaramado.

Teniendo en cuenta el casto amor con que Sebastián correspondió a su esposa, sintió mucho su muerte, aunque se consolaba con el pensamiento de que con ambas esposas había logrado criar, como él mismo decía, **dos palomitas para el cielo, blancas como la leche.** Habiendo enterrado a su esposa en la iglesia de los Padres Dominicos de Atzcapotzalco, remitió a sus padres los dos mil pesos con que la había dotado y además todas las alhajas y joyas que había comprado para su uso.

Con la muerte de su esposa, comenzó nuestro Beato Sebastián a reflexionar sobre lo ventajoso que sería para su espíritu dejar todo cuanto poseía para correr desembarazadamente por la estrecha senda de la perfección.

CAPITULO VI

Renuncia el Beato Sebastián todos sus Bienes Temporales. - Ejerce el Oficio de Sirviente en el Monasterio de Santa Clara de México

UNA grave enfermedad, que puso en el último peligro su vida, resolvió más fuertemente a nuestro Sebastián a llevar a la práctica su designio de abandonar el mundo y todas sus vanidades y refugiarse en el seguro puerto del estado religioso. La consideración de que si hubiese muerto en aquella enfermedad, se hubiese encontrado, a su juicio, escasísimo de méritos en el rectísimo tribunal del Supremo Juez, le hizo aumentar la rigidez de sus penitencias y mortificaciones. Presentábase en público con un vestido más basto y burdo que antes y no hablaba ya más que lo más preciso, huyendo de

las conversaciones vanas e indiferentes, y no permitiendo que en su presencia se tratasen otros asuntos que los del cielo.

Su santificación le traía tan preocupado y abstraído, que llegó a poner en cuidado a sus propios amigos. Viéndole éstos más mortificado que antes, y más frecuente en sus devociones, solícito del retiro, y anegados sus ojos en lágrimas, acompañadas siempre de profundos suspiros, se compadecieron de él y le suplicaron les declarase el motivo de aquella novedad. Explicóles Sebastián la gran impresión que causaba en su espíritu la importancia de su salvación, por la cual estaba resuelto a abandonar el mundo y todas sus cosas y retirarse a un convento, para pasar allí santamente lo poco que le restaba de vida.

La declaración de tan bellos propósitos, lejos de encontrar apoyo en los amigos, suscitó la más fuerte y resuelta oposición. Hacíanle todos reflexiones sobre la vida cristiana que hasta entonces había llevado, no sólo con ejemplo sino también con edificación de cuantos tenían noticia de su conducta y que Dios, que le había colmado de riquezas y le había asistido con su gracia para que viviese virtuosamente, le asistiría en adelante para que pudiese salvarse, sin pensar en la vejez, en singularidades y novedades siempre odiosas.

Escuchaba Sebastián a sus amigos sin alterarse, y con la mayor serenidad les respondía:

Hermanos: todo lo que decís de mí es verdad, pero lo que sé decir es, que todo lo de por acá es basura y polvo, sólo el servir a Dios es lo bueno y perfecto: y para que veáis esta verdad, mirad cuántos ricos hay en el infierno, a quienes las riquezas les sirvieron de pesas para ir allá; mirad cuántos pobres hay en el cielo, a quienes la pobreza sirvió de alas para subir tan alto, que se pierden de vista.

Deseoso Sebastián de poner en ejecución lo más pronto posible y con la mayor seguridad, su proyecto de retirarse al claustro, visitaba con frecuencia, para consultarle sobre la materia, a un religioso muy espiritual que vivía en el convento de N. P. San Francisco de Tlalnepantla. El religioso, movido de los dictados de la prudencia, trató de probar la constancia de Sebastián en su propósito, y observar si su vocación era realmente de Dios o una veleidad suya, para lo cual, al mismo tiempo que fomentaba su desengaño, le dilataba el plazo para realizarlo. Viendo esto, cierto día que sintió mayor fervor en sus propósitos, presentóse Sebastián al religioso y le dijo resueltamente: Padre, ya estoy decidido a dejar sin más tardanza toda mi hacienda a los pobres, y retirarme a servir a algún convento de religiosos, para restaurar por este medio algo del mucho tiempo que he perdido en los negocios del siglo.

Conociendo el buen religioso que Sebastián, lejos de desistir de su pensamiento, se había

fortalecido más y más en él con la demora en ponerlo en ejecución, le propuso que para emplear sus riquezas en mayor servicio de Dios y bien del prójimo, socorriera con ellas a las pobres monjas de Santa Clara, que a la sazón estaban fundando en México su convento y tenían mucha necesidad de recursos para sostenerse. Este consejo fué muy del agrado de Sebastián, y considerándolo como oráculo del cielo, contestó al religioso con prontitud y alegría que lo diese por hecho. Sin pérdida de tiempo trató luego de formalizar la donación de cuanto poseía a las Religiosas de Santa Clara, mediante escritura levantada ante Notario público en la ciudad de México el día 20 de diciembre de 1563. La única condición que ponía a las Religiosas era que lo recibiesen como su sirviente.

Teniendo en cuenta lo avanzado de la edad de Sebastián, su director religioso, le aconsejó que tomase el hábito de Donado en la Orden Franciscana, para que así pudiese satisfacer sus deseos de servir a las Religiosas Clarisas. Grande fué el gozo y la satisfacción de Sebastián al verse revestido de aquel santo hábito, en el que veía representadas sus ansias de perfección y santidad.

Pusiéronle, desde luego, las Religiosas al cuidado de la sacristía, oficio que desempeñó siempre con tanto celo como edificación, y dentro de la más admirable sinceridad, cualidad que

acompañó todos los actos de su vida. Dada la notable escasez de su memoria y no obstante que ponía todo el empeño posible en instruirse en las ceremonias pertenecientes a su ministerio, cometía algunos defectos que él procuraba enmendar de la mejor manera, y que demostraban su santa simplicidad. Cuéntase que ayudando en cierta ocasión una Misa cantada, revestido de sobrepelliz, luego que el sacerdote dijo: Orate fratres; él, que de un acto a otro se olvidaba de lo que debía hacer, trató de responder, pero pareciéndole que no hacía bien en ello, puesto de pie y vuelto hacia el coro, preguntó a las Religiosas: ¿Deo gratias; han de responder allá o yo acá?

Tanta simplicidad y tanta virtud ponían furioso al demonio que determinó renovar contra él su antigua rabia y declararle de nuevo la guerra, no sólo con tremendas tentaciones interiores sino también con vejaciones exteriores y sensibles. Quejándose Sebastián de esta terrible persecución diabólica ante la Abadesa y demás religiosas del convento, pidió sus oraciones fervorosas, para salir triunfante del espíritu maligno. Las religiosas, compadecidas de su situación, le prometieron los auxilios poderosos de sus plegarias y a la vez dispusieron que dos personas le acompañasen por la noche en su aposento. Pero sucedió cierta noche que estando Sebastián recostado en una tabla que le servía de cama, entraron por la fuerza a su cuarto dos

feroces leones; uno de ellos tomó la candela con que se alumbraba y, con saltos descompuestos, la arrojó por todas partes, sin que se apagase la luz; y el otro dirigiéndose a uno de los compañeros que dormía, se arrojó sobre él y le agarró de la garganta en actitud de ahogarle. Sebastián, viendo el peligro de sus compañeros, acudió en su ayuda, y haciendo la señal de la cruz, arrojó del cuarto a los feroces leones, que no eran sino dos temibles demonios.

CAPITULO VII

Entra el Beato Sebastián en la Primera Orden Franciscana. - Su Noviciado y Profesión en ella

CERCA de un año estuvo sirviendo nuestro Sebastián a las religiosas Clarisas en su Monasterio en el oficio de sacristán, siempre combatido por el demonio, pero siempre victorioso de él; pues mientras más empeño ponía el enemigo en hacerle volver al mundo, más redoblaba Sebastián sus fervores, llevando estos a tal punto que le impulsaron a abrazar la vida religiosa en el claustro.

Hechas las debidas diligencias, fué aceptado nuestro Beato por los Padres Franciscanos en la Primera Orden, vistiendo el santo Hábito el día 9 de junio del año de 1564.

Como toda su vida anterior la había empleado en caminar con pasos de gigante por la senda de la virtud, nada tiene de extraño que al principiar Sebastián su noviciado diese pruebas no de principiante en la vida espiritual sino de quien intenta dar la última mano a su perfección. Esta disposición de su espíritu, unida a una fuerte y vigorosa complexión de su cuerpo, no obstante su avanzada edad, le capacitaban para todas las laboriosas ocupaciones de su estado de Hermano Lego, las cuales procuraba desempeñar con el mayor fervor. Este fervor y tanta virtud excitaron la ira y rabia del demonio que no dejó de perseguirle y atormentarle ni una sola noche durante todo el año del noviciado. Aparecíasele en varias figuras, y después de tratar de aterrorizarle y acobardarle, le quitaba violentamente las cobijas con que se abrigaba y las arrojaba a una azotehuela del convento, intentando con esto quitarle el sueño que necesitaba para su descanso. Viendo Sebastián que este procedimiento diabólico se repetía con frecuencia, creyó que, envolviéndose en las cobijas completamente, el diablo no se las quitaría, pero no le sirvió, pues el enemigo cargó a cuestas con él y lo sacó fuera del convento. Al darse cuenta nuestro Beato que estaba fuera del convento soltó las cobijas diciéndole al enemigo que si las quería que se las llevase solas, lo que ejecutó el demonio, arrojándolas a la azotehuela como hacía todas las noches.

De estas burlas pesadísimas, pasó el demonio a los malos tratamientos, descargando unas veces pesadísimos golpes sobre Sebastián, levantándolo en alto otras y dejándolo caer en el pavimento, para continuar arrastrándolo por el suelo de la manera más bárbara, hasta quedar casi como muerto su cuerpo, pero con invencible fortaleza en su espíritu. Molestado el Beato con la repetición de tantos asaltos del espíritu inmundo, proyectó un medio que le dió buen resultado y mucho alivio. Para avergonzar al enemigo y para que viese que lo trataba como a inmundicia, al entrar el tentador en forma visible al cuarto, tomaba Sebastián el vaso de noche y le arrojaba los orines a la cara, con lo que le ponía en afrentosa huída. Pero como el enemigo nunca se enmienda, como verdadero soberbio que es, se valió de otro ardid para perseguir al Beato valiéndose de los mismos connovicios para turbar su constancia en el padecer y convertirlo en blanco de sus escarnios y malos tratos de palabra y de obra.

Al inferir al Beato tantas molestias el demonio, las acompañaba de tanto estruendo que aterrorizaba a todos los novicios, dejándolos a todos inquietos y desconsolados, llegando el mismo Beato a pensar que tal vez sería mejor abandonar el camino comenzado. Ésta tentación, la destruyó el cielo con un remedio poderoso, apareciéndosele a Sebastián el Seráfico Padre San Francisco, durante tres noches consecutivas, en

las que le confortó y le prometió de parte de Dios el premio, si continuaba su género de vida religiosa en el claustro. Al despedirse de él la tercera noche, lo abrazó amorosísimamente, quedando con esto tan fortalecido nuestro Beato Sebastián, que nunca jamás hasta morir le volvieron a acobardar cuantas persecuciones y trabajos tuvo que padecer.

Siendo como era tan caritativo, compadeciose de la tribulación de sus connovicios y procuró consolarlos para que no desmayasen en sus propósitos de servir al Señor en la Religión. A uno de ellos a quien la tentación le había puesto ya en trance de volver al mundo, le disuadió de su propósito, revelándole las visitas que le había hecho nuestro Padre San Francisco, como también las del apóstol Santiago, Patrón de España, exhortándole a que siguiese sin temor el camino comenzado y asegurándole que profesaría, como sucedió, viviendo en la Orden de manera ejemplar.

Habiendo cumplido nuestro Beato Sebastián el año de Noviciado, con el mayor fervor y progreso de virtudes, se preparaba santamente para el acto de su profesión en la Orden Franciscana, cuando se presentó el primer incidente, que supo llevar con serenidad, poniendo su confianza en Dios. Fué el caso que la Comunidad se dividió en dos opiniones o pareceres respecto de su profesión. Esforzábanse unos en que se le negase, a causa de su avanzada edad de sesenta y tres

años, que le impedirían el puntual cumplimiento de las obligaciones esenciales de la Regla, que había de profesar, y con más razón en el estado de Lego, en el que necesitaba de mayor vigor para desempeñar los trabajosos ministerios a él inherentes. Otros, por el contrario, poniéndose de parte de su ejemplarísima humildad, obediencia y mortificación, y de las demás virtudes que con tanto fervor había practicado durante el año de noviciado, sostenían con el mayor tesón la idea de que no sólo se le hacía injuria en despedirlo de la Orden, sino que también se perjudicaba a la misma Orden privándola de un elemento que podía prestigiarla grandemente con su ejemplar vida y notoria edificación.

Tres días se pasaron en estas conferencias respecto de la profesión de nuestro Beato, portándose él durante todo ese tiempo con tal serenidad que, poniendo su suerte en las manos de Dios, ordenó que se diesen de limosna a los pobres los mil pesos que se había reservado para sí al hacer donación de su capital y haciendas a las Religiosas Clarisas de México. Al observar esta resolución uno de los religiosos del convento, se acercó a él para decirle en tono de censura, que le parecía imprudente aquel reparto de dinero, pues estando en duda su profesión, podría tal vez necesitarlo dentro de poco. Santamente resignado, Sebastián respondió al religioso, diciendo: "No importa, hermano. Dios me puso en este puesto; si no quiere que per-

BIBLIOTECA FELIX DE JESUS ROUGIER

ESCUELA APOSTOLICA M. SP. S. TLALPAN BIBLIOTECA

severe, volveré a trabajar de nuevo que buena salud me ha dado para ello.

Después de muchas discusiones, se resolvió por fin la duda a favor del Beato, habiéndole proporcionado esa demora la satisfacción de hacer su santa profesión en la Orden, el día de San Antonio de Padua, que era uno de sus especiales abogados y patronos. Lleno de alegría por haber hecho a Dios el suspirado sacrificio de sí mismo, comenzó, desde luego, a dar las pruebas más ostensibles de la sinceridad con que había renunciado a su propia voluntad, no reconociendo ya otro móvil que la santa obediencia.

CAPITULO VIII

Destina la Obediencia al Beato Sebastián al Convento de Tecali y después a nuestro gran Convento de Puebla, donde Ejerce el Oficio de Limosnero

LUEGO que hubo profesado, nuestro Beato Sebastián comenzó a dar pruebas visibles de la sinceridad y verdad con que había renunciado a su propia voluntad, no reconociendo ya más móvil que la obediencia.

Destináronle los Superiores al Convento de Tecali, pequeño y bonito pueblo, situado a seis leguas de la ciudad de Puebla, en donde la Comunidad necesitaba de un religioso lego. Sabedor de esta disposición de la obediencia, cierto religioso indicó al Beato que, teniendo en cuenta su avanzada edad y lo poco favorable que sería para su salud vivir en Tecali, lugar muy alejado de la capital y falto de comodidades,

podía suplicar al Superior que le destinase a otro convento más saludable. Escandalizado de esta propuesta el Beato Sebastián respondió: Donde nos envían se servirá Dios de lo que con buena voluntad hiciéremos, pues no somos nuestros, sino ajenos.

Con tan buena disposición, que jamás perdió de vista en el resto de su vida marchó gustoso del convento grande de México al de Tecali el año de 1576. En llegando a dicho convento comenzó a desempeñar, él solo, todos los oficios y ejercicios propios de su profesión de lego. Se aplicó con particular empeño al de cocinero, procurando alimentar debidamente a los religiosos, teniendo en cuenta que, como él decía, por ellos Dios sustentaba al mundo. Al mismo tiempo que el de cocinero ejercía, a satisfacción de los religiosos, los oficios de limosnero, sacristán, portero, refitolero y hortelano, viéndosele en todos esos ministerios, no sólo alegre, caritativo, eficaz y diligente, sino también con el rosario siempre en la mano y frecuentando la oración, la mortificación y los santos Sacramentos.

Un año pasó nuestro Beato en el convento de Tecali, dedicado a esos variados trabajos, que para su espíritu anhelante de fervor, eran verdaderas delicias. Trasladóse después, por orden de la obediencia, al convento de Puebla de los Angeles, en donde el R. P. Guardián del mismo le destinó inmediatamente a recoger las limos-

nas del campo. Aceptó Sebastián gustoso y con prontitud dicho ministerio, y sabiendo por experiencia la utilidad y ventaja que ofrecían las carretas para transportar al convento las limosnas de los fieles, construyó dos y las habilitó para el efecto, pidiendo de limosna algunos bueyes para el arrastre. Con estos preparativos, comenzó luego a hacer provisión de trigo, maíz y otras semillas para el sustento necesario de la Comunidad, que llegaba casi a cien religiosos, alternando este ejercicio con el de cortar y traer de la Sierra de Tlaxcala toda la leña necesaria para el consumo, tanto del horno como de dos cocinas, una de la Comunidad y otra de la enfermería del convento.

Para realizar esta fuerte ocupación, de cortar y llevar leña, acostumbraba hacer parada al pie de un grueso encino, en un lugar distante como una legua al Norte de la ciudad de Puebla. Allí desuncía sus bueyes y guardando los yugos y coyundas con los demás utensilios de su ministerio entre las ramas de dicho encino, procedía a la laboriosísima tarea de cortar la leña y acomodarla después en las carretas, entregándose al descanso debajo de una de ellas, después de haber pasado gran parte de la noche en la meditación y contemplación de las verdades eternas. En la madrugada, volvía a uncir sus bueyes, y con su repuesto necesario de leña, se dirigía alegre a su convento para surtirlo de tan necesario elemento. Al día siguiente reanu-

daba su penosa tarea de recoger la limosna en distintas haciendas y lugares, conduciendo él mismo sus carretas y unciendo y desunciendo diariamente los bueyes, muchas veces él solo, pues con frecuencia le faltaba la ayuda de un indio que era la única ayuda que acostumbraba admitir en sus caminatas.

Su serenidad de ánimo, la alegría de su semblante en medio de los mayores contratiempos de su penosa ocupación, y sobre todo su santa simplicidad movían hasta los más renuentes y tacaños a socorrerle con limosnas. Al llegar a una hacienda o a un lugar solía pedir su limosna con esta tierna y sencilla frase: Guárdeos Dios, hermanos: ¿hay algo que dar por Dios a San Francisco? Con estas palabras de tal modo movía los corazones de aquellos a quienes se las dirigía, que cualquiera de ellos se hubiera considerado como reo de un gran delito si al punto no hubiese atendido su petición.

Pasaba siempre nuestro Beato la noche en el lugar que ésta le cogía. Allí atendía al sustento de sus bueyes, agenciándoles el pasto necesario, y después se recogía todo en su interior, pidiendo a Dios de nuevo sus auxilios por medio de la intercesión de la Santísima Virgen, a la que obligaba con el rezo del santo rosario. Terminadas sus devociones, se acostaba a dormir debajo de una de las carretas, costumbre que observó todo el tiempo que le mantuvo la obediencia en el penoso ejercicio de limosnero, lo

El B. Sebastián acogido amigablemente por los chichimecas.

mismo en las noches serenas que en las tempestuosas, y entre lluvias y hielos. Abrigado solamente con su pobre manto y con la cara vuelta hacia el cielo, pasaba las noches más orando que durmiendo, hasta las cuatro de la mañana, hora en que arreglaba sus carretas para proseguir su camino.

Comprendiendo el Superior del convento que tan penosa ocupación de continuados esfuerzos, en que era preciso aguantar las mojaduras de los aguaceros y la peligrosa travesía de los ríos, habían de afectar la salud de nuestro Sebastián en su avanzada edad y ya enfermo, le autorizó para que anduviese a caballo y usase calzado, y llevase en sus viajes un poco de vino para que lo tomase cuando la necesidad lo exigiese. Estas prudentes disposiciones del Superior, que indudablemente contribuyeron a vigorizar el organismo de nuestro Beato, y le hicieron apto y útil para el trabajo hasta la edad de noventa y ocho años, sirvieron también para prolongar su martirio en los últimos años de su vida. Esto fué indudablemente lo que quiso significar a la hora de la muerte, cuando declaró que había vivido gustoso en aquel ejercicio, porque en él no daba treguas a la mortificación, con la que tenía sujeto su cuerpo a un continuado castigo, y penitencia, que tanta gloria le mereció.

CAPITULO IX

Deja por Obediencia el Beato Sebastián el Oficio de Carretero, y se le Destina a Otros Ministerios en el Convento de Puebla

RABIOSO el demonio por las grandes virtudes de nuestro Beato Sebastián, y viendo que en sus luchas directas con él siempre salía derrotado, tramó una terrible venganza indirecta, incitando a algunos religiosos de la Comunidad para que lo hiriesen en lo que más podía dolerle: su reputación de cristiano.

Acercáronse dichos religiosos al P. Guardián y mostrando en su relato exquisito celo, desfiguraron por completo las virtudes de Sebastián, presentándole a los ojos del Superior, como un hombre iluso e indiscreto y de una

ignorancia tan extremada y lamentable que le hacía creer que era santidad e inocencia lo que no era sino resultado de una tosca y brutal simplicidad. Este conjunto de calumnias, aderezadas con las vistosas apariencias de la verdad, hicieron tal impresión en el ánimo del Superior que, lleno de indignación y animadversión contra el venerable Viejo, le llamó a su presencia y traspasando algún tanto los límites de la moderación religiosa, lo colmó de injurias y baldones, diciéndole que era más estólido y torpe que las bestias que manejaba, pues no sólo ignoraba las obligaciones de religioso, pero ni siquiera había procurado aprender, aun en medio de su vejez, las de cristiano, por lo que, para remediar ambas cosas, era necesario que saliese de entre los brutos, dejando el oficio de carretero, y se dedicase en el convento a seguir completamente la vida de comunidad.

Escuchó nuestro Beato, con la mayor humildad, tanto las acusaciones como los improperios y respondiendo con modestia y santa simplicidad al Superior, le dijo: "Hermano Guardián: aquí he venido a hacer en servicio de Dios y de la Religión lo que supiere; si en algo no acudo como debo, no es porque no lo quiero hacer, sino porque no puedo más. Ved en qué me mandáis me ocupe en gusto de Dios y de la obediencia; lo haré de muy buena gana, que por eso sólo estoy en la Religión". Esta sencilla respuesta de descargo a las acusacio-

nes, que debería haber calmado al Superior lo encendió más en ira y le impulsó a reprender más ásperamente a Sebastián, exclamando: "Vos me decís que estáis en servicio de Dios, siendo tan al contrario, que ni un acto de virtud de Religión sabéis hacer, y no habéis hecho otra cosa que brutalidades". Tan tremenda reprensión no alteró en lo más mínimo la serenidad de nuestro Beato, quien, sin salir de los límites de la modestia, respondió: "Es verdad que yo no hago cosa buena, sino simplicidades; mas Dios sabe dónde iré yo con mis simplicidades y vos con vuestras letras". Mandóle entonces el P. Guardián de nuevo al noviciado diciéndole: "Andad que yo haré que podáis más"; orden que luego puso en ejecución Sebastián, retirándose al departamento del noviciado, dispuesto a cumplir por amor de Dios cuanto le intimase la obediencia.

Recibido en el noviciado Sebastián, comenzó el P. Maestro de novicios a ocuparle luego, según la orden que tenía del Guardián, en todos los penosos ministerios que podía realizar la robustez de un joven novicio. Pero lo que más llegó a afligir su espíritu fué que, a pesar de poner el mayor empeño en estudiar la doctrina cristiana y oraciones que un joven novicio le enseñaba según el método que generalmente se sigue en las instrucciones catequísticas, nunca pudo aprenderlas literalmente, como se le exigía, por la suma escasez de su memoria. Los maes-

tros no se daban por satisfechos con que Sebastián conociese substancialmente todos y cada uno de los artículos de la fe, y mandamientos de la ley de Dios, como lo demostraba el exactísimo cumplimiento de todos ellos, sino que querían que los aprendiese al pie de la letra lo que, siéndole imposible por su falta de memoria, atraía sobre él el enojo de sus instructores, que le mortificaban con graves reprensiones y pesadas palabras, acompañadas con crueles disciplinas. Prohibiéronle que ayudase a la santa Misa, impidiéndole con esto el consuelo que sentía en este ministerio, y para sincerarse de esta prohibición le decían frases verdaderamente mortificantes y ofensivas, como estas: "¿Pensáis, acaso, que es esto andar con bueyes? Aprended lo que os enseñan; que no le está bien a la Orden poner un incapaz como vos en ocupaciones donde no tengáis superior que os gobierne, a quien deis cuenta de lo que obráis muy a menudo, y que os ejercite en la frecuencia y obras de virtud, sabiendo muy bien cómo debéis obrar en conciencia".

Esta tremenda actitud de los superiores, y el duro proceder de sus maestros, atribularon tanto su alma que seguramente hubiera desfallecido si no hubiera puesto su pensamiento en la acerba pasión de Cristo, cuya memoria le confortaba en medio de sus amarguras. "Señor, solía decir, sólo por Vos, que tantos trabajos padecisteis por mí, se puede sufrir esto".

No obstante que sus penas eran muchas, el P. Guardián no se daba por satisfecho, y para mortificarle más, le ordenó que se ocupase en traer piedra para la construcción de la enfermería del Convento, con un mulo que todavía no estaba domado, oficio que desempeñó con la mayor humildad y puntualidad, hasta que el Superior comprendiendo que ese trabajo era excesivo, se lo cambió por otro más llevadero.

Encargóle, pues, la obediencia que cuidase la puerta del jardín de los rosales, por donde tenían que entrar los materiales para la obra de la enfermería, a fin de que los que entraban y salían no lo maltratasen. Atento nuestro Beato únicamente a que no se maltratase el jardín, no se preocupaba, en su santa simplicidad, de que los que entraban y salían cortasen y se llevasen las rosas, por lo que enterado el P. Guardián de lo que sucedía le mandó por obediencia que no diese las rosas sino que las defendiera por ser necesarias para la botica y enfermería del Convento. Afligido con tal precepto, Sebastián preguntó al Superior qué era lo que tenía que responder si le pedían rosas. Edificado con tan piadosa sencillez, díjole el P. Guardián que en ese caso le autorizaba para que diera una sola rosa, pero no más. Quedó contento con ese permiso el Siervo de Dios, y lo ponía en práctica con toda exactitud, de modo que cuando le pedían rosas solía decir con santa simplicidad: "Hermano, no tengo licencia

para más de una, y el que da lo que puede hace lo que debe".

Convencido ya el P. Guardián de la inocencia de Sebastián y de que habían sido falsos los informes que de él le habían dado, como lo demostraban la puntual observancia de su profesión religiosa, su continua mortificación, su profunda humildad, su pronta obediencia y la perfección de su vida, acompañada de la más santa simplicidad, resolvió reponerle con honor en su antiguo oficio de limosnero de la Comunidad, que nuestro Beato aceptó con humilde sumisión, y que puso luego en práctica recorriendo con sus carretas los pueblos y campos del Estado de Puebla, en demanda de limosnas para sus hermanos los religiosos franciscanos.

Desposorios del B. Sebastián.

CAPITULO X

Obedecen Prontamente al Beato Sebastián de Aparicio tanto los Bueyes de sus Carretas, como los Animales Indómitos y hasta las Criaturas Insensibles

EL empeño que el enemigo común ponía en degradar la santa simplicidad de nuestro Sebastián, lo contrarrestaba el Cielo adornándola con el singularísimo privilegio de manejar a los mismos brutos y animales fieros, como lo hacía el hombre en el felicísimo estado de su inocencia.

El Beato Sebastián se proveía de bueyes para sus carretas, pidiéndolos de limosna por amor de Dios; admitiendo gustoso, no sólo los que ya estaban acostumbrados al trabajo, sino también novillos sin domesticar y hasta toros bravos. Con este procedimiento logró reunir hasta veinte, y a todos ellos les hacía presente para

amansarlos la obligación que tenían de aplicarse al trabajo, diciéndoles estas palabras: "Pues nacimos para trabajar, hagamos lo que nos mandan; sirvamos a los frailes". Con esta recomendación, todos ellos prestaban desde ese momento al Siervo de Dios la más rendida y ciega obediencia. Aunque a todos los designaba en general con el nombre de Coristas, sin embargo, ponía en particular a cada uno su nombre propio, como Aceituno, Blanquillo, Pintillo, etc., a cuyo conjuro se le acercaban y, lamiéndole el hábito, le metían la boca en la manga, de donde le sacaban las mazorcas de maíz o pedazos de pan que solía llevar siempre para este fin. Tan grande era el cariño que sentía por sus bueyes, que ordinariamente les daba de comer, echando la cebada o el maíz en el canto de su manto o en la falda de su hábito, y llamando a uno tras otro para que se acercasen a tomar su alimento. Al regresar al convento de Puebla de sus viajes a la mendicación señalaba a cada uno la ración que había de tomar del maíz que se había traído de limosna, siendo en esto tan obedientes que ninguno comía más de lo que se le había señalado, sin excederse ni mortificar a los demás.

Esta obediencia resultaba todavía más admirable en la ejecución de los mandatos que les transmitía por medio del buey manso al que llamaba Capitán. "Llevad, le decía al Capitán, esos coristas donde coman, y tened cuidado, que por la mañana estéis aquí con ellos", lo que el

manso ejecutaba con tal puntualidad que, recogiéndolos a todos al amanecer de aquellos lugares en donde habían estado paciendo durante la noche, se los presentaba al Beato a la hora que él había señalado. Otro ejemplo patente de esa obediencia a los mandatos de Sebastián lo tenemos en el siguiente sucedido. Habiendo llegado en cierta ocasión a una hacienda situada en los Pinillos de Cholula, desunció sus bueyes y los echó al campo, mientras él tomaba un corto alimento que le preparó la señora de dicha hacienda. La señora, que con todo gusto había servido a nuestro Beato su sencillo desayuno, quedó espantada cuando vió que los bueyes en número de doce se habían metido todos en las milpas, que estaban ya maduras, temiendo el enorme destrozo que en ella iban a causar. Acudió presurosa a nuestro Beato para que pusiese remedio al caso, pero él tranquilo le contestó, que no tuviese miedo de que los bueyes comiesen ni una sola mazorca ni quebrasen una sola caña, porque les había mandado por obediencia que no comiesen la hacienda ajena porque era pecado. Así sucedió, en efecto, como lo dijo el Siervo de Dios, pues registrada la hacienda, se comprobó que no habían comido los bueyes ni una sola mazorca ni habían estropeado una sola hoja de la milpa, no obstante que se habían internado más de la mitad de los sembrados.

De su dominio sobre animales bravos e indómitos, se cuentan en su vida muchos casos maravillosos, de los cuales pongo aquí como muestra el siguiente: Ejerciendo su ministerio de mendicación, llegó un día nuestro Beato a una hacienda, cuyo dueño trataba en vano de lazar un buey que, por haber estado mucho tiempo fuera del trabajo y a sus anchas en el monte, no se dejaba, sino que acometía con ímpetu furioso contra todos los que intentaban acercársele. Viendo Sebastián que se iba a matar al buey en vista de la imposibilidad de reducirlo al orden, le dijo al dueño de la hacienda: "Hermano, vos queréis matar este pobrecito buey; haced cuenta que ya está muerto y dádmelo para servicio de las carretas de mi Padre San Francisco". El hacendado, viendo que se le presentaba con esto una buena ocasión de experimentar por sí mismo la virtud del Beato en estos casos, se lo cedió gustoso y bien pronto tanto él como los demás de la hacienda presenciaron el siguiente prodigio: Quitóse Sebastián el cordón con que ceñía su santo hábito y llamando al buey se dirigió hacia él. Luego que éste oyó la voz del Beato se paró a mirarle con detenimiento, y cuando todos los allí presentes creyeron que le iba a embestir con la misma fiereza con que amenazaba a los demás, vieron con gran admiración que el buey se dirigía hacia él paso a paso, y después de lamerle la manga del hábito, se dejó atar con el cordón sin la menor repugnancia, y recibió co-

mo si fuese un manso corderillo las caricias que le prodigó el Siervo de Dios. A vista de esta maravilla, todos los que la habían presenciado, quisieron arrodillarse y besar los pies al Beato, pero él lo resistió con la mayor humildad, diciendo que esto no era cosa suya sino de San Francisco, que miraba por el honor de su Cordón, por lo que todos debían ayudarle a dar gracias a Dios por el favor.

No sólo los fieros brutos, sino también otros animales se rendían a discreción ante las órdenes del Beato. Habiéndose detenido cierto día a descansar con sus carretas cargadas de trigo en un lugar infestado de hormigas, estas aprovechando la oportunidad, cayeron sobre las carretas en tanta abundancia que el indio que las cuidaba fué a buscar a Sebastián, que se había ido algo lejos, para que acudiese a poner remedio al hurto de las ladronas, pues según la prisa que se daban, parecía que no iban a dejar ni un solo grano. Acudió nuestro Beato con toda diligencia, y viendo que era considerable el daño que las hormigas habían causado, díjoles con su acostumbrada paz: "De San Francisco es el trigo que habéis hurtado; ahora mirad lo que hacéis". Bastaron estas sencillas palabras para que las hormigas no sólo desistiesen de su robo, sino para que devolviesen a las carretas hasta el último grano de trigo que se habían llevado.

Premió el cielo las grandes virtudes de nuestro Beato, dándole dominio no sólo sobre las

fieras y los animales, sino también sobre las criaturas insensibles. Este dominio quedó de manifiesto muchas veces sobre las aguas a que tan expuesto estaba en su ministerio de mendicación, pues no se atrevían a ofenderle ni las lluvias ni las nieves, antes al contrario mostraban para con él atenta reverencia. De este mismo privilegio solían también participar los que le acompañaban en sus viajes y caminos, naciendo de esos prodigios la costumbre de implorar los fieles la protección de nuestro Beato, aun viviendo él, contra las tempestades, los granizos y demás infortunios de sus campos. Esta protección la experimentó eficazmente un bienhechor del Beato, en el pueblo de Huejotzingo, quien al ver una terrible tempestad de granizo que amenazaba acabar con sus espaciosos y fecundos sembrados, se encomendó a él, logrando por sus oraciones que su hacienda quedase incólume de los terribles estragos que el granizo causó en las haciendas circunvecinas.

CAPITULO XI

Socorre Dios Maravillosamente al Beato Sebastián en sus Necesidades

BUSCANDO nuestro Beato Sebastián en todo y por todo el reino de Dios y de su justicia, mediante el cumplimiento exacto de la obediencia que se le había encomendado, dejaba al Padre celestial el cuidado de las cosas necesarias a su alimento. Esta fe llevaba a sus manos cuanto necesitaba, valiéndose Nuestro Señor para ello, ya de los bienhechores, ya del ministerio de los ángeles. Confiado en la Divina Providencia, emprendía generalmente sus viajes sin pensar en lo más mínimo en las provisiones que necesitaba tanto para sí como para el indio que siempre le acompañaba. Cuando éste, forzado por el hambre, preguntaba al Beato qué era lo que iban a comer, respondía lleno de fe: "Her-

mano, Dios lo sabe, que es el que lo ha de enviar a todos; no os aflijáis que él lo enviará". Y Dios hacía que se cumpliesen estas palabras enviando el socorro necesario por medio de los hacendados, a cuyas puertas llamaba, o de los pasajeros que transitaban por el mismo camino. Cuando nuestro Beato no podía socorrer sus necesidades por lo inoportuno del lugar o del tiempo, su confianza en la Divina Providencia quedaba plenamente atendida por Dios de manera extraordinaria, como el mismo Beato lo experimentó y lo testificaron muchas personas que lo presenciaron.

Habiendo perdido el Siervo de Dios, como también un amigo suyo, unos bueyes, se internaron a buscarlos en la montuosa e intrincada sierra de Tlaxcala. Ocuparon en esta ingrata tarea todo el día, recorriendo grandes trechos de la sierra, y al acercarse la noche se encontraron sin vereda y rodeados de precipicios. Afligido y cansado el compañero, suplicó a nuestro Beato que se regresasen tanto por el peligro de las fieras, como porque ya el hambre no le permitía seguir caminando. "Hermano, díjole compadecido Sebastián, no cuidéis de eso; Dios nos socorrerá, que jamás faltó a nadie". Bien pronto recogieron ambos el fruto de su confianza en la Providencia, pues metiendo la mano en una de sus mangas el Beato, sacó de ella un pan caliente como si lo acabasen de sacar del horno, y de la otra manga una lechuga tan fresca que

parecía haberse arrancado en aquel mismo lugar de la sierra. Satisfizo con esto su necesidad el compañero, quien después se hizo lenguas para ponderar su prodigioso socorro.

Buscando en otra ocasión otro buey en la misma sierra de Tlaxcala, y habiéndose fatigado dos días en registrar su intrincada espesura, se sintió muy débil por haber pasado todo ese tiempo sin comer cosa alguna. Apareciéronsele entonces dos indios jóvenes, aseadamente vestidos con su propio traje, y habiéndole presentado dos huevos y un pan, se desaparecieron rápidamente. Refiriendo después nuestro Beato este caso singular en una hacienda, le preguntaron quiénes habían sido los indios que le habían socorrido, a lo que prontamente respondió con su acostumbrada sencillez "que no los conocía; que lo que sabía era que Dios se los había enviado".

La avanzada edad de Sebastián y los múltiples achaques de su vejez, pero, sobre todo, el continuo y excesivo esfuerzo que tenía que hacer en su oficio de limosnero, cargando y descargando sus carretas, impulsaron a su superior a concederle ciertas dispensas, entre ellas que pudiese usar moderadamente del vino en sus viajes, para lo cual llevaba una pequeña bota con ese valioso y confortable líquido. Teniendo en cuenta el voto de pobreza que había hecho a nuestro Señor, usaba con mucha moderación de esa dispensa, por lo que con frecuencia le

faltaba el vino aun en las ocasiones más precisas, viniendo entonces en su ayuda la Providencia con mano generosa y singular, como puede verse por el siguiente sucedido:

Comiendo cierto día en su hacienda dos hacendados y habiendo consumido el poco vino que tenían en una pequeña bota, dijeron a la criada que la retirase y la colgase de un clavo, completamente seguros de que ya estaba vacía. Antes de que se levantasen de la mesa, se presentó Sebastián diciendo que ya había comido pero que tenía necesidad de un poco de vino. Los hacendados le refirieron lo que había pasado y cómo ya habían consumido el vino que tenían, por lo que con pena y sentimiento le hacían saber que les era imposible socorrerle en esa necesidad. Levantó entonces nuestro Beato sus ojos al cielo, como implorando el auxilio divino, y habiéndose mantenido un rato en oración, exclamó: "Descolgad la bota, que en ella hay vino". Descolgó la bota uno de los hacendados, para demostrar que estaba vacía, pero al hacer la demostración vió con asombro que comenzó a salir vino en abundancia hasta que el Beato dijo basta. Bebió entonces el Siervo de Dios cuanto necesitaba y dijo a los hacendados: "Guardad ese vino, que es muy bueno". Terminada la visita, se despidió de ellos con su expresión favorita: "Dios os guarde, y dé salud".

No paró aquí el milagro, pues el dueño de la hacienda, que ya hacía dos años padecía tre-

mendamente a causa de tres úlceras que tenía en el brazo y que le impedían el uso del mismo, consideró aquel vino como un oráculo que le indicaba el remedio de sus males, en cuya curación había gastado fuertes sumas de dinero sin resultado. Tomó unos lienzos y empapándolos en dicho vino se los puso sobre las llagas, las cuales se secaron luego, dejando el brazo tan sano y expedito para sus funciones, como si jamás hubiera padecido tal enfermedad.

No fué ésta la única vez que nuestro Señor socorrió a su Siervo, produciendo milagrosamente el vino que necesitaba; otras muchas veces sucedió lo mismo, resultando así mucha gloria de Dios y utilidad y provecho para nuestro Beato Sebastián.

CAPITULO XII

Santa Simplicidad del Beato Sebastián

POR lo ya expuesto en capítulos anteriores, podrá colegir el lector que nuestro Beato es una de esas felices almas a las que la virtud enajena y aleja de los artificios y cumplidos que tan comunes son entre los mundanos, y las eleva a cierto estado de simplicidad que las convierte en objeto de las complacencias del cielo. De tal manera brilló en él la santa simplicidad, que parece que Dios quiso hacer de ella el carácter y particular distintivo de la conducta del Beato Sebastián.

Preocupado únicamente en ser morador del cielo, desde sus más tiernos años hasta el fin de sus días, jamás usó otro modo de hablar que el llano y natural que aprendió entre los suyos

en su pueblo, de modo que a todos daba indistintamente el tratamiento de **Vos,** aunque fuesen personajes elevados por su dignidad o carácter. Su saludo ordinario era este: Dios os guarde; y de esta misma manera deseaba que le saludasen los demás, aunque fuesen sirvientes y muchachos, sin parar mientes en lo respetable de su ancianidad, pues según su modo de pensar, sólo a Dios había que tratar con mucho respeto, que a los hombres de cualquier manera bastaba. Un ejemplo de esta llaneza en su trato lo tenemos en la entrevista que tuvo con Don Gaspar de Zúñiga, Conde de Monterrey y Virrey de la Nueva España. Habiendo tenido noticia el Virrey de que tenía en su reino un vasallo tan excelente como Sebastián de Aparicio, cierto día que visitó la Puebla de los Angeles, pidió a los Superiores Franciscanos que se lo mostrasen. Intimaron estos la orden a Sebastián, quien después de saludarle con respeto, sin salirse de los límites naturales de su estilo, le dijo con la mayor franqueza: "Conde, muy chico sois; más alto era vuestro padre que lo conocí yo". Admirado el Virrey de esta santa simplicidad, alabó a Dios por ella, y se despidió de Sebastián, suplicándole que le encomendase a Dios y rogase por el buen éxito de su gobierno.

Cuando regresaba a Puebla de sus viajes, entraba a la ciudad a pie y descalzo, con los pies muy ensangrentados y con la aguijada y garro-

cha en la mano, llevando el hábito arremangado y sujeto en el cordón y el sombrero, cuando lo usaba, caído sobre las espaldas. En esta actitud entraba en la Iglesia del convento cuando iba a comulgar y dejando arrimada a la pared la ahijada con que arreaba a los bueyes de su carreta, se acercaba al altar a recibir a Jesús Sacramentado. En cierta ocasión le dijeron que por qué entraba en esas fachas a la iglesia y se acercaba a la sagrada comunión; a lo que el Beato respondía: "Hagamos lo que tenemos obligación, que lo demás no importa nada."

Entrando una vez en esta actitud descuidada en día de Corpus en la ciudad de Puebla con sus carretas a dejar la limosna que había recogido en el campo, se encontró con el Sr. Obispo de la diócesis, quien lo reprendió por entrar de aquella manera en un día tan solemne y a vista de tanta gente. Oyó el siervo de Dios esta reprensión con humildad, con lo que el Sr. Obispo, le siguió hablando con más benignidad, y dándose cuenta de que el sujeto que tenía delante era el ya famoso por su virtud, Sebastián de Aparicio, le ofreció su casa para cuando lo hubiere menester y terminó por preguntarle si tenía por el momento alguna necesidad para remediarla. El Siervo de Dios, al oír esta oferta, echó mano a la pequeña bota que llevaba pendiente del cordón y respondió al Prelado, diciendo: "Sí; que me socorráis esta pobretilla." A vista de tanta sencillez quedó sumamente edifi-

cado el Sr. Obispo, quien dió orden a su familiar para que llenase de vino la bota vacía de Sebastián, invitando de nuevo al siervo de Dios para que acudiese a su mayordomo para el socorro de sus necesidades.

He aquí otros casos de su santa simplicidad: Ayudando una vez a Misa, en cuyo ministerio se ejercitaba con ejemplarísima devoción, luego que el sacerdote dijo: Adjutorium nostrum in nomine Domini, el Beato respondió, no en latín, como debía ser, sino en castellano: El que hizo el cielo y la tierra. Un religioso que había oído la respuesta, luego que terminó la Misa se acercó a él y le reprendió por haber respondido en lengua vulgar. Aceptó nuestro Beato con humildad la corrección, pero después con santa simplicidad le replicó: "¿Eso os da pena? Entiéndame Dios, que es a quien deseo agradar, que lo demás importa poco decirlo en latín o en romance". Cuando ayudaba a la Misa solemne, llevando alguno de los ciriales, se dejaba poseer de tal manera de la devoción al santo sacrificio, que se olvidaba de bajarse el hábito que llevaba arremangado y prendido con el cordón, o lo dejaba más alto por un lado que por otro. Reconveníanle por esto sus compañeros religiosos, diciéndole que tuviera un poco más de cuidado en su decencia, siquiera por las personas que le veían. Pero el Beato les respondía con gran simplicidad: "¿Qué pensáis que importa eso? Ríanse de mí o no se rían: sirva yo a

El B. Sebastián asaltado por los demonios.

Dios, que es lo que importa, que lo demás no importa un clavo."

Cargadas sus carretas con el maíz que había recogido de limosna en la sierra de Tlaxcala, llegó el día de la fiesta de la Ascensión a mediodía al convento de Topoyanco, pidiendo que le diesen algo de comer. Díjole el P. Guardián del convento que por qué viajaba en día tan solemne. Preguntó entonces nuestro Sebastián, cuál era la fiesta que se celebraba en aquel día, pues él no sabía que fuese alguna fiesta. Respondióle el Guardián que se celebraba la fiesta de la Ascensión del Señor a los cielos. "¿Pues qué no cae en domingo esa fiesta?", repuso el siervo de Dios. No, replicó el P. Guardián, cae en jueves. "Pues a mí me parecía, dijo Sebastián, que caía en domingo; y pues anda mudando días, yo no tengo culpa, porque no he pecado de malicia."

La santa simplicidad de nuestro Sebastián queda retratada de cuerpo entero con el siguiente sucedido:

Preguntándole cierto día el P. Guardián del convento de Santa Bárbara de la ciudad de Puebla, cómo le iba de salud, nuestro Beato le respondió con la mayor sinceridad. "Ya yo estuviera enterrado, si no fuera por el Guardián de mi convento". Deseando conocer el P. Guardián la causa de tan funesto suceso, contóle nuestro Beato lo siguiente: "Habéis de saber que todas las veces que voy al convento procuro llevar a

los coristas fruta u otra cosa para que merienden, y cuando no lo hago así me esconden las herramientas. En esa vez que no les llevé nada, me cercaron y con mucho ruido y alboroto me pusieron tendido sobre una tabla, diciendo que ya estaba muerto, y cantando lo que se canta en el entierro de los muertos me llevaron por el claustro para enterrarme entre las coles de la huerta, donde ya tenían preparado el hoyo. Acertó a ver esto el P. Guardián del convento y preguntó a los estudiantes: ¿Dónde lleváis a Aparicio? Padre nuestro, respondieron los estudiantes, está muerto y lo llevamos a enterrar. Entonces dije yo: Padre Guardián ¿estoy muerto? Viendo el P. Guardián que yo había respondido, dijo a los coristas: ¿Pues cómo habla si está muerto? A lo que repusieron los estudiantes: Padre nuestro, muchos muertos hablan y uno de ellos es el Hermano Aparicio. Entonces el P. Guardián les mandó que me dejasen, pues de otro modo ya yo estuviera enterrado."

CAPITULO XIII

Maravillosa Fe y Generosa Esperanza del Beato Sebastián

LA fe es una virtud sin la cual es imposible agradar a Dios, y sin la cual no se puede arribar a la perfección y la santidad. De ahí que los santos tienen que poseerla en grado heroico. Así sucedió con nuestro Beato Sebastián, en cuyo espíritu tuvo la fe lugar prominente, como se desprende de su dicho que frecuentemente repetía "Que no sabía más que fe firme como el acero, y no perder de vista a Dios". Este gran principio fué el que informó todas sus acciones, desde que tuvo uso de razón hasta que consumó la gloriosa carrera de su vida, el que le llevaba al templo en los hermosos días de su infancia a testificar al pie de los altares, por medio de sus oraciones, sus sanas creencias; el que le prestó

alientos para defender su pureza a todo trance, en ocasiones llenas de peligros; el que selló todas las grandes empresas que realizó en tierras mexicanas.

"Tened fe, y con ella, si fuere necesario, trasladaréis montes, como yo también lo podría hacer". Este es el consejo que nuestro Beato solía dar a las personas que le consultaban en algún negocio de importancia y que aplicándole a sí mismo, le inspiró seguridad para arrostrar tantas dificultades, superiores a sus fuerzas, para subir montes y allanar valles, desmontar bosques y abrir caminos para introducirse hasta el corazón mismo de la zona de los indios salvajes, para vadear torrentes profundísimos, domesticar animales furiosos, y triunfar admirablemente, innúmeras veces, de las furias del infierno.

Efecto indudable del relevante mérito de su fe, fué el haber salido inmune tanto él como los bueyes de sus carretas del veneno de las víboras y de la ferocidad de las fieras y de la voracidad de animales ponzoñosos y carnívoros que tanto abundaban en los lugares por donde viajaba, tanto de día como de noche, las más de las veces a pie, descalzo y solo. Fruto maravilloso de los ardores de su fe fueron los visibles raptos que muchas veces padecía a impulsos de la contemplación de los divinos misterios, de donde salía abrasado en fuertes deseos que le hacían suspirar constantemente por la conversión de los infieles y pecadores, no sólo en

el territorio mexicano sino también en el mundo entero. Consecuencia de esos santos deseos era el odio que sentía contra la obstinación de los herejes y protervia de los judíos, llegando en cierta ocasión en que se hablaba de la ceguedad de estos infelices, a proferir estas palabras: "Estos perros judíos que no quieren creer que ha venido mi Señor Jesucristo". Uno de los religiosos allí presentes y que conocía la sencillez del Beato, le dijo que no tratase de esa manera a sus prójimos, a lo que Sebastián, sin perder de vista la calidad que los hace aborrecibles, respondió: "No son mis prójimos los que no creen en mi Señor Jesucristo, sino perros herejes".

Las demostraciones más comunes de la gran fe de nuestro Beato Sebastián eran su devoción a la Santísima Virgen, ante cuya imagen derramaba su corazón en frecuentes y dilatadas oraciones, su ardiente amor al augusto Sacramento del altar, misterio por excelencia de nuestra fe y la frecuente repetición del Credo en cuyas verdades se recreaba de tal suerte su espíritu, que al oír que se lo cantaban los religiosos en los últimos instantes de su vida, dió señales visibles del gozo y alegría que sentía al expirar entre las voces que publicaban su profesión de fe. Premió el cielo la heroicidad de la fe de nuestro Beato, otorgándole dominio no sólo sobre las enfermedades sino también sobre la misma muerte, como quedó demostrado en más de mil

doscientos milagros que el nuevo Taumaturgo obró en estas tierras a beneficio de sus habitantes, contándose entre ellos algunos muertos resucitados.

La fama de los muchos prodigios del Beato Sebastián llegó a oídos de un renombrado franciscano, Fray Juan de Santa Ana, quien, por lo mismo deseaba conocerlo y tener ocasión de tratarlo, ya para examinar a fondo su conducta, ya para instruirle en los tópicos comunes de la mística teología, pareciéndole extraño que un hombre que estaba constantemente ocupado en oficios, no sólo laboriosos, sino rústicos y manuales, pudiese haber llegado a la sublimidad de virtud que de él se publicaba. Logró dicho Padre su deseo cuando él se hallaba en una hacienda a donde llegó el Beato precisado por su oficio de limosnero. Saludóle el Padre con expresiones dignas de un amor fraternal, a las que correspondió el Beato diciendo: "¡Oh poca ropa! (tratamiento que daba a todos los religiosos descalzos) ¿quién os ha traído por acá? En verdad que me huelgo: porque yo he de estar aquí hoy y mañana y con eso nos iremos, si a Dios place". Continuó dándole razón de su viaje y del porqué había pasado en el campo la noche anterior. Preguntóle el P. Santa Ana si no tenía miedo de dormir en tales despoblados, habiendo sido tan perseguido de los demonios. Respondióle Sebastián: "que no tenía ya miedo, aunque vie-

se más demonios que moscas; porque no le podían hacer mal ninguno, si no tenían licencia de Dios". Siguió el P. Santa Ana haciéndole diversas preguntas acerca de su modo de vida y ejercicios espirituales, a todas las cuales satisfizo el Beato con estas palabras: "Mirad, poca ropa, lo que yo hago es hacer lo que me manda la obediencia; duermo donde puedo; como lo que Dios me envía; visto lo que me da el convento; pero, sobre todo, fe dura como acero, y no perder a Dios de vista, que es lo seguro". Edificado el religioso con la sublimidad de perfección que se encierra en esta sencilla respuesta, y reconociendo por el examen que hizo del espíritu del Beato la solidez de su virtud, le preguntó si no ofrecía a Dios sus continuos trabajos. Respondió con prontitud Sebastián, diciendo: "Claro está; pues si no ¿cómo pudiera yo pasar? A él se los ofrezco, y a mi Padre San Francisco, por quien lo hago: ellos me lo recibirán en descuento de mis pecados para que con eso me salve".

La generosa esperanza de nuestro Beato corría parejas con su ardiente fe. Esa virtud teologal colocó su alma en una esfera tan superior a todo lo creado, que a fin de ganar a Cristo, llegó a reputar todas las cosas como basura y estiércol. Desde que comenzó a hacerse de riquezas en su estado seglar mediante su trabajo personal, resolvió también no dejarse oprimir por ellas, sino formar con ellas alas para volar

al sumo Bien, a quien nunca perdía de vista, poniéndolas en manos de los pobres y necesitados.

Arrojóse tan del todo en brazos de la santa esperanza, que luego que renunció a las cosas del mundo, entrando en el estado religioso, jamás cuidó en todo el resto de su vida ni aun de su preciso alimento; esperándolo todo de lo alto, en donde tenía depositado su corazón. Su esperanza le estimulaba a caminar siempre con los ojos puestos en el cielo, que le entretenía con lo material de su vista, razón por la cual dormía siempre al descubierto, tanto en el campo como en el convento. Cuando los religiosos le reprendían por no dormir bajo techado, solía decirles: "Lo hago, porque me alegro de ver el cielo, adonde, por la bondad de Dios, espero subir: mirad qué lindo es, y cómo lucen las estrellas".

CAPITULO XIV

Caridad para con Dios y para con el Prójimo del Beato Sebastián de Aparicio

SIENDO tan sublime la fe y tan heroica la esperanza de nuestro Beato Sebastián, forzosamente tenía que ser ardiente y excelsa su caridad hacia Dios y hacia el prójimo, en quien veía retratada la imagen divina. Si la prueba más manifiesta del amor son las obras, tendremos que admitir que la caridad del Siervo de Dios fué prodigiosa, desde el momento que en toda la larga carrera de su vida no cometió ni una sola culpa mortal, y observó con la mayor pureza la divina ley.

Con la edad crecía en él el fuego del amor divino que le impulsaba no sólo a la guarda de los mandamientos de Dios sino también a la puntual práctica de los consejos evangélicos,

haciendo frente a veces hasta a los mismos imposibles. Para él no había dificultades ni peligros en tratándose del amor de Dios. El fuego de su caridad era tan intenso que ni los estanques helados ni las aguas más frías a donde solía arrojarse para calmar su ardor, le hacían más impresión que el de un ligero y leve rocío. Ese fuego divino mantenía constantemente su alma en una profunda y fervorosa contemplación, sin perder nunca a Dios de vista, derritiéndose en deliquios amorosos hacia El y lamentándose de que no le amaba como debía.

Esta santa abstracción y el cuidado que tenía de ocultar siempre lo heroico de su espíritu, le impulsaban a su propio desprecio y a una habitual desatención en su aspecto y porte exterior, presentándose desaliñado aún en ocasiones en que era más frecuente el concurso y mayor la publicidad. Lo dicho queda comprobado con el siguiente sucedido: Entró cierto día el Siervo de Dios con su acostumbrado desaseo, en la ciudad de Tlaxcala y acercándose a una casa para pedir limosna, una niña que lo vió en ese estado, echó a correr gritando: "El Fraile loco, el Fraile loco". Oyó estos gritos la madre de la niña, y viendo que el baldón iba dirigido al Beato Sebastián, llena de indignación quiso castigar a la muchacha, pero la detuvo el Siervo de Dios diciéndole: "Dejadla, que tiene razón; porque si yo no fuera loco, amara mucho a Dios". Así se expresaba el Beato,

sin darse por satisfecho su amor hacia Dios con todo lo que por El había obrado desde la edad de ocho años, hasta los últimos instantes de su vida, como lo dió a entender una hora antes de morir diciendo al P. Guardián que amaba tanto a Dios y había deseado amarlo tanto, que si se le ofreciera ocasión, y conviniese así a su honra y gloria, moriría mil muertes por El, y que sólo por el amor de Dios había maltratado su cuerpo durante noventa años.

Respecto de la caridad hacia el prójimo, parecíale a nuestro Beato Sebastián que era muy poco quererlos como a sí mismo, y por lo mismo se sujetaba él a estrecheces y a las mayores necesidades con tal de que los demás lograsen comodidades y ventajas. Para conseguir este objetivo, empleó todo el celo de su corazón, sus manos, su lengua, su hacienda, su decoro y hasta su misma vida. Difícil sería formar una historia completa de todo lo que su generosidad, su caridad incomparable y su misericordiosa compasión realizaron en bien de sus semejantes. La dilatada carrera de su vida en el siglo no fué otra cosa que una inmolación voluntaria a la santa pobreza, empleando sus ganancias y sudores en socorrer las necesidades de sus hermanos. Y estando ya en el convento, no obstante verse ligado con voto solemne de pobreza, su caridad se ingenió de tal manera que los menesterosos encontraban en él el remedio seguro de sus indigencias y males.

Era de admirarse cómo olvidándose él de proveerse de lo necesario para su persona en sus viajes, en el oficio de limosnero, sacaba del convento cuanto podía, como pan, carne y otros comestibles para socorrer a los pobres que encontraba en los caminos practicando esa misma caridad a su regreso al convento, dando a los necesitados parte de la limosna que había recogido. Cuando alguien le pedía algo por amor de Dios y no tenía qué darle, se despojaba del manto, del sombrero o de la cuerda y a veces hasta del mismo hábito, volviendo desnudo al convento, pero lleno de gozo por haber así atendido la ajena necesidad. Reprendiéndole en tales ocasiones el P. Guardián, solía decirle el Beato: "Andad, hermano; por Dios lo di a quien tenía más necesidad que yo, para mí comoquiera basta". Amenazóle el P. Guardián cierto día con castigarle si no se enmendaba de ese modo de proceder pero el Beato le respondió risueño: "En verdad, que aunque me den cien azotes no dejaré de dar por amor de Dios lo que me pidieren". En vista de esta disposición de sus fervores, tuvo que echar mano el Superior del arma poderosa de la obediencia, ordenándole en virtud de precepto formal que en adelante no cometiese semejantes excesos. Hirió este precepto en lo más vivo el corazón de Sebastián, pareciéndole no sólo duro a su innata compasión, sino también casi imposible de guardar; pero consultando en medio de su amargura

a su caridad, ésta le sugirió un recurso que la dejaría satisfecha sin vulnerar la virtud de la obediencia. Desde entonces cuando algún pobre le pedía limosna, solía decirle: "Hermano, mi Guardián me ha mandado por santa obediencia que no dé nada de lo que traigo; pero si vos me lo quitáis, habríamos cumplido ambos nuestros deseos". Dándose cuenta de esta disposición del Beato, cierto pobre que se le acercó en una ocasión, le quitó el manto que llevaba, con lo que Sebastián regresó al convento sin dicha prenda que es como complemento del hábito religioso. Viéndole el P. Guardián sin manto le reclamó, recordándole el precepto de obediencia que le había impuesto, pero el Siervo de Dios le respondió, diciendo: "Si como me pusisteis a mí obediencia para que no lo diese, se la hubieseis puesto al pobre que me lo quitó, yo hubiera traído manto".

Cuando no tenía las cosas que le pedían los necesitados, generalmente los consolaba con palabras dulcísimas y les hacía ver con sus lágrimas cuánto le dolía no poder remediar sus necesidades; pero a veces pedía al cielo el socorro deseado y era atendido milagrosamente, como sucedió con un pobre de la ciudad de Huejotzingo en el Estado de Puebla, a quien un ángel, por las oraciones de Sebastián, presentó una canasta de pan caliente para que remediase su necesidad.

Su caridad era incansable, y por lo mismo, después de atender a los pobres, visitaba a los enfermos, llevándoles comúnmente entre los socorros el más apreciable de la salud que en nombre de Cristo daba a los que la necesitaban, valiéndose para ello del cordón con que se ceñía el hábito. Tan cierto es esto que ya se tenía como proverbio que el cordón del Siervo de Dios era el "sánalo todo" de las ciudades, villas y aldeas por donde pasaba. Esa virtud milagrosa quedó de manifiesto en las mismas palabras del Beato, cuando pidiéndole cierto día un religioso un cordón, Sebastián le dió el que llevaba puesto, diciéndole: "Estas cuerdas gordas las habéis de estimar mucho, porque son las que hacen los milagros. El otro día sané con una de ellas a un alguacil, quien estando ahogándose con una enfermedad que no le dejaba tragar ni la saliva, me pidió que se la pusiese en la garganta y se la puse y luego sanó, y de allí a poco rato se levantó y comía como un lobo".

CAPITULO XV

Prudencia Singular del Beato Sebastián de Aparicio y Celo Ardiente que tuvo de la Honra de Dios y bien Espiritual del Prójimo

EL hábito laudable que denominamos prudencia, que eleva y dirige la voluntad en lo que se relaciona con el bien que debemos practicar y con el mal que debemos evitar, lo poseyó nuestro Beato Sebastián tan perfectamente, que más que virtud adquirida parecía en él una virtud que Dios infundió en su entendimiento desde su niñez. El haber vivido en este mundo pecador sin caer en pecados, entre tanta variedad de destinos y profesiones, es una prueba contundente de su heroica prudencia. En medio de su sencillez, que fué en él característi-

ca, dejaba traslucir que todas sus acciones las realizaba de concierto con la gracia. Si recordamos las épocas de su vida, su fuga de Salamanca, la renuncia de los bienes para emprender la vida religiosa, y su profesión hasta la muerte, la más exigente discreción no podrá menos de formarse un alto concepto de los aciertos de la gran prudencia de nuestro Beato Sebastián. Como sería prolijo exponer todas las acciones en que manifestó notablemente su prudencia, bastará considerar la que mostró en lo referente a la virtud de la pureza.

La pureza virginal fué, entre todas las virtudes de nuestro Beato, la favorita. Por ella y por guardarla en todo su esplendor, renunció a conveniencias y comodidades, emprendió laboriosas fugas, realizó prácticas austerísimas en su vida. La maceración continua de su cuerpo, sus frecuentes vigilias, sus penitencias jamás interrumpidas, son otros tantos pregoneros de su indecible amor a la pureza. Dios nuestro Señor que miraba la fiel correspondencia de Sebastián a sus gracias, le aumentaba éstas en mayor grado y abundancia, con lo que el Siervo de Dios de tal modo se encendió en amor a su virtud predilecta que resolvió practicarla en el grado más heroico a que puede llegarse, es decir en el estado conyugal, contrayendo por dos veces matrimonio con las circunstancias y santos propósitos que ya dijimos en otra ocasión. Necesaria era una prudencia extraordinaria en

Profesión religiosa del B. Sebastián.

nuestro Beato, para formar y realizar su proyecto sublime de conservar su pureza virginal, en medio del mayor peligro, el estado matrimonial.

Esta admirable prudencia, que procedía del fondo de sabiduría que Dios había depositado en nuestro Beato, fué perfectamente advertida por los dichos de los Padres Franciscanos que en repetidas ocasiones escucharon sus celestiales conversaciones. Al oír estos de boca del Beato los mayores arcanos de la más profunda teología, quedaban tan extrañados que no encontraban palabras con que manifestar su asombro. Al ser requido el P. Fr. Juan de Santa Ana, para que diese su dictamen acerca de las virtudes del Beato, en el Proceso Apostólico que se estaba formando, dijo textualmente las siguientes palabras: "Que había hallado en Fr. Sebastián de Aparicio la vida más pura, más penitente y más santa que podía significar con palabras".

No hay duda que si nuestro Beato atendía con empeño a remediar las necesidades corporales de sus prójimos, con más solicitud y cuidado había de socorrerlos en las de su espíritu. Así vemos que jamás consentía que se hablase mal de alguno en su presencia; procurando por otra parte excusar los defectos de los demás y no juzgar temerariamente de sus acciones por sospechosas que fuesen. Teniendo noticia, en cierta ocasión, de que en la ciudad de Puebla, había varias mujeres expuestas a ofender a Dios a

causa de su necesidad y miseria, le movió su caridad a recoger limosnas en cantidad suficiente para apartarlas de semejante peligro y conservarlas en cristiana honestidad. Cuando se cercioraba de que alguna persona o en algún lugar se ofendía gravemente a Nuestro Señor, se encendía tanto su celo por la honra divina, que sin atender a respetos humanos, procuraba corregir esos desórdenes, a pesar de que ese procedimiento le ocasionaba incomodidades y disgustos. Véase la confirmación de esto en el siguiente caso que se lee en su vida: Había en la ciudad de Cholula una señora rica y principal, bienhechora especial del Beato, que tenía un obraje de paños, que constituía el capital principal para sus necesidades y comodidades. Habiendo observado nuestro Sebastián que había en dicho obraje algunos abusos que le hacían gravemente perjudicial a la señora, encendido en celo y caritativo afecto, díjole un día: Hermana, vended ese obraje, que tenéis; porque si no corre mucho riesgo vuestra salvación. Bastaron estas sencillas palabras para que la señora, sin detenerse a pensar en los intereses que con esto perdía, se deshiciese de tal obraje sin la menor dilación.

El siguiente sucedido es un argumento más de lo que estimulaba el corazón del Beato el celo de la honra de Dios y el bien espiritual

del prójimo. Caminando en cierta ocasión con un compañero escrupuloso, les cogió en el camino, ya entrada la noche una tempestad tan grande, que se vieron obligados a refugiarse en la casa de un amigo del Beato, en la que los recibieron con mucho agrado. Habiendo contado alguien al compañero que en dicha casa había alguna persona poco honesta, se quejó éste al día siguiente a Sebastián de haberle llevado a un lugar donde tan desacreditada estaba la castidad. Sincerándose el Beato de esto, respondió a su compañero: "Hermano no he tenido noticia de eso; y así no tenéis que culparme; pero poco será el tiempo que estemos aquí, pues no ha de durar más que mientras recorremos las labranzas que están alrededor". Fuése al punto a recoger un poco de maíz que en ellas le habían prometido, y confirmándole uno de los labradores en la verdad de lo que el compañero le había dicho, al volver a la casa del amigo para proseguir su viaje, le dijo con gran entereza: "Hermano; ya sabéis la llaneza con que os trato y visito, y que no cuido sino de recoger la limosna que me hacéis. Pero no quiera Dios, que yo coma en la casa donde su Divina Majestad no es servido en todo". Y en diciendo esto, se retiró de allí rápidamente, negándose a las instancias que se le hacían para que se quedase a comer por ser ya la hora de ello, y dando un

cristiano consejo a un joven que estaba mezclado en las deshonestidades que se le habían denunciado, "Hermano, díjole, paréceme que te vas tú el río abajo, poco a poco hacia el mar ancho del abismo: por amor de Dios, que mires por ti, que es gran lástima que te pierdas". Y desde entonces el Siervo de Dios no volvió más a entrar en dicha casa, aunque repitió muchos viajes por ese mismo camino.

CAPITULO XVI

Piedad Singularísima y Fortaleza Invencible del Beato Sebastián

DESDE sus tiernos años manifestó Sebastián la elevación de su espíritu hacia Dios, mediante su piadoso y humilde afecto sostenido con la práctica de su fe, esperanza y caridad. Lo fervoroso y encendido de su piedad y devoción podemos graduarlo con la práctica continua de su oración vocal, como también de su meditación y contemplación. Aunque no se sabe, a punto fijo, cuándo comenzó a ejercitarse en estas prácticas de devoción y piedad, sí podemos suponer que fué desde muy temprano, teniendo en cuenta las brillantes victorias que logró, ya desde su juventud contra las más peligrosas tentaciones.

Su máxima de oro: "No perder a Dios de vista", fué regla de todas las acciones de su vida en el mundo y en medio de sus más penosas y continuas ocupaciones, como lo demuestra el continuado ejercicio de su oración, que siempre mantuvo vivo aún en los fatigosos viajes de su oficio de limosnero. Durante su vida de religioso franciscano, se entregó de tal manera a sus fervores que jamás omitía práctica alguna que pudiese contribuir a su mayor aumento, como la frecuencia en oír la Santa Misa, asistencia al coro y demás funciones espirituales. Jamás se le caían de los labios los dulcísimos nombres de Jesús y María, nombres que repetía con el mayor afecto y ternura al rezar el santo Rosario, devoción en que se ocupaba continuamente, aún en medio de los rudos trabajos corporales en que le tuvo siempre ocupado la obediencia, y que procuraba recomendar a cuantos podía.

De la oración del Padrenuestro, y de los admirables misterios que se encierran en sus cláusulas se servía como de materia para su contemplación, fuera de aquellas ocasiones en que el Altísimo le ilustraba con luz particular sobre alguno de sus infinitos atributos o acerca de otra de las sublimes verdades de nuestra fe sacrosanta. De tal suerte se encendía el fuego de su espíritu en el conocimiento que en esas verdades percibía de la divina Bondad, que al poco rato de sumergirse en ese insondable océano, perdía con la mayor frecuencia el uso de los sentidos.

Como nunca ni en ninguna parte perdía de vista a Dios, siempre tenía oportunidad para continuar el santo ejercicio de su oración y contemplación, sin que fuesen para ello impedimento ni lo fragoso y áspero de los montes, ni lo rápido de los ríos que tenía que atravesar, ni siquiera el trato de las personas a que debía atender por razón de su ministerio. Con esta continua práctica llegó a tal punto su abstracción, en los últimos años de su vida que, absorto todo en Dios y embriagado con las dulzuras de su amor, respondía con mucha frecuencia fuera de propósito a las preguntas que se le dirigían.

El ardiente deseo que tenía de unirse estrechísimamente con Dios, le impulsaba a no omitir diligencia alguna para lograrlo, por todos los medios posibles, tanto en sí mismo, como subiendo por la escala de las criaturas. El esfuerzo de sus ansias en este punto era tal que, no pudiendo su espíritu saciar sus amorosas impaciencias en esta vida mortal, levantaba la pesadez del cuerpo en los éxtasis más admirables. Los medios con que procuraba mantener su esfuerzo hacia la unión más íntima con el Sumo Bien, eran los de su extraordinaria devoción tanto a la Santísima Virgen María a la que reverenciaba con profundas humillaciones ante sus imágenes, acompañadas de las más afectuosas salutaciones, como a la Pasión de Cristo nuestro Señor, y a todos sus misterios especialmente el de su real presencia en el augusto Sa-

cramento del Altar, a cuyo nombre no sólo inclinaba la cabeza sino que manifestaba su alegría en el semblante.

Cuando entraba en los pueblos, aunque estuviese muy cansado y enfermo, lo primero que hacía era dirigirse a la iglesia, en donde, puesto de rodillas, se mantenía dos o tres horas en oración, con los ojos fijos en el Sagrario, en que estaba depositado Jesús sacramentado, olvidado completamente de comer y beber y de cualquier otro alivio corporal. Todas estas manifestaciones de su devoción hacia el Sacramento del Amor, eran poco en comparación de la que manifestaba después de haber comulgado, pues en esas coyunturas, se manifestaba su ternura elevándose de la tierra a gozar con más quietud dentro de su corazón la dulzura de las instrucciones y coloquios divinos.

La vida del Beato Sebastián no fué otra cosa que un continuado combate con los enemigos de su virtud, pero ninguno logró sacar ventaja de sus asaltos, antes al contrario contribuyeron todos ellos a multiplicar los triunfos de la admirable fortaleza del Siervo de Dios. Basta considerar el triunfo de su pureza, asediada durante cuarenta días y cuarenta noches continuadas, para acreditar su pureza entre la de los primeros héroes del Cristianismo. Su heroica fortaleza fué combatida, pero siempre sin efecto, en secreto y en público, en el mar y en la tierra, en el siglo y aún dentro de la misma Orden re-

ligiosa a que perteneció. Las burlas, los escarnios, los desprecios y contumelias con que se vió tratado, suficientes para alterar la más sólida constancia y humildad, sólo sirvieron para poner de relieve el carácter de un sufrimiento verdaderamente incontrastable.

Toda la malicia del infierno no tuvo más remedio que testificar lo heroico de su fortaleza y su paciencia admirable. Atacóle el demonio en el mundo y en el claustro valiéndose su astucia unas veces del terror y otras de la lisonja, ya prometiéndole alivios y comodidades, ya amedrentándole con terribles amenazas de arrebatarle la vida. Pero todos estos repetidos encuentros y ataques quedaron deshechos con las armas que al Siervo de Dios suministraba su admirable fortaleza, en la más heroica resignación, poniendo en fuga a su cruel enemigo con el desprecio de su altanera arrogancia. Su fortaleza se colocó en un grado muy superior al odio mortal con que le miraba y combatía el común enemigo de las almas, como quedó demostrado en los últimos días de su enfermedad, cuando acercándosele un devoto religioso y exhortándole a que pidiese a Dios perdón de su vida pasada y que tuviese en cuenta las malas artes de que se sirve en el último trance el demonio, el Beato Sebastián le respondió: "Gracias a Dios, no tengo cosa que me de pena; el demonio no tiene que ver en mí, que ya está vencido y se ha ido para quien es; todo lo veo en paz, el Señor sea bendito".

CAPITULO XVII

Singular Templanza y Profundísima Humildad del Beato Sebastián

LA virtud de la Templanza con la que se regulan principalmente la gula y los apetitos de los sentidos, la poseyó nuestro Beato de tan especial modo que no había en él cosa alguna que no la revelase. Su modestia en el trato, en las palabras, en el vestido, estaban pregonando la templanza con que se regía en su interior. La misma severidad de su rostro, efecto de su penitencia, la templaba de tal suerte con su afabilidad que lo hacía aparecer ante todos como una de las más amables personas.

Su cuidado en el vestir, aun siendo seglar con muchas riquezas, era sumamente moderado; y después, siendo ya religioso, puso toda su atención en que la túnica con que cubría su

cuerpo, a la vez que ocultaba su desnudez, descubriese la pobreza que profesaba. De aquella su antigua modestia y gravedad con que se había vestido en el siglo provenía que, siendo ya religioso, al ver algún seglar superfluamente adornado, le dijese: "Hermano, ya que Dios os lo da, vestíos honestamente; que la honra no consiste en los vestidos, sino en que sean honestos; porque los colores varios no sirven más que de representar un inquieto y pintado pájaro, o un loco, a quien por burla visten un sayo ajironado de diversos paños".

No se manifestó menos su templanza en la conversación. Nunca hablaba sino cuando era movido a ello por su celo o su caridad, y aun entonces con tal circunspección, que nunca pasó los límites de lo muy necesario. Su frase comunmente adoptada para explicar la felicidad de la salvación, era la de "colar o embocar en el cielo", por lo que cuando aconsejaba a algunos pecadores para que dejasen las culpas y se pusiesen en gracia y amistad de Dios, les decía: "Hermano, enmendad vuestra vida; apartaos de ese pecado; porque si no, no embocaréis o colaréis en el cielo". La eficacia de esta frase era tal que con ella hizo maravillosas conversiones. Sabedores algunos de esta su frase favorita, solían preguntarle, "si colarían"; a lo que el Siervo de Dios contestaba haciendo distinción entre las personas que eran de buenas costumbres y aquellas que no lo eran: a las primeras les de-

cía: "sí, si proseguís en servicio de Dios", a las segundas: "no, si vivís mal".

Como demostración de la singular templanza de nuestro Beato Sebastián, vamos a poner aquí el siguiente sucedido.

Era tan afecto a la música el Siervo de Dios que su inclinación le hacía visitar la casa de un músico de la ciudad de Puebla, llamado Juan Gutiérrez de Huerta, para deleitarse con los suaves sonidos de un instrumento musical denominado clavicímbalo que dicho señor tocaba con suma habilidad. Mas como Sebastián notase en sus varias visitas que el devoto músico se empeñaba en proporcionar a su penitente y mortificado espíritu esta hermosa recreación, se negó del todo en adelante a visitar su casa. Encontróle después de algunos días el devoto Gutiérrez y deseoso de que siguiese visitando su casa, le preguntó cuál era la causa de su retiro. "No voy, contestó Sebastián, porque estoy en cólera con vuestra casa". Lo inesperado de la respuesta puso al devoto músico en mayor cuidado, por lo que le preguntó de nuevo, en qué le había dado qué sentir en su casa, prometiéndole que luego le daría la más pronta satisfacción. "Dios, díjole entonces el Beato, no quiere que oiga vuestra música; por eso no voy a vuestra casa". Parecióle al Siervo de Dios que el inocente deleite de la música podría dar entrada a la curiosidad y traspasar los límites de la moderación y la templanza, virtud que tan arraigada estaba en

su alma, y creyó que el cielo le prohibía seguir oyendo la música de que tanto gustaba.

La gran santidad de nuestro Beato nos hace ya pensar en lo profundo de su humildad. Sin esta virtud no hubiera sido posible el grado de perfección a que él llegó.

La vista del ser Divino le hacía profundizar más en la nada de su propio ser. La infinita distancia que percibía entre estos dos extremos, le obligaba a huir de los honores y a procurar las ocasiones de su desprecio. Por eso cuando conocía que alguien intentaba hacer alguna estimación de su persona o celebrar alguno de sus prodigios, solía decir: "Quitaos allá; ¿para qué hacéis eso conmigo que soy un pobre hombre, que no valgo un cuarto? ¿Quién soy yo, sino un poco de tierra y basura?" Y a continuación afirmaba que si volvían a hacer de él el menor aprecio, jamás lo verían en sus casas.

Cuando tenía precisión de tomar asiento, escogía siempre el último lugar; en el comedor siempre ocupaba el ínfimo asiento; en la iglesia, las gradas de los altares, en las casas de los bienhechores el umbral de la puerta o el suelo y, si por urbanidad le traían una silla, después de agradecer el obsequio, solía decir con gracia: "Quitad allá, que mejor está la tierra sobre la tierra". A los que le suplicaban los encomendase a Dios en sus oraciones, les respondía: "Sí haré de muy gana, mas buen recado tenéis con eso, si no hacéis vos más que yo. Encomendadme vos

a mí a Dios, que harto lo he menester. Soy un mal hombre, y peor fuera si Dios no me tuviese de su mano".

Era increíble la alegría que experimentaba tanto interior como exteriormente, cuando se veía ultrajado, y cuando, tratándole con desprecio, le decían palabras pesadas e injuriosas, o se mofaban o burlaban de él como de un niño. Cometió cierto religioso de la Orden un defecto grave contra la pobreza en su presencia y de un seglar que estaba con ellos. Pareciéndole al Beato que no estaba bien el disimulo en aquella circunstancia, procuró corregirle con amorosa y suave reprensión; pero, exasperado el religioso con la amonestación, devolvió mal por bien, llenándolo de injurias y desprecios y hubiera desahogado su cólera con golpes, si no lo hubiera impedido el seglar que se hallaba con ellos. Sufrió la afrenta el Siervo de Dios con su acostumbrada serenidad, retirándose de aquel sitio, sin dar la más ligera señal de turbación.

Habiendo llegado en cierta ocasión a un convento de la Orden y habiendo encontrado juntos en un lugar a varios religiosos, se arrodilló delante de uno de ellos para besarle la mano, creyendo que fuese el superior, pero éste lo retiró de sí con el mayor desprecio, diciéndole que era el vituperio y la ignominia del hábito que vestía. Oyó nuestro Beato la afrenta con alegre semblante, e inclinando la cabeza, se fué a poner en oración ante el altar mayor y dar gracias

al Señor, que se complacía en hacerle partícipe, de la dulzura más apreciada de los espíritus humillados.

Llegó en otra ocasión a casa de un bienhechor con una gran herida en una pierna y arrojando de ella mucha sangre. La señora de la casa que lo vió en tal situación, quiso aplicarle algún remedio; pero él rehusando el contacto de sus manos, en obsequio a su pureza y su humildad, le dijo: "Carnes de perro, como las mías, no tienen necesidad de delicadeza".

Cuando obraba algunas maravillas, como sanar enfermos, ahuyentar tempestades, u otras semejantes, se humillaba y envilecía con tal eficacia, que dejaba casi desvanecidos de la verdad a los mismos que las miraban. Mas cuando eran tan visibles los prodigios, que los celebraban abiertamente por milagros, les reprendía diciendo; "no digáis milagro, que Dios no los había de hacer por un hombre como yo". Atribuyéndolos entonces al Rosario que llevaba en las manos, o a la cuerda de N. P. S. Francisco, que les aplicaba, les decía a las personas favorecidas que diesen gracias y glorificasen a Dios, autor de toda bondad, que él por su parte no era capaz de hacer cosa buena.

CAPITULO XVIII

Admirable Paciencia y Extrema Pobreza del Beato Sebastián de Aparicio

LA profunda humildad de nuestro Beato fué seguramente una poderosa base para sustentar su gran mansedumbre y admirable paciencia. En la práctica de estas virtudes tropezó con obstáculos e impedimentos capaces de detener el curso de su perfección si esta no fuera tan heroica. Tanto su espíritu como su cuerpo fueron constantemente blanco de las enfermedades y las persecuciones, de los trabajos y las maledicencias; pero en medio de todos esos contratiempos su paciencia permanecía inalterable. Descargó el infierno todas sus furias sobre el Beato Sebastián, aterrorizándole con espantosas figuras y atormentándole con cruelísimos tratamientos, y sugestionando a algunas perso-

nas para realizar los intentos de su malicia contra el Siervo de Dios, pero no logró con todas sus astucias otra cosa que aumentar la paciencia de Sebastián y su tolerancia en el padecer.

Jamás se le oyó quejarse de los dolores que le producían sus enfermedades, y nunca dió muestra ni señal alguna que desdijese de su heroica paciencia en cada uno de los penosos ejercicios de su vida. Con sólo su oficio de carretero bastaba para contarlo entre los primeros héroes de la virtud de la paciencia, pues, durante muchos años estuvo en esa ocupación expuesto a los trabajos, enfermedades y hambres, la mayor parte del tiempo sin compañía y enteramente solo, por los caminos, montes, torrentes, cenagales y despoblados, con el semblante siempre alegre y tan lejos de proferir una sola palabra mal sonante o descompuesta, como si se hubiese extinguido en él la pasión irascible.

Cuéntase que en cierta ocasión, siendo todavía seglar Sebastián, al llegar a la ciudad de México con sus carretas cargadas de plata del Real de Minas de Zacatecas, una de las carretas se acercó tanto a un puesto de loza de los que había en la Plaza Mayor, o Zócalo, como decimos ahora, que quebró gran parte de ella. Tremendamente indignado del estropicio el dueño del puesto, se acercó a Sebastián, que iba detrás de la última carreta, y comenzó a insultarle con improperios. Suplicó el Siervo de Dios al vendedor de la loza que le perdonase, puesto

que no había estado en su mano el impedir lo sucedido, por venir atrás de sus carretas. El puestero no se dió a razones sino que continuó injuriándole por toda la calle de San Francisco, llegando su ira hasta el punto de amenazarle con que le iba a quitar la vida. Procuraba Sebastián sosegarle con la paga del daño recibido, pero obcecado el puestero con su rabiosa cólera, no atendía a satisfacción y así, al llegar al campo, sacó la espada y le acometió entre un torrente de improperios e injurias. Al ver esto, Sebastián se apeó de la carreta donde iba, y sacando a la vez su espada para defenderse, dió al puestero tal cuchillada que lo dejó tendido a sus pies, y poniéndole uno de ellos en el pecho, le dijo: Hombre soberbio, os podría matar, pues os tengo sujeto y sin fuerzas para que os defendáis. Conoció el iracundo comerciante su peligro, y arrepentido de sus excesos, pidió a Sebastián que le perdonase por amor de Dios. Hízolo el Siervo de Dios con mil amores, pues no había intentado con el lance otra cosa que su defensa.

Su mansedumbre lo hizo tan superior a las comunes adversidades que ninguna de ellas era capaz de inquietar su alma con la más leve turbación, Léese en su vida que habiendo llegado en cierta ocasión al convento de Santa Bárbara de la ciudad de Puebla y habiendo dejado a su puerta el caballo en que solía andar a causa de su vejez y sus achaques, se lo robaron. Al

darle noticia de lo sucedido, no hizo ninguna demostración de ira ni desagrado, sino que con gran paz y serenidad de ánimo dijo: Dejadlo, que él lo volverá. Así sucedió ciertamente, devolviéndoselo el ladrón dentro de algunos días sin la menor lesión ni menoscabo.

La virtud de su mansedumbre queda todavía más relevante en el siguiente caso. Encerróle los bueyes de sus carretas cierto labrador, alegando que le habían perjudicado en sus sembrados. Teniendo noticia de esto el Beato, acudió luego a solicitar por medio de sus humildes ruegos, la libertad de los animales. Mas viendo que el labrador insistía en achacar el daño a los bueyes y en tenerlos encerrados, el Siervo de Dios le dijo con la mayor mansedumbre: Si os han hecho daño los bueyes, soltadlos que vayan a comer y encerradme a mí por ellos.

Respecto de la virtud de la pobreza, diremos que ya desde el siglo la practicó en alto grado, pues no obstante que tenía muchas riquezas, sólo se servía de ellas para atender a las necesidades de los pobres, contentándose él con unas cuantas tortillas de maíz para su alimento, un paño ordinario para su vestido y un petate para su cama.

Libertóse del peligro de las riquezas entrando en la Orden Franciscana, en donde abrazó con tal ansia la pobreza que desde luego se hizo uno de los más distinguidos ejemplares de ella. Proveíanle los Superiores del pobre hábito que

vestían los demás religiosos, pero el Siervo de Dios no se aquietaba ni se contentaba sino después de haberlo cambiado por el más roto y viejo que veía en alguno de sus hermanos en religión. Presentóse el Beato en cierta ocasión con un hábito nuevo ante el R. P. Juan de Santa Ana, quien acostumbrado como estaba a verlo siempre roto, extrañado de su actual actitud le dijo: Buen hábito traes Aparicio. A lo que respondió el Beato: Y como que es bueno, que me lo dió un santo. Y preguntándole el Padre, quién era el santo que se lo había dado, respondió: Ese Guardián de Tlaxcala, Fr. Diego de Mercado, que es gran santo: y sabed que los ángeles le vienen a dar música.

Las más de las veces andaba nuestro Beato Sebastián sin manto y sin sombrero, pues en él era cosa corriente dar esas prendas a los pobres que encontraba por las calles y los caminos; sucediendo lo mismo con el cordón con que se ceñía, cuando algún necesitado se lo pedía o algún devoto se lo arrebataba. Caminaba frecuentemente con los pies enteramente descalzos, no sólo por mortificación sino también para ahorrar al convento el gasto que pudiera hacer en su pobre calzado. Cuando la necesidad en este asunto llegaba a ser extrema, iba a la sacristía y recogía un par de zapatos de los que ya habían desechado los sacerdotes, que en aquel tiempo los usaban para salir a decir misa. Como generalmente de ese par de zapatos solía ser

uno blanco y otro negro, al verle calzado en esas fachas, díjole cierto día un religioso que por qué andaba en esa forma tan ridícula, a lo que el Beato respondió: Hermano, unos calzan como quieren, y yo como puedo.

Nunca tuvo celda señalada para su habitación, de manera que para pasar la noche se recogía en el primer rincón que hallaba desocupado en el convento, en donde dormía vestido y acostado en el desnudo suelo. En sus viajes para recoger la limosna para la Comunidad, siempre dormía en el suelo debajo de una carreta. Ni siquiera en sus más peligrosas enfermedades se le pudo persuadir a que recibiese el alivio de un colchón, ni sábanas, ni camisa, contestando a los que le aconsejaban esas comodidades esta hermosa frase: Para mí, basta el manto y la tierra que ocupa el cuerpo.

CAPITULO XIX

Rígida y Austera Penitencia del Beato Sebastián de Aparicio

CON toda verdad puede decirse que el espíritu de austeridad y penitencia con que castigaba su cuerpo empezó ya en nuestro Beato Sebastián desde que tuvo uso de razón, y cuando apenas daba señales el desorden de las pasiones.

De tal manera se manejó con su cuerpo que lo trató con más dureza y severidad que un señor a sus esclavos rebeldes, no concediéndole ni recreación ni descanso. Aún el descanso del sueño era tan escaso y corto que más parecía un nuevo tormento, pues lo tomaba unas veces a caballo arrimado a un poste, interrumpiéndose luego que el caballo se movía; otras sobre un áspero petate o una piel de toro; y con frecuencia en la tierra desnuda, expuesto a los

rigores e inclemencias del tiempo, práctica que le produjo una peligrosa enfermedad que le puso a las puertas de la muerte. Ni aún en este apurado trance quiso aceptar la cama que le ofreció con caridad cristiana uno de sus amigos, y desatendiendo las repetidas instancias de su bienhechor y del médico que conocían bien la gravedad de su mal, prefirió seguir en su costumbre de acostarse en su petate o estera.

Siendo ya religioso franciscano, renunció no sólo a la pobre cama que se permite en la Orden, sino también a la comodidad de tener una habitación o celda. El lugar de su retiro en las noches era la azotea del convento o sus corredores y también la huerta y cuando andaba por el campo, recogiendo la limosna para los religiosos, una de sus carretas. Habiendo llegado en cierta ocasión a la hacienda de un especial amigo suyo, al llegar la noche se acostó a dormir debajo de una de sus carretas, pero como se desatase una copiosísima lluvia, su amigo le instó para que se retirase a una habitación de la hacienda. Hízolo así Sebastián, pero tan pronto como se vió libre de la presencia de su amigo, para no perder una ocasión tan oportuna de padecer, se salió de la habitación, y arrimándose a las paredes de la casa, estuvo así toda la noche recibiendo sobre su cuerpo toda el agua que con gran ímpetu despedían las canales del tejado. Cuando su amigo lo encontró al amanecer en aquel lugar, cubierto de hielo y rezando el

rosario, asombrado con tan extraño espectáculo, le suplicó que se retirase a la casa para repararse de los rigores del frío de la noche. Pero Sebastián, le respondió con suma paz: "No tengo frío; antes sí al contrario, me siento muy acalorado".

Caminando una vez en compañía de algunos viajeros, como comenzase a llover fuerte procuraron todos librarse del peligro, metiéndose debajo de las carretas, pero nuestro Beato se mantuvo gozoso expuesto a todo el rigor del aguacero. Atónitos los compañeros, le preguntaron el porqué no procuraba evitar un tan manifiesto peligro de su salud, a lo que contestó con estas palabras: "Buen Dios tenemos, que todo lo suple".

Hallándose el Beato en otra ocasión gravemente indispuesto en la enfermería del convento de Puebla, se salió una noche a un portalillo contiguo, en donde se acostó con los ojos fijos en el cielo. A altas horas de la noche comenzó a llover copiosamente y como Sebastián se había acostado junto al caño del desagüe, recibió en su cuerpo toda el agua de modo que estaba ya casi nadando en ella, cuando entró el Hermano enfermero a recoger un poco de ropa que había dejado allí olvidada la tarde anterior. Al tropezar con el Beato, el enfermero se asustó, pero repuesto del susto le reprendió, diciéndole que si no advertía que estaba lloviendo, y el mucho daño que de la mojada podría resultarle.

"Sí advierto, respondió Sebastián, mas en mi vida he estado más a mi placer, que ahora."

Su imponderable deseo de padecer impulsó al Beato a no dejar parte alguna de su cuerpo sin especial mortificación. Andaba siempre con la cabeza descubierta al sol, al aire, al agua y al frío y con los pies las más de las veces totalmente descalzos, por cuyo motivo los traía continuamente llagados, corriendo sangre y llenos de grietas, siendo estas a veces tan notables que el dolor le impedía dar paso. Se golpeaba frecuentemente el pecho con una piedra, abriéndosele con sus recios y repetidos golpes una profunda llaga, cuya sangre se veía precisado a contener con una bizma de estopas. Jamás se despojaba de un áspero cilicio que traía ceñido a la cintura, y que de tal modo se introdujo en la carne que fué necesario usar de violencia para desprenderlo de su cuerpo después de muerto. Sus disciplinas eran tan rigurosas que siempre le hacían derramar mucha sangre, tratando a su cuerpo con tanta crueldad como no lo haría su mayor enemigo. A estos rigores añadía el insufrible de arrojarse a los estanques y ríos helados antes que el sol deshiciese el hielo, y el de lavar su hábito en las mismas aguas y ponérselo luego enteramente mojado. Y cuando la gente, al ver tanta rigidez y penitencia, le preguntaba el porqué de maltratar así su cuerpo, siendo ya viejo, solía responder estas palabras: "Por embocar en el cielo".

De su abstinencia y ayuno sólo diremos que fueron rigidísimos, y que los practicó continuamente durante el prolongado espacio de noventa años. Siendo todavía seglar, y no obstante que disponía de haciendas y dinero, su comida consistía en unas cuantas tortillas de maíz, condimentadas con salsa de chile, a las que agregaba, en los días festivos, un poco de carne de vaca. Su bebida era únicamente sola agua, y esto aún en medio de las labores del campo o de las fatigas del penoso ejercicio de las carretas.

Siendo ya religioso, procuró de que hubiese más rigor todavía en su ayuno y abstinencia. Jamás volvió ya a tomar carne ni pescado, ni comida alguna guisada, y sólo cuando se hallaba gravemente enfermo, sorbía una taza de caldo. Comía una sola vez al día unas cuantas tortillas, con la salsa correspondiente de chile, o pan mojado en agua, cuando ya le llegaron a faltar los dientes.

Lo más admirable de su ayuno no era la cortedad del alimento, que proporcionaba a su trabajado cuerpo, sino la dilación en alimentarse, pues a veces se le pasaban dos días sin comer, ya para mortificarse voluntariamente, ya porque no tenía cosa alguna que comer, ni hacía diligencia alguna para buscarla, si bien el Cielo remediaba milagrosamente en ocasiones su necesidad.

Al ver algunas personas lo escaso del alimento para un hombre tan robusto y corpu-

lento, se llegaron a persuadir de que vivía sobrenaturalmente; pero otras le instaban para que se alimentase más, pareciéndoles que aquella comida era insuficiente para sustentarse. Pero el Beato Sebastián solía responder: "Hermanos, yo cuando como, siempre he de quedar con necesidad, que no se ha de dar al cuerpo todo lo que pide, porque luego se quiere alzar a mayores, como potro cerrero".

Estando ya próximo a la muerte, se acercó a la cama su confesor con un vizcocho mojado en vino, suplicándole que lo tomase para animar y reforzar su naturaleza decaída, pero el Beato, mirándole con cariño, le dijo: "Hermano, yo os agradezco la caridad que me hacéis; pero adviértoos que los Frailes no han de comer manjares delicados, para embocar en el cielo".

CAPITULO XX

Admirable Obediencia y Virginal Pureza del Beato Sebastián

LA virtud de la obediencia, que había de llegar en nuestro Beato al grado de la heroicidad, se dejó ver ya en todos los aspectos de su vida de seglar; en la casa paterna, atendiendo las órdenes y mandatos de sus padres con solícito esmero y pronta solicitud; de mozo, en el cuidadoso servicio a los señores a quienes sirvió, y siendo ya dueño de su persona y riqueza, poniendo en práctica los divinos mandamientos y los preceptos de la Iglesia, así como las obligaciones de su respectivo estado.

Pero deseando sacrificar más y más su propia voluntad en aras de la divina, resolvió ingresar en la Primera Orden Franciscana, poniendo todos sus actos a disposición de la santa

Obediencia mediante el voto sagrado de la religión, en la que no reconocería ya más móvil que los mandatos y ordenaciones de sus Superiores. Las ansias que alimentaba de este sacrificio se vieron pronto satisfechas, pues luego de entrar en la Orden, comenzó a dar las pruebas más visibles de las veras con que había renunciado a su propia voluntad. Teniendo como norma que, por el voto de obediencia, ya no era suyo sino ajeno, comenzó a desempeñar con alegría todos los oficios inherentes a su profesión de Hermano lego, como cocinero, limosnero, sacristán, portero, refectolero y hortelano, viendose en todos ellos diligente y solícito, manso, humilde y caritativo.

Con estas hermosas cualidades de ánimo no es de extrañar que su obediencia alncanzase un elevado grado de perfección, lo que se ve demostrado en los siguientes sucedidos.

Habiendo llegado en cierta ocasión el santo anciano al convento de Puebla con sus carretas cargadas de madera del monte de Tlaxcala, apenas las hubo descargado, recibió nueva orden del P. Guardián de dicha Comunidad de trasladarse con ellas al pueblo de Tepeaca, distante de Puebla como seis leguas, para llevar la limosna de varias cargas de maíz. Manifestóle al Guardián nuestro Beato que estaba pronto a la obediencia, pero que estaba imposibilitado para hacer el viaje por habérsele roto a una de las carretas el eje y la clavija que sostenía la

rueda. Insistió el P. Guardián en su precepto diciéndole que sin más réplica ni pretexto se pusiera en camino. Nada repuso a esta ordenación la humildad de nuestro Beato, y recibiendo la bendición del Prelado, partió con las mismas carretas por entre las peligrosas y profundas barrancas que hay en el camino de Puebla a Tepeaca, y en las cuales suelen perecer aún las carretas mejor dispuestas, satisfaciendo su obediencia al precepto en el preciso espacio de tres días que gastó en ir y volver para conducir la dicha limosna del maíz. Admirado cierto señor al ver cómo la carreta había andado algunas leguas con el eje quebrado, dijo a Sebastián que le explicase cómo podía ser aquello posible, a lo que respondió el Beato con su acostumbrada sinceridad: "¿Qué hemos de decir, sino que mi Padre San Francisco va teniendo la rueda para que no se salga?"

Viéndose precisado en otra ocasión por la obediencia a llevar la limosna al convento de Puebla en una carreta maltrecha y con sólo dos bueyes, se encontró al llegar a la barranca de Tulcingo con el Teniente de Gobernador de la ciudad de Tlaxcala, quien le puso en conocimiento de la imposibilidad de atravesar, aún a caballo, dicha barranca por los grandes riesgos y peligros que presentaba tanto de subida como de bajada. Nuestro Beato, que conocía bien la verdad de lo que dicho señor le decía, le respondió con gran sencillez: "Cuya es la

limosna, sacará la carreta". Así sucedió, en efecto, pues bajando el Teniente Gobernador la barranca poco a poco y a pie, al levantar la vista para ver la carreta de nuestro Beato, la divisó ya de la otra parte, en lo alto de la barranca, sin que hubiese padecido el menor daño ni detrimento.

Prodigio semejante contempló cierto señor en la barranca de Quautzatzaloyan, que presentaba grandes dificultades para el tránsito de las carretas. Caminando por las pendientes de la quebrada nuestro Beato con una carreta cargada de leña, llegó a un lugar del camino, en donde forzosamente tuvo que detenerse por estar interrumpido el tránsito con otra carreta del señor citado, a la que se le había quebrado el eje. En vista del caso, dicho señor procedió a remover un tanto su carreta para facilitar el paso, siendo grandísima su sorpresa, cuando hallándose en esta operación, vió que la carreta de Sebastián y el mismo siervo de Dios a caballo se hallaban ya sanos y salvos al otro lado de la barranca.

Si la obediencia de nuestro Beato fué verdaderamente heroica, no podemos menos de decir otro tanto de su pureza virginal. Como demostración de nuestro aserto, tenemos las asombrosas pruebas que dió de esta virtud en el espacio de setenta y dos años que vivió en el siglo, capaces de acreditarlo como un ángel humanado, título que confirmó después con cada una de las austerísimas prácticas de su vida religiosa. Como

San Francisco ayudando al B. Sebastián.

ya expusimos en anteriores capítulos las muestras admirables que el Beato Sebastián dió de la virtud de la pureza, sólo vamos a tratar en el presente de la esmerada diligencia que puso en los últimos años de su vida para conservar y aquilatar ese angelical tesoro.

Hablando en cierta ocasión con un reverendo Padre franciscano de las dos esposas que había tenido, díjole nuestro Beato Sebastián: "Que por la bondad de Dios no se había acercado a ellas; y que aunque durmiese entre cien doncellas, por ningún modo violaría su castidad."

No obstante que la gracia de Dios le suministraba tan heroica confianza, siempre ponía especial diligencia en huir de los peligros en que pudiera ofenderse el candor de su amada pureza, de tal modo que hasta el nombre de mujeres le espantaba y por lo mismo tenía cuidado de no mirarlas ni conversar con ellas, procurando huir de su trato y compañía. Por amor de la pureza sentía gran repugnancia en entrar en aquellas casas en que había mujeres y procuraba ponerse en el sitio más alejado de ellas. Así leemos en su vida que con motivo de recoger la limosna, se veía precisado a recogerse durante la noche en las casas de sus bienhechores, pero sabiendo que en ellas había mujeres, nunca pasaba a las habitaciones, sino que se quedaba en el patio en donde se entregaba brevemente al sueño y pasaba el resto de la noche en oración.

Habiendo llegado una vez a casa de uno de sus bienhechores con un gravísimo dolor que le atormentaba sobremanera, una caritativa señora que advirtió las mortales ansias que padecía le suplicó que entrase en la casa y que se dejase aplicar unos paños calientes que ella misma le pondría con todo cuidado y esmero. No obstante que el mal era muy vehemente y grande el peligro de perder la vida, nuestro Beato no quiso que le tocase mano de mujer, y se retiró a un rincón en donde él mismo se aplicó el remedio que se le había ofrecido.

Siempre que se ofrecía oportunidad, aconsejaba a los religiosos que huyesen del trato y compañía de mujeres, a causa de los riesgos y peligros que siempre llevan consigo.

CAPITULO XXI

Extasis Maravillosos del Beato Sebastián de Aparicio

AQUELLA aspiración de nuestro Beato Sebastián hacia la íntima unión con Dios, mediante la práctica de todas las virtudes, animadas por la ardentísima caridad en que continuamente andaba abrasado, le convirtieron en el objeto de las complacencias divinas, llegando a aquella comunicación con el Sumo Bien de que era capaz su espíritu, revestido aun de la pesadez y tosquedad del cuerpo. Suele Dios premiar y distinguir el amor ardentísimo que le tienen sus siervos, con los extraordinarios favores de sus éxtasis, raptos y visiones. Así lo hizo con nuestro Sebastián de Aparicio, demostrando con ello que era uno de sus distinguidos y predilectos. Para

deleite de nuestros lectores ponemos aquí algunos de esos relevantes beneficios y favores.

Hallábase el Siervo de Dios un día de fiesta unciendo sus bueyes cerca del camino real que iba para la ciudad de Puebla, y como las gentes que pasaban por allí rumbo a la iglesia para oír misa, le vieron trabajar en tal día, se extrañaron grandemente de aquella actitud, y no sólo murmuraron de él sino que, fuertemente escandalizadas, se propusieron reprenderle a su regreso de la iglesia. Con este propósito, se acercaron, al volver de misa, a aquel lugar en donde habían dejado a nuestro Beato, pero cuando ya se preparaban para propinarle una severa reprensión, quedaron tremendamente asombradas al verlo elevado sobre la tierra, con los brazos extendidos en forma de cruz, los ojos fijos en el cielo y el rosario en una mano. Mantuviéronse las gentes largo tiempo atónitas y edificadas, esperando el fin de aquel hermoso espectáculo, hasta que, volviendo el Siervo de Dios en sí, y viendo asombrados a los transeuntes que antes se habían escandalizado de él, les dijo estas frases llenas de unción: "Hermanos, no murmuréis, que para quien no puede más, dondequiera está Dios; en la iglesia, en la ciudad, y en el campo. Dejóme sólo esta noche el indio que suele acompañarme, y como no estoy ya para trabajar todo lo que necesitaba, no pude juntar tan presto estos bueyes, como quisiera, para tener tiempo de llegar a oír misa". Estas sencillas palabras

causaron nueva admiración a los transeuntes, pues vieron en ellas reprendida aquella ligereza y precipitación que habían tenido en juzgar y murmurar de nuestro Beato.

Más notable que el anterior, es el éxtasis que tuvo en el camino de Huejotzingo. Viajaban por dicho camino una noche, dos hombres, quienes, con la claridad de la luna, descubrieron unas carretas que caminaban por delante de ellos. Conociendo que eran las del Beato Sebastián, apresuraron el paso para alcanzarle y lograr así la dicha de hacerle compañía, pero al acercase, lo hallaron elevado en el aire, tan alto que era imposible tocarlo con la mano. Habiendo contemplado por largo rato el admirable prodigio con gran consuelo de sus corazones, siguieron su camino glorificando la bondad del Altísimo que tanto favorecía a su fidelísimo Siervo, cuyas virtudes ellos elogiaron en adelante constantemente.

Grande admiración causó a una señora muy ejemplar y devota de la ciudad de Puebla otro maravilloso éxtasis de nuestro Beato Sebastián. Habiendo entrado dicha dovota señora, una mañana al despuntar el día en el cementerio anexo al templo de San Francisco de dicha ciudad, vió que salía una gran luz y resplandor de entre unas piedras. Llena de curiosidad se acercó a dicho lugar a ver qué era, y sólo encontró al venerable Siervo de Dios, fuera de sí, con el rostro reclinado sobre la mano derecha y con los

ojos abiertos mirando hacia el cielo. Bien pronto comprendió que el resplandor que acababa de ver, no era de fuego terreno que el Siervo de Dios hubiera encendido para calentarse por ser tiempo de invierno, sino efecto del inmenso amor de Dios que le abrasaba el corazón.

Cosa notable era que estos éxtasis o raptos los tenía nuestro Sebastián en cualquier tiempo y lugar. Cuéntase en su Vida, que yendo algunas veces a afeitarse a la casa del barbero, le decía con semblante alegre y amigable llaneza: "Venid acá rapa-ruines y afeitadme", y solía quedarse entre sus manos tan absorto e insensible, que más que a una persona viva, parecíale al barbero que estaba afeitando a un cadáver. En cierta ocasión el barbero le hirió la nariz con la punta de la tijera, saliendo de la herida tanta sangre que fué necesario limpiársela tres o cuatro veces; pero el Siervo de Dios, se mantuvo inmóvil durante todo ese tiempo, sin dar muestras de haber sentido la cortada; hasta que vuelto en sí y pidiéndole perdón el barbero por su descuido, le dijo el Siervo de Dios: "Haced vuestro oficio, que eso ¿qué es sino tierra?"

Otros muchos de esos beneficios disfrutó nuestro Beato, siendo su contemplación tan continua, que le ponía en estado de quedar extático siempre que se trataba de asuntos espirituales en su presencia. Así lo afirma un Padre Franciscano que lo trató y que se veía precisado, cuando hablaban de esas materias en sus con-

versaciones familiares, a sostenerlo entre sus brazos para que no cayese en tierra, a causa de su enajenación de los sentidos.

Como en ningún tiempo ni lugar perdía de vista la Bondad divina, en todas partes hallaba oportunidad de continuar el santo ejercicio de la oración y contemplación sin que se lo impidiese ni lo fragoso de las montañas que tenía que trasponer, ni la rapidez de los ríos que tenía que atravesar, ni aun el necesario trato de las criaturas, que exigía su ministerio de limosnero, llegando a tal punto su abstracción en ese punto que, absorto todo en Dios y embriagado con las dulzuras de su amor, era cosa frecuente desprenderse del común uso de los sentidos y responder fuera de propósito a las preguntas que se le dirigían.

El deseo de unirse lo más íntimamente con Dios era tan ardiente, que no le permitía omitir diligencia alguna para buscarlo por todos los medios posibles, ya dentro de sí mismo, ya fuera en las criaturas, acentuándose a veces en tales términos que violentaba su cuerpo elevándole del suelo en éxtasis maravillosos, que revelaban su gran santidad y llenaban de admiración y edificación a las personas que en tan sublime actitud lo contemplaban.

CAPITULO XXII

Apariciones de la Santísima Virgen y de los Santos Angeles al Beato Sebastián de Aparicio y Algunos Singulares Favores que de ella Recibió

DADA la gran piedad y admirables virtudes del Beato Sebastián, era imposible que no sintiese su corazón tiernamente atraído hacia la Reina de las vírgenes, y mantuviese hacia Ella constante y fervorosísima devoción, tanto más cuanto que estaba perfectamente convencido de que por su protección había salido ileso de los asaltos que el demonio le había dado para manchar su limpia pureza.

Uno de los especiales obsequios con que generalmente celebraba los días consagrados a la excelsa Madre de Dios, era comulgar en reveren-

cia de los misterios y prerrogativas que en ellos se conmemoraban. En esas ocasiones era frecuente en él elevarse de la tierra en éxtasis ardiente, luego que recibía a Jesús Sacramentado, como también el recrearse con la vista y presencia de la Reina del Cielo, que llena de gloria y hermosura, se le aparecía. Así sucedió cierto día en el convento de Cholula. Habiendo llegado el Venerable Siervo de Dios a dicho convento en ocasión en que los estudiantes del Coristado iban a comulgar, se acercó al altar mayor para recibir a Cristo Sacramentado. Recibida la sagrada Comunión, se levantó con el rostro encendido, y poniéndose de rodillas, reclinó la cabeza sobre una de las sillas inmediatas al mismo altar. Estando así completamente recogido en su interior, se le puso por delante un religioso, a quien en voz baja y llena de ansiedad le dijo: "Quitaos, quitaos, ¿no véis aquella Señora que baja por las escaleras? Miradla, ¿no es muy hermosa?" palabras con que dió a entender al religioso el insigne favor que en aquellos momentos estaba recibiendo de la Madre de Dios.

Viendo los espíritus angélicos el esmero con que nuestro Beato era atendido por la Reina del cielo, no quisieron ellos ser menos en asistirle en sus necesidades. Así lo vemos confirmado en los casos siguientes.

Caminando desde Huejotzingo para la ciudad de Puebla el Beato Sebastián, tuvo que pasar la noche cerca de una barranca, que se hallaba en

el mismo camino. Acostado en el suelo debajo de las carretas, como era su costumbre, comenzó a llover con tal fuerza, que en corto tiempo inundó completamente el lugar donde dormía. En medio de la resignación con que se ofrecía al Señor para sufrir aquellos y aun mayores trabajos, vió un joven, de gran hermosura y elegancia, que con una vihuela en las manos comenzó a tocar de manera tan celestial que el Siervo de Dios se olvidó por completo de su incomodidad, pareciéndole que estaba en la gloria. Deseoso nuestro Beato de gozar más de cerca de aquella música del cielo trató de acercarse al joven que tocaba, pero dándose éste cuenta del intento, se fué alejando hasta que por fin traspuso de un salto la barranca, desapareciendo de su vista. Narrando este sucedido el Siervo de Dios a un religioso grave y docto de nuestra Orden, gran confidente suyo, hablóle de esta suerte: "Pasóse el jovenete a la otra parte, y así no lo alcancé; mas no sabré deciros, cuán lindo era".

Yendo de Tepeaca a Puebla una noche, ésta se puso tan oscura, que apenas podía acertar con el camino, razón por la cual tuvo que detenerse en el campo. Arrimándose a una piedra, se puso en oración en la que perseveró hasta que, llegando a sus oídos una música suavísima, levantó sus ojos y vió entre resplandores de clarísima luz concertados coros de músicos, que le convidaban con el dulce atractivo de sus cánticos a que los siguiese hacia la ciudad de Pue-

bla. Así lo hizo el Siervo de Dios gozando de su hermosura y compañía hasta llegar a una quebrada en donde paró la luz. Entonaron allí más empeñosamente una canción tan armoniosa que no podía declarar con palabras nuestro Beato Sebastián. Concluida la canción, se retiraron los músicos, que no eran sino espíritus celestiales, a una ermita de Santiago, que se hallaba a corta distancia del lugar, desde donde le alumbraron para que siguiese su camino; quedando su corazón abrasado con los incendios que le dictaba su amor a la bondad del Señor que así le consolaba en sus aflicciones por mediación de sus ángeles.

Atascósele en cierta ocasión una de las carretas en un profundo pantano, de donde fué imposible sacarla, no obstante haber hecho todas las diligencias para el caso. Afligido nuestro Beato Sebastián, al verse solo, de noche y con los bueyes ya cansados, imploró el auxilio divino. Bien pronto obtuvo el favor solicitado, pues luego vió junto a él un joven vestido de blanco, que saludándole cortésmente se le ofreció a ayudarle en su percance. Sebastián, creyendo que la oferta era más bien una demostración de benévolo cumplimiento, le dijo: "¿Qué ayuda me podéis vos dar, cuando ocho bueyes no pueden sacarla?" Pero viendo que apenas el joven puso mano a dicha carreta, ésta salió con la mayor facilidad; al ver que se había desaparecido de su presencia, exclamó en alta voz: "¡A fe que

no sois vos de acá!" dando a entender con estas palabras que había padecido error al considerar como simple mortal al que formaba parte de las legiones angélicas.

El caso siguiente es verdaderamente singular y muy digno de admiración. Un labrador había ofrecido a nuestro Beato dos cargas de maíz, pero resultaba que siempre que el Siervo de Dios iba por ellas, el labrador ponía miles de excusas para no darlas, faltando con esto a la palabra que había dado. Creyó el Siervo de Dios en un principio que aquellas excusas procedían de ánimo sincero, y para lograr la limosna prometida, repetía sus diligencias. Habiendo llegado un día a la hacienda, dijo con ánimo risueño al labrador: "Hermano, por Dios, que os doláis de mí, que ya estoy cansado de venir, y me déis las dos cargas de maíz, que me mandasteis para mi Padre San Francisco". Advirtiendo el labrador que nuestro Beato iba solo, y que no había nadie en la hacienda ni en sus alrededores que le ayudase a cargarlas, pensó quedar bien de una vez, no dando el maíz prometido, pero aparentando cumplir la promesa. Llevó al Beato a la troje y diciéndole que cargase el maíz, se retiró a su casa, perfectamente convencido de la imposibilidad de que el Siervo de Dios pusiese el cargamento sobre el lomo de la bestia que para el efecto había llevado. El labrador, deseoso de ver el fin de su meditada burla, acechó con curiosidad por el resquicio de una puerta, pero bien

pronto vió que habiendo llenado Sebastián sus costales, se le acercaron dos indios jóvenes, de hermosa presencia y disposición. "Hermanos, díjoles el Siervo de Dios, pues Dios os ha traído a tan buen tiempo, os ruego que me ayudéis, y lo hagáis por su amor; que por ser este macho espantadizo, no puedo yo solo cargarlo". Así lo ejecutaron los indios aventureros, desapareciendo de allí tan pronto como realizaron su tarea. Admirado el labrador del maravilloso caso, y comprendiendo que los indios no eran tales, sino verdaderos ángeles del Señor, pidió perdón a nuestro Beato, suplicándole que en adelante fuese a su casa por cuanto necesitase, que nada se le negaría.

CAPITULO XXIII

Favores Especiales que Recibió el Beato Sebastián de sus Santos Abogados

AUNQUE el Siervo de Dios veneraba religiosamente a todos los Santos, sentía especialísima devoción hacia el apóstol Santiago, el Seráfico Padre San Francisco, San Antonio de Padua y San Diego de Alcalá; al primero como Patrono de Galicia, su país natal; al segundo, como Padre y Fundador de la Orden Franciscana, a la que él pertenecía; al tercero, por haber hecho su profesión religiosa en su día y al cuarto, por haberse santificado en el estado de lego, del que el Beato formaba parte. Tan grande como su devoción hacia ellos, era la confianza que en ellos tenía, impulsándole a recurrir a su patrocinio con la mayor familiaridad como si

estuviesen obligados a hacer cuanto la humildad y santa simplicidad del Siervo de Dios les pedía.

En muchas ocasiones le visitó Santiago, consolándole en sus aflicciones, esforzándolo en sus trabajos y librándole de peligros. También le favoreció visiblemente en otras ocasiones San Antonio de Padua y muchas más San Diego, con quien tenía trato mucho más familiar.

Como el Siervo de Dios solía andar comunmente absorto en las cosas celestiales, con frecuencia se le caía el manto de encima de los hombros, y en esas ocasiones San Diego se lo recogía, se lo llevaba y se lo volvía a poner. Fué testigo de uno de estos prodigios un indio que en cierta ocasión caminaba con el Siervo de Dios. Habiendo perdido el manto, hicieron ambos eficaces diligencias para encontrarlo, pero todo fué inútil, por lo que al anochecer se retiraron a descansar. Al día siguiente al reanudar el viaje, quedó espantado el indio viendo que se le presentaba el Beato con el manto perdido. Al preguntarle cómo lo había encontrado, respondióle el Siervo de Dios: "San Diego me lo trajo y me lo puso debajo de la cabeza".

En otra ocasión le robaron el manto al Beato Sebastián, y habiendo intentado los rateros dividirlo para aplicarlo a otros usos, la tela se hizo como de hierro, de modo que fué imposible cortarlo con las tijeras. Supo todo esto el Siervo de Dios por la boca de San Diego; el cual le reveló también que el manto estaba en casa de un indio.

El Sfco. Padre San Francisco aparece al Bto. Sebastián.

Fué el Beato a rescatarlo, dejando con su presencia admirados y arrepentidos al ladrón y sus cómplices, viendo que el Siervo de Dios estaba al tanto de todo lo que ellos creían era el mayor secreto.

Otra demostración de la familiaridad que el Siervo de Dios tenía con su gran amigo San Diego, la tenemos en el caso siguiente: Habiendo llegado un día a una hacienda de la jurisdicción del pueblo de Tecamachalco, en el Estado de Puebla, se puso a orar debajo de una carreta durante la noche. Una devota señora de la hacienda, ya por curiosidad, ya por compasión se acercó a verlo, y hallándolo de rodillas le oyó que decía: "Ven acá Diego, no te vayas, ven acá". Preguntándole la señora con quién estaba hablando, le respondió el Siervo de Dios: "Estaba aquí mi amigo San Diego, y le rogaba que trocásemos los rosarios".

Hallándose sumamente afligida cierta señora por carecer del fruto de bendición del matrimonio, del que creía que dependía la paz de su hogar y la buena armonía con su marido, le suplicó al Beato Sebastián que interpusiese sus súplicas para con Dios, a fin de que le concediese la sucesión deseada. El Siervo de Dios le prometió que así lo haría, pero creyendo la señora que se hubiese olvidado de cumplirle la promesa, con insistencia le recordaba la palabra que le había dado. Compadecido de ella procuró desengañarla un día diciéndole esta palabras: "Mirad, ya

se lo he dicho a Diego, y me dijo que no os conviene tener hijos, y no los habéis de tener". Y así sucedió, como lo pronosticó el Beato, no obstante que la señora duró en su matrimonio después de este suceso por el espacio de trienta años, si bien este desengaño junto con las oraciones del Siervo de Dios trajo la paz y la caridad a los esposos que hasta entonces habían vivido indispuestos y desavenidos.

Otra prueba de la familiaridad amigable del Siervo de Dios con San Diego es la que nos dejó veinte días antes de su muerte, cuando hablando con el Santo, se oyó que le decía: "San Diego, presto os iré a tener compañía".

Si la amistosa familiaridad de nuestro Beato con su hermano de hábito San Diego fué grande, fué mayor aún la que tuvo con el Seráfico Padre San Francisco, al fin como de hijo tan imitador del espíritu de su Padre. Desde su noviciado comenzó a favorecerle con modo especial el Seráfico Patriarca, quien viéndole acometido de la tentación de abandonar la Orden, se le apareció tres noches consecutivas, confortándole y prometiéndole de parte de Dios el premio si seguía su vocación con constancia, y abrazándole amorosísimamente la tercera al despedirse de él; con lo que le dejó tan fortalecido que jamás hasta morir le volvieron a acobardar las persecuciones y trabajos que tuvo que padecer. Continuó

después durante su vida religiosa visitándolo y asistiéndole visiblemente en sus trabajos y dificultades; ya trayéndole el manto perdido, ya guardándole los bueyes y carretas, ya ayudándole a cargarlas. Así lo declaró el mismo Siervo de Dios a un indio, quien admirado de verle muchas veces conducir dos carretas tiradas cada una de ellas por ocho o diez bueyes, le preguntó cómo podía manejarse así en los lances que regularmente suceden en ese ejercicio. A lo que respondió: "Que N. S. P. S. Francisco le ayudaba. Que andaba Nuestro Padre en su compañía en figura de fraile como él; que le guardaba los bueyes, se los traía y ayudaba a uncir y a desencuartar, a acarrear y llevar las carretas, y en todas las demás necesidades que se le ofrecían".

El Seráfico Padre completó la atención personal que tenía para con él con la fineza de repetir personalmente sus visitas los cuatro últimos días que precedieron a su preciosa muerte.

La predilección que tenía por el Siervo de Dios el apóstol Santiago queda de manifiesto en el siguiente caso: Caminaba cierto día con su carreta cargada de semillas para el convento de Puebla, cuando al llegar al puente de un arroyo que las abundantes lluvias habían convertido en impetuoso torrente, los bueyes se desviaron dando con la carreta dentro del agua. Conoció

el Beato Sebastián el inminente peligro, y encomendando el asunto al apóstol Santiago, vió que la rapidez de la corriente llevaba la carreta como si caminara por tierra llana, hasta que llegando a un vado los bueyes la sacaron a tierra sin lesión ni de los bueyes ni de la carreta, y sin que faltase un solo grano de las semillas que en ella se conducían.

CAPITULO XXIV

Concede Dios al Beato Sebastián de Aparicio el don de Profecía y Penetración de Secretos del Corazón

ENTRE los admirables dones con que Dios quiso adornar al Beato Sebastián de Aparicio se encuentra el de profecía, del que dió durante su vida singulares pruebas, acompañadas de aquel espíritu de caridad con que siempre atendía a su prójimo.

Al mismo tiempo que en nuestro convento de San Francisco de Puebla florecía en virtud y santidad el Beato Sebastián, sobresalía también por su santidad y virtudes en el convento de Santo Domingo de la misma ciudad, el Venerable Fr. Fernando Cortesero, que fué muy semejante a nuestro Beato, pues como él había sido

rico y casado en el mundo, y así como Sebastián dió su hacienda a las monjas de Santa Clara de la ciudad de México, así también el Venerable Cortesero entregó la parte de que podía disponer de su caudal a los pobres del hospital de San Hipólito de la misma ciudad, antes de entrar de religioso lego en la Orden Dominicana.

Cierto día se encontraron estos dos Siervos de Dios en el pueblo de Acatzingo, y sin que jamás se hubiesen visto corporalmente, al instante se conocieron en espíritu. Después de saludarse por sus respectivos nombres y darse un amoroso abrazo, dijo nuestro Beato al Venerable Cortesero: "Que se alentase mucho en el servicio de Dios; porque le hacía saber que había de ser muy honrado en su muerte, y que habría gran concurso de gente que con devoción acudiría a su entierro y haría grande estimación de sus reliquias, por las muchas maravillas que Dios había de obrar con ellas". Todas estas cosas tuvieron perfecta realización, tal como el Beato Sebastián las había profetizado.

Vivía en otro convento de la ciudad de Puebla, un religioso lego, de tan ejemplar conducta que Dios había hecho por sus méritos muchos milagros. Sus prelados, conociendo su singular virtud, le aconsejaron que dejase su estado de lego y pasase al del sacerdocio. Habiendo llegado la noticia de este intento de cambio al conocimiento del Beato Sebastián y entendiendo que esa mudanza de estado no era del agrado de

Dios, díjole al religioso estas palabras: "¡Ah hermano! qué buen camino lleváis. ¡No os apartéis de él, que será con peligro; porque las honras son buenas en el Cielo, y no acá". Desentendióse el religioso de tan saludable consejo, pero bien pronto se vieron los efectos profetizados por nuestro Beato, pues tan pronto se efectuó el cambio de estado, dicho religioso se entibió en la práctica de las virtudes y dejó de obrar los antiguos prodigios que Dios acostumbraba hacer por su mano.

Caminando una vez rumbo a la ciudad de Puebla, divisó Sebastián a un hombre que venía hacia él a caballo, y luego que lo vió comenzó a santiguarse, lleno de extrañeza y espanto. El hombre que observó todo esto, preguntó al Beato si estaba viendo algún demonio, pues se estaba haciendo cruces. "Sí, respondió el Siervo de Dios, veo hermano, que lo traéis a las ancas de vuestro caballo; andad, volveos a la Religión de donde salisteis, o entrad en otra a hacer penitencia de vuestros pecados, porque de no hacerlo así no pararéis en bien". Confesó después el hombre haber dejado el hábito religioso, como lo había declarado el Siervo de Dios, pero despreciando su amenaza, prosiguió en su vida descuidada y habiendo salido un día de caza, al sacar un conejo de una cueva donde se había metido, cayó sobre él una peña, que lo dejó miserablemente sepultado.

Cuando algunas personas se burlaban de nuestro Beato, diciéndole algunas cosas pesadas o chocarrerías, él les decía con mucha paz: "Deo gratias, adelante lo veréis"; y si la persona vivía mal añadía: "Deo gratias, mirad que váis agua abajo". Así lo ejecutó varias veces con una persona viciosa, procurando apartarla de cierta mala amistad en que vivía, pero viendo que despreciaba los avisos que el Cielo le repetía por su boca, tuvo que decirle: "Deo gratias, vos prenda rematada, negligente para las cosas de Dios; más adelante lo veréis"; sin embargo de esta reconvención, prosiguió la dicha persona en su pecado, en castigo del cual Dios le quitó la vida repentinamente en un monte, siendo su desventurado cuerpo pasto de los lobos.

Habiéndose casado la hija de un labrador, que era amigo del Beato Sebastián, se enfermó de enfermedad mortal, poco después de efectuado su matrimonio. El labrador que tenía gran concepto de la santidad del Siervo de Dios, le suplicó que encomendase a Dios a su hija y que la fuese a consolar con su visita. Hízolo así el Beato, y al terminar la visita dijo al labrador: "Esta niña tiene hecha alguna promesa a Dios, y porque no la ha cumplido, morirá sin remedio". Todo sucedió como lo dijo el Siervo de Dios, pues dentro de pocos días murió la enferma, sabiéndose después de muerta que tenía hecho voto de ser religiosa y que su padre la había obligado a casarse.

Hablando en cierta ocasión con unos señores, les dijo nuestro Beato, dando muestras de la mayor compasión: "Fulano de Tal me ha hurtado dos carretas de leña que tenía yo cortadas para mi convento de San Francisco de Puebla; y le tengo harta lástima, porque lo ha de matar un rayo". No pasó mucho tiempo sin que tuviese completa realización todo lo que el Siervo de Dios había pronosticado.

Viéndose una señora sumamente pobre, sin tener con qué vestir a los cuatro hijos que había tenido de su matrimonio, comunicó a nuestro Beato Sebastián su gran aflicción. Entonces él la consoló, diciéndole: "No os aflijáis que de los cuatro hijos que tenéis, daréis dos a Dios, y con eso tendréis menos que vestir". Dióle juntamente con esta noticia un hábito viejo para que vistiese a los dos que quedaron, pues Dios se llevó un niño y una niña, como el Siervo de Dios se lo había indicado a la señora.

Hallábase un caballero tan gravemente enfermo, que en su concepto su muerte era inevitabe. Fué a visitarle el Beato Sebastián y habiéndole dado a entender el enfermo las pocas esperanzas que tenía de su vida, le consoló el Siervo de Dios, diciendo: "No tengáis pena, que no habéis de morir de esta enfermedad". El pronóstico quedó confirmado al levantarse el enfermo bueno y sano dentro de pocos días.

Habiendo llegado nuestro Beato Sebastián un día a casa del Sr. Pbro. Licenciado D. Her-

nando Díaz, vecino de Puebla, con los zapatos, de que usaba por sus graves y continuas enfermedades, demasiado rotos, compadecido el sacerdote, que era afecto y bienhechor de la Orden, de la situación del Siervo de Dios, dispuso que se le proveyese de otros enteramente nuevos y de buena clase. Púsoselos Sebastián, y ordenando el sacerdote que arrojasen al basurero los zapatos viejos, díjole el Varón de Dios: "No los arrojen muy lejos, que algún día los buscarán, y serán de provecho". No entendieron por entonces los circunstantes el significado de las palabras; pero habiendo muerto el Beato y viendo los prodigios que el Señor obraba por su mediación, se acordaron de lo sucedido y buscaron con presteza los desechados zapatos y habiéndolos encontrado, les hicieron pedazos y se los repartieron como reliquias, haciendo Dios por ellos muchos milagros.

CAPITULO XXV

Conocía el Beato Sebastián, por Especial Favor de Dios, el Estado que Muchas Almas Tenían en la Otra Vida

CIERTAMENTE es un favor muy especial y singular el que hace nuestro Señor a sus fieles Siervos, manifestarles el estado en que se encuentran las almas en la eternidad; privilegio con que confirma la santidad de su vida, empleada toda en su amor y servicio. De esta gracia tan regalada gozó también nuestro Beato Sebastián, como puede colegirse de los siguientes relatos que encontramos en su "Vida", escrita por un religioso franciscano.

Volviendo en cierta ocasión el Siervo de Dios del monte de Tlaxcala, se le apareció en el camino un compadre suyo, que había muerto hacía

ya bastante tiempo. Extrañado el Beato Sebastián de aquella aparición preguntó al difunto, si realmente era él, y contestando el muerto afirmativamente, dijo: "Pues siendo muerto tantos años ha, ¿cómo os han dejado venir por acá ahora?" Declaróle entonces el difunto, que venía a pedirle por amor de Dios, que hiciese diligencias para que se ejecutasen ciertas disposiciones suyas testamentarias, que su mujer no había cumplido, y por cuya falta de cumplimiento estaba él sufriendo atrocísimas penas. Dióle palabra el Siervo de Dios de que arreglaría ese asunto, pero antes de despedirse, le preguntó al difunto: "¿Y no me dirás, compadre, qué es lo que se pasa por allá?" Entonces el muerto, para satisfacer este deseo del Beato, le dijo que eran indecibles los tormentos de los que no amaban a Dios de todo corazón en esta vida, y para darle una prueba de esto, se volvió de espaldas y comenzó a arrojar llamas del más activo fuego, como si instantáneamente se hubiera convertido en un horno encendido. Compadecido del pobre difunto, se dirigió luego a avisar a la descuidada mujer para que ejecutase las mandas del testamento, cumplidas las cuales, se volvió a aparecer el compadre, dándole las gracias del inmenso favor de hallarse ya gozando de la gloria, por medio de sus buenos oficios.

Habiendo pernoctado una noche en el campo, cerca del pueblo de Nativitas de Tlaxcala, al

encontrarse en la mañana siguiente con un pasajero que pasó por allí, díjole: "Esta noche murió mi amigo el P. Fr. Ambrosio". Extrañado el transeunte de cómo sabía esta noticia, hallándose en aquellas soledades, le respondió el Beato: "Lo sé porque pasó por aquí a despedirse". La confirmación de la noticia de la muerte la dió otro religioso franciscano que pasó por allí de viaje para el convento de San Francisco de Puebla, con lo que se demostró la verdad de lo que había dicho el Siervo de Dios.

En otra ocasión, hallándose en una hacienda, lo encontró el mayordomo de ella sentado debajo de un portalillo, dos horas antes de amanecer. Díjole el mayordomo qué era lo que hacía allí tan de mañana, y nuestro Beato le contestó: "Estoy rezando por un fraile lego, amigo mío, hortelano del convento de Tlaxcala, que ha muerto". Y como el mayordomo le preguntase de nuevo, cómo lo sabía, le contestó: "Yo lo sé". Dejó el mayordomo al Beato en su oración, y picado de la curiosidad, se dirigió a la ciudad de Tlaxcala, en donde comprobó la verdad de lo referido, pues a dicho religioso le estaban haciendo sus exequias los frailes del convento franciscano.

Próximo a la muerte se encontraba un Padre de la Comunidad del convento de San Francisco de Puebla, en ocasión en que el Beato Sebastián tenía que salir a buscar leña al monte de Tlaxcala. Supo de este viaje otro religioso y le

reconvino porque se iba del convento precisamente cuando el Padre estaba para expirar. "Yo, respondió Sebastián, voy a hacer lo que me manda la obediencia, al monte; desde allí veré ir su alma al cielo". Emprendió, en efecto, su caminata y se cumplió lo que había pronosticado, pues el moribundo no expiró sino después de cinco horas, cuando ya él se encontraba en el monte realizando la tarea que se le había encomendado.

Hallándose el Siervo de Dios en el pueblo de Nativitas, distante veinte leguas de la ciudad de México, vió subir al cielo, acompañada de numerosa multitud de ángeles, en el mismo momento en que expiró, el alma de Doña Francisca Manrique de Zúñiga, hija del Marqués de Villa-Manrique, Virrey de la Nueva España. Al día siguiente, luego que amaneció salió Sebastián de Nativitas para Cholula, y tan pronto como entró en el convento de esta ciudad, comunicó, lleno de júbilo, a los religiosos la fausta noticia. Los religiosos pudieron confirmar dentro de dos días, por boca de personas llegadas de México que eran exactos el día y la hora en que el Siervo de Dios había indicado la muerte de dicha difunta.

En una ocasión, entre las muchas en que solía parar con sus carretas en la hacienda de un bienhechor de la Orden, se dirigió a las habitaciones del hacendado y le habló así: "Anoche,

a las once, murió en Cholula un religioso". Extrañado el hacendado de lo que decía el Siervo de Dios, preguntóle cómo sabía aquella noticia, a lo que contestó diciendo: "Porque pasó por aquí, acompañado de ángeles y se subió al cielo". Llegó poco después a la hacienda otro religioso de los encargados de colectar la limosna, y examinando con él el caso, el hacendado pudo comprobar que realmente eran exactas la muerte del dicho religioso y la hora en que expiró. En vista de esta confirmación, el hacendado y un hermano suyo, se arrojaron luego a los pies del Siervo de Dios, para besárselos; pero el humilde Sebastián, después de haberlos reprendido por esa demostración, se salió huyendo de la hacienda.

El caso que sigue, consta por declaración hecha por el mismo Siervo de Dios, quien con santa simplicidad y llaneza, refirió que habiéndole ordenado la obediencia que fuese una noche a velar a un religioso moribundo, vió que al expirar éste en su presencia, se abrían los cielos y entraba en ellos su alma acompañada de ángeles que iban cantando himnos al Altísimo. Salió entonces de la celda del difunto y dirigiéndose a la habitación del P. Guardián golpeó la puerta, diciendo: "Hermano Guardián, vengan todos, vengan todos, vean esos cielos abiertos, esa música celestial, por ahí va, por ahí va".

Estaba una noche nuestro Beato en oración, cuando se le apareció el alma de cierto difunto, quejándose amargamente de sus albaceas y herederos, que por codicioso interés se habían olvidado de hacerle los sufragios que había ordenado en su testamento, teniendo que sufrir por ello terribles penas. Compadecido el Siervo de Dios de tan tremenda situación, procuró entrevistarse con los parientes del difunto, afeándoles su descuido y exhortándoles a que hiciesen en alivio del alma de su deudo lo que en conciencia estaban obligados.

El B. Sebastián resucita a un niño.

CAPITULO XXVI

Milagros que Obró Nuestro Señor por los Méritos e Intercesión del Beato Sebastián Durante su Vida Mortal

Si atentamente consideramos la vida del Beato Sebastián, con toda verdad podemos decir que toda ella fué una serie continuada de maravillas, de las cuales dieron testimonio no sólo los hombres sino también las mismas criaturas insensibles e irracionales. El Altísimo hizo en su Siervo manifestación de su omnipotencia con continuos y asombrosos prodigios, no sólo para la admiración de los hombres, sino también para su utilidad y provecho.

No es posible relatar en los estrechos límites de un capítulo las muchas enfermedades peligrosas y rebeldes que se alejaron de sus pobres

víctimas ante la presencia del Siervo de Dios o de su capillo, cuerda y rosario o de algún otro objeto que estuvo en contacto con su inocente cuerpo. Según frase de los biógrafos del Beato Sebastián, fueron innumerables las curaciones prodigiosas conseguidas por los medios dichos en calenturas, tabardillos, viruelas, y otros accidentes mortales e incurables, habiéndose obtenido también felices resultados en partos peligrosos y preservación de sembrados. Para regalo de nuestros lectores, pondremos aquí unos cuantos de una lista de más de trescientos prodigios que obró el Siervo de Dios en su vida mortal.

Cierto sujeto llamado Lorenzo Díaz padecía habitualmente de dolor de cabeza, siendo a veces tan intenso que le hacía perder el sentido. Lleno de aflicción expuso al Siervo de Dios su triste situación, esperando que le proporcionaría algún consuelo. Quitóse entonces el Beato su sombrero y se lo dió diciéndole: "Tomad este sombrero que todas las veces que os lo pusiéredes, se os quitará el dolor". La experiencia demostró después lo eficaz de la profecía, pues aunque muchas veces le repitió el dolor, éste se le quitaba tan pronto como se ponía el sombrero de nuestro Beato.

Conversando un día Francisco Caxica con el Siervo de Dios, le notificó los temores de que estaba poseída su mujer de morir de accidente al dar a luz; temores que la ponían en la mayor

tristeza y continua melancolía. Oyóle atentamente el Beato, y compadecido del caso, le dió al hombre al instante la cuerda que llevaba puesta, diciéndole: "Dadle este cordón a vuestra mujer; que se lo ciña a raíz de las carnes, y decidle que no peligrará; antes tendrá buen parto". Llevó el buen hombre el cordón a su afligida consorte, y recibiéndola ésta con gran fe, experimentó en efecto la felicidad que el Siervo de Dios le había pronosticado.

Siendo novicio el P. Fr. José Cortés en el convento de San Francisco de la ciudad de Puebla, se enfermó de tal manera del estómago que su mal no le permitía ni de día ni de noche el más leve descanso. Viendo los prodigios que hacía el Siervo de Dios, que estaba junto con él en la misma comunidad, le refirió cierto día la gravedad del mal que padecía. Creyendo encontrar en ella remedio, le pidió que le cambiase la cuerda que llevaba por la suya, a lo que contestó el Siervo de Dios con la mayor amabilidad: "¿Pues por qué no habéis venido antes por ella? Tomadla". El efecto de dicho cambio fué sorprendente, pues el dicho novicio quedó repentinamente sano de su terrible enfermedad.

Donde Dios se manifestó más admirable en su Siervo fue en el dominio que ejerció sobre la misma muerte, como puede verse en el siguiente caso.

Hallándose un señor, llamado Juan Caballero, en compañía de un indio que le ayudaba a

la puerta de su casa en la hacienda que tenía cerca del pueblo de Huejotzingo, se salió de la casa gateando un hijo suyo de catorce meses de edad, y se puso frente al carro en el que estaban uncidos seis bueyes. Asustados los bueyes al ver al niño que se les acercaba gateando, echaron a correr con el carro sobre él, con tan mala suerte que una de las ruedas pasó por encima del niño dejándolo aplastado y perfectamente muerto. Ante tamaño accidente, corrieron presurosos todos los de la casa a extraer al niño de la tierra, donde le había sumergido el enorme peso del carro y de los hombres que estaban dentro de él, encontrándole ya difunto y arrojando sangre por boca, oídos y nariz. Unas dos horas habrían pasado de semejante desgracia, que llenó de lágrimas y dolor a los de la hacienda, cuando apareció en sus puertas nuestro Beato Sebastián. Contáronle luego todo el suceso y pusiéronle delante todo molido y deshecho al difunto niño. Compadecido el Siervo de Dios ante tan triste situación, tomó al niño en sus brazos, y diciendo a sus padres que no se afligiesen y lo encomendasen a Nuestro Señor, pegó su rostro al del inocente parvulito difunto, permaneciendo así algún tiempo en oración. Escuchó Dios las fervientes súplicas de su Siervo Aparicio, y por su intercesión y merecimientos devolvió al pequeñuelo la vida, quedando no sólo bueno y sano sino también sin la menor lesión como si nada le hubiera sucedido.

Nuestro Beato Sebastián fué verdaderamente admirable en el dominio maravilloso que Dios le concedió sobre los animales. Véase como prueba el siguiente caso prodigioso. Habiendo llegado el Siervo de Dios en cierta ocasión a una hacienda situada cerca de Cholula, pidió a la señora de dicha hacienda le diese algo que comer porque se sentía con mucha necesidad. Mientras la señora preparaba el alimento, el Siervo de Dios desunció a los bueyes y los echó al campo para que descansasen y paciesen. Los bueyes en número de doce, bien pronto se metieron en la milpa de la hacienda, que estaba ya madura y a punto de cosecharse. Aterrada la señora al ver a los animles en los sembrados y temerosa del destrozo que en ellos habrían hecho, se dirigió al Siervo de Dios para que evitase que el daño siguiese adelante. Nuestro Sebastián, con el mayor sosiego, le replicó: "No hayáis miedo que os coman una sola mazorca, ni quiebren siquiera una caña; porque les he mandado por obediencia, que no coman la hacienda ajena, que es pecado". Incrédula la señora, le instaba para que se levantase y fuese a echar fuera de la milpa a los animales; pero el Siervo de Dios seguía comiendo muy tranquilo y repitiendo que no había peligro ninguno. Terminando de comer, díjole a la señora: "Si no creéis, venid conmigo y lo veréis". Dirigiéronse ambos a la milpa y a cierta distancia ordenó a los bueyes que viniesen a donde él estaba; di-

diciéndoles: "Capitán, venid acá y traed a vuestros compañeros". No obstante que esta orden la dió el Siervo de Dios en voz tan baja que apenas pudo oírle la señora que estaba a su lado, los animales salieron al punto de la milpa y se dirigieron al punto en que se les indicaba. Preguntóles entonces el Beato si habían hecho algún daño en la milpa, y el buey principal, sacudiendo de uno a otro lado la cabeza, dióle a entender que no. "¿Y veis, dijo entonces a la señora, cómo no os han hecho daño?" Registrada al día siguiente la milpa y demás sementeras, se vió palpablemente que no las habían perjudicado en lo más mínimo, no obstante que se internaron en ellas hasta más de la mitad.

CAPITULO XXVII

Muerte Preciosísima del Beato Sebastián de Avaricio

HABIENDOLE asegurado Nuestro Señor al Beato Sebastián el día y hora en que se acabaría su destierro sobre la tierra, llenóse de inefable gozo su corazón y quiso hacer participantes de tan inefable noticia a las personas que le eran especialmente adictas y conocidas. Con este motivo visitó la casa de una señora que le tenía mucho afecto, y después de exhortarla a perseverar en el servicio de Dios, lo que hizo entre abundantísimas lágrimas, le dijo: "Ninguna aflicción tengo; sino que me vengo a despedir de vos, porque ya Dios me quiere llevar". Quedó la buena señora entre afligida y consolada con la noticia, pues si bien perdía un ángel tutelar en la tierra, hacíale creer su piedad que

tendría en el cielo un poderoso intercesor. Al retirarse ya a la enfermería visitó de paso a otra señora, de la que se despidió con demostraciones de alegría diciéndole: "Que se quedase con Dios; que ya su Divina Majestad le quería llevar a descansar, y que ya no la vería más".

A estos y otros claros vaticinios de su cercana muerte sucedió una grandísima debilidad de estómago, acompañada de violentísimos y repetidos vómitos, que le indicaban su tránsito a la eternidad mediante una enfermedad mortal. Recogido en el convento de Puebla, se acostó en el portalillo que daba a la huerta, desde donde, mirando hacia el cielo, tenía intención de acabar su trabajosa vida. Noticioso el P. Guardián de lo grave que se hallaba el Siervo de Dios, ordenó que los Hermanos lo llevasen a la enfermería del convento, para que fuese atendido debidamente, pero él temeroso de perder la vista del cielo que tanto le consolaba, pidió con instancias que lo dejasen en un rincón del pasillo de la enfermería, para así tener el alivio de contemplar el firmamento. Poco le duró este consuelo, pues el médico, viendo lo grave y peligroso de su enfermedad, ordenó que se le colocase en el interior de la enfermería con todas aquellas comodidades y atenciones que la Orden proporciona a sus amados enfermos, de lo que se quejó amargamente nuestro Beato, ansioso de austeridad y penitencia.

Durante varios días estuvo en la enfermería, en los que se le agravó la enfermedad produciéndole agudísimos dolores que él sobrellevaba sin turbación ni impaciencia. En medio de la santa paz de corazón, llegó el día 23 de febrero, en que conociendo los religiosos la suma gravedad de su estado, le suplicaron que avisase anticipadamente de su muerte para cantarle el Credo, a lo que nuestro Beato respondió: "no es menester, porque mañana tengo de caminar, y no será necesario llamar a nadie". Llegó el día 25 y considerando que por los continuos vómitos que padecía, no le era posible recibir el Santísimo Viático, suplicó que le trajesen a su celda a Cristo Sacramentado, para tener el consuelo de adorarlo. Tan pronto como se vió en su presencia, superando la debilidad extrema de su cuerpo, se levantó del lecho y puesto de rodillas en el duro suelo, adoró a Jesús sacramentado con la mayor reverencia, desahogando su encendido pecho en ardentísimos suspiros y dulcísimas lágrimas, y dándole afectuosísimas gracias por su infinita beneficencia y dignación. Se aumentó considerablemente su alegría al recibir la Extremaunción, quedando desde entonces recogido en un continuado ejercicio de fervorosísimos actos de fe, esperanza y caridad. Al anochecer de ese mismo día, conoció el Siervo de Dios que se le acercaba a toda prisa su última hora, y preguntándole el P. Guardián, si ya era tiempo de que le cantasen el Credo, respondió: "Cántenlo en

buena hora". Inmediatamente, y sin que precediese toque de campana, como se acostumbra en los conventos a la muerte de los religiosos, se juntó la Venerable Comunidad en la celda del Beato y comenzaron a cantar en latín el Credo, mientras el moribundo lo rezaba en castellano. Repitió la Comunidad un segundo Credo, y al terminar de cantar las últimas palabras del artículo: Et incarnatus est de Spiritu Sancto, etc., nuestro Beato Sebastián, pronunciando el dulcísimo Nombre de Jesús, entregó su espíritu en manos del Creador. En el mismo instante en que expiró el Siervo de Dios, los religiosos quedaron poseídos de tan gran júbilo, que no acertaban a entonar el Responso de Difuntos, y gran parte del convento, con especialidad la enfermería y la celda donde murió, se llenaron de una extraordinaria fragancia que duró por más de treinta días. Fácilmente puede imaginarse el lector la codicia santa con que los religiosos empezaron a despojar la celda del Beato de todas aquellas alhajas de que había usado en vida, llegando la devoción de algunos hasta cortarle las uñas y los cabellos a su santo cuerpo, corriendo éste el peligro de ser despedazado si la obediencia no lo hubiese impedido.

Luego de muerto, se vió su rostro apacible, hermoso, alegre y tan encendido de color que parecía el de una persona viva, robusta y sana. Su cuerpo, que siempre estuvo expuesto a las inclemencias de las estaciones y que había sido

maltratado con los rigores de la más severa penitencia, quedó blanco y tan tratable que parecía el de un tierno niño, conservando una dulce majestad hasta el mismo día que lo enterraron. Así lo afirmaron más de cien testigos, entre ellos el Guardián del convento, varón de singular prudencia y cultura, quien testificó con la solemnidad del juramento, que en todos los cuatro días que tardó en sepultarse, el santo cuerpo se mantuvo caliente.

Era cosa admirable ver a la numerosa Comunidad de Puebla ocupada completamente en hacerle piadosas súplicas, postrándose a porfía los religiosos con muchas lágrimas a besarle aquellos hermosos pies, que habiendo sido en vida un continuo depósito de llagas, los encontraban entonces más suaves y tratables que la misma seda. Acudían a él los enfermos, a pedirle salud, los afligidos consuelo, fortaleza los pusilánimes, y todos la gracia con que servir a Dios, acompañando sus súplicas con los gloriosos títulos de Beato y de Santo. Al mismo tiempo que expresaban sus votos, se ocupaban en adornar tanto su cuerpo venerable como el féretro con diversidad de flores, con las que tejieron una guirnalda para su cabeza y enfloraron una palma, que pusieron en su mano izquierda, en señal de los prodigiosos triunfos que había reportado de los enemigos de su alma.

No fueron solamente los religiosos quienes lograron esos consuelos, se extendieron también

a todos los habitantes de la ciudad de Puebla, quienes al oír las campanas, se llenaron de intensa alegría, ignorando la causa de ello. Una gran sierva de Dios, que se hallaba en la soledad de su oratorio, hablando con nuestro Señor en las alturas de la contemplación, en el momento que expiró nuestro Beato, sin poder contener la abundancia del gozo de que se llenó su espíritu prorrumpió en estas palabras: "Bienaventurada el alma, que ahora sale del cuerpo, pues se ha ido a gozar de Dios". Sus domésticos que la oyeron, acudieron al lugar donde estaba, y al encontrarla llena de lágrimas, le preguntaron el motivo de ello, a lo que respondió la Sierva de Dios: "Libre de envidia, pues goza ya la gloria esta alma, por quien doblan, dejando en San Francisco el rico tesoro de su cuerpo".

CAPITULO XXVIII

Maravillas que Dios Obró en el Sagrado Cuerpo del Beato Sebastián de Aparicio, Antes de ser Sepultado

AL día siguiente de la muerte de nuestro Beato por la mañana, bajaron los religiosos su santo Cuerpo a la Capilla mayor, y le hicieron las correspondientes exequias, consistentes en el canto del Oficio de difuntos y la Misa de cuerpo presente. El concurso del pueblo a dichos actos fué numerosísimo, haciendo después tales demostraciones de devoción hacia el santo Cadáver, que con santa violencia le desgarraron en pedazos, para conservarlos como reliquias, cinco hábitos que sucesivamente le vistieron los religiosos. El asombro de la multitud y con él la veneración hacia el Beato Sebastián subieron

de punto al ver que el santo Cuerpo, cada vez que le ponían hábito nuevo se dejaba manejar con la flexibilidad de un cuerpo vivo. Viendo los religiosos los santos excesos de la devoción popular y previendo que podría tornarse en indiscreta, trataron de darle luego sepultura, sacándole de las andas y colocándole sobre la tierra desnuda. Pero los designios de la divina Providencia eran muy distintos, como se verá por el siguiente caso:

Estando en el suelo el venerable Cuerpo del Beato Sebastián, se arrojó sobre él un antiguo amigo suyo, quien con lágrimas y clamores, le dijo: "Padre Aparicio, deme la mano y suplíquele a Dios me perdone mis pecados". Desatóle el cordel o mecate con que tenía amarrados los brazos, y al tomarle de nuevo la mano que antes estaba cerrada y no pudo abrirla por más diligencias que hizo, la encontró extendida y besándola reverentemente se la llevó a los ojos y exclamó lleno de asombro: "Señores, miren cómo suda este Cuerpo, como si no estuviera difunto". Al oír esto los religiosos, le dijeron que se callase, para no causar mayor conmoción en el concurso de público, pero la advertencia fué contraproducente, pues el hombre comenzó a gritar con más fuerza. Entonces se acercaron todos los demás religiosos, entre ellos varios Padres dominicos, quienes admiraron y certificaron el nuevo prodigio, advirtiendo a la vez la blandura y suavidad del santo Cuerpo y la extraordinaria fra-

gancia que de sí exhalaba. En vista de esto volvieron a poner el santo Cuerpo en las andas, las que colocaron sobre la mesa del altar mayor, acercándose a ellas la multitud para aprovecharse del mejor modo posible del prodigioso sudor que se consideró desde luego como remedio eficacísimo contra toda clase de enfermedades.

Santamente codicioso de las reliquias del Venerable Siervo de Dios, el R. P. Guardián del convento ordenó que al sagrado Cuerpo se le cortase una uña de un dedo del pie, para conservarla y llevarla siempre consigo. Mas habiendo cortado juntamente con la uña una parte de la carne, brotó la sangre tan fresca y encarnada, como hubiera salido de un cuerpo vivo. Admirado el P. Guardián de este prodigio, hizo que lo autenticase un notario público que, junto con el alcalde de la ciudad, llegó a la iglesia dentro de pocos instantes de lo acaecido, diciendo que hallándose en la plaza ambos, les había indicado un joven que el P. Superior de San Francisco los necesitaba. Teniendo en cuenta que el convento de San Francisco está algo alejado del centro de la ciudad, se creyó piadosamente que el joven que dió el aviso fué un ángel del cielo.

Cuatro días estuvo insepulto el sagrado cadáver, siendo durante todos ellos tan raros como numerosos los portentos con que la Omnipotencia divina quiso glorificar. a su Siervo Sebastián. El toque lúgubre de las campanas, que naturalmente excita sentimientos de tristeza,

causaba un gozo inexplicable en los que le oían y llegando su sonido hasta lugares donde era imposible el que llegase, impulsaban a muchos a ir a la ciudad diciendo que habían oído repiques solemnes y que iban a ver al Santo que había muerto en San Francisco. Entre estos se encontraban dos sujetos felizmente favorecidos por nuestro Beato: uno que, estando junto al santo Cadáver y recordando al Siervo de Dios la palabra que le había dado en vida de que le encomendaría a Dios después de muerto, vió con admiración que el difunto levantaba un brazo como indudable garantía de que le cumpliría la promesa; y otro a quien, abriendo los ojos, le estuvo mirando con gran complacencia y tierno cariño.

Todas las anteriores maravillas quedaron comprobadas con el testimonio de innumerables testigos que las contemplaron con sus propios ojos. Además de esto veintiuna personas de las que concurrieron a venerar el sagrado Cadáver, declararon haber conseguido repentinamente la salud al tocarlo devotamente. Como no es posible referir todos esos prodigiosos casos en la brevedad de este capítulo, vamos a exponer solamente algunos de ellos.

Más de ocho años llevaba una señora padeciendo tremendos dolores de estómago y de vientre. Con la piadosa intención de encontrar oportuno remedio se dirigió a la iglesia de San Francisco al día siguiente de la muerte del Beato Sebastián, pero en llegando al templo se le

aumentaron los dolores en forma tal que creyó que había sonado para ella su última hora. Como en aquel preciso momento bajaban los religiosos a la iglesia el santo Cadáver del Siervo de Dios, la señora se acercó a él con gran fervor y devoto afecto, y cogiendo uno de los pies, se lo aplicó al estómago, quedando en ese mismo momento completamente sana.

Otra señora había estado enferma de una gravísima fluxión a un ojo, fluxión que no sólo la atormentaba con el mayor rigor, sino que también la amenazaba con la pérdida del mismo ojo. Después que se convenció de la inutilidad de los remedios de la ciencia, y habiendo oído las maravillas que estaba obrando Dios por medio de su Siervo Sebastián de Aparicio, se dirigió a la iglesia de San Francisco, donde estaba expuesto su venerable Cuerpo y tomándole con fe y devoción una de sus manos se la aplicó al ojo enfermo, con lo cual quedó al punto perfectamente buena y sana.

Una niña, que había nacido paralítica, llevaba ya nueve años de su enfermedad, teniendo inmóvil todo el lado izquierdo de su cuerpo, de modo que no podía juntar sus manos y cuando andaba tenía que arrastrar el pie, exponiéndose a caer siempre que pretendía apoyarse en él o apresuraba el paso. Habiendo tenido noticia de los milagrosos sucesos del Santo Cuerpo del Beato Sebastián, rogó a su madre que la llevase a visitarlo al templo de San Francisco, en donde

estaba expuesto en una caja de madera, que tenía abierta una pequeña ventanilla. Con grande fe la niña introdujo su mano en la caja para tocar el Santo Cuerpo, logrando el feliz resultado de que luego sintió su mano libre de todo impedimento, pues comenzó a extenderla, abrirla y cerrarla con toda facilidad, obteniendo dentro de breve tiempo la curación completa de su enfermedad de parálisis.

Una señora, llamada María Isabel de Velasco, padecía de un asma tan penosa que no sólo le impedía la respiración, sino que también amenazaba con degenerar en hidropesía de pecho. Apenado por esa triste situación, un hijo de dicha señora, fué a la iglesia de San Francisco a pedir el remedio oportuno para ese mal, al Venerable Siervo de Dios, Sebastián. Llegado al templo, se dió cuenta de que ya habían enterrado el Santo Cerpo, y ansioso de llevar a su madre un remedio para su enfermedad, consiguió un pedazo de cinta con que se habían atado unos rosarios tocados al Santo Cuerpo. Lleno de fe y contento se fué a su casa y aplicando dicho lazo a su afligida madre, quedó ésta instantáneamente buena, y libre en adelante de tan peligrosa y molesta enfermedad.

CAPITULO XXIX

Maravillas que Obró Dios en el Entierro del Beato Sebastián de Aparicio

CUANDO atacado de la última enfermedad, se retiraba el Siervo de Dios al Convento de Puebla, sintió una sed muy ardiente por lo que se dirigió a una casa que estaba a la entrada de la ciudad para pedir por amor de Dios un poco de agua. La criada sirvióle el agua en el mismo jarro de que usaba la señora de la casa, como demostración de respeto hacia su venerable persona. Satisfecha su necesidad, díjole Sebastián: Quedaos con Dios, hermana, que me voy a morir a la enfermería. Apenas se había retirado el venerable anciano, comenzó el ama de la casa a reprender severamente a la criada por haber dado de beber en su mismo jarro a aquel que, según ella, era un fraile viejo, lleno de babas. Después

de haber desfogado sus iras, ordenó a la criada que arrojase luego al corral dicho jarro; lo que la criada ejecutó sin réplica ni demora. Habiendo llegado a oídos de la señora la conmoción y alegría que, después de cinco días de aquel suceso, llenaban los corazones de los vecinos de la ciudad de Puebla, sintió deseos de conocer su causa; bien pronto se dió cuenta de que todo eso se debía a que había muerto en el convento de San Francisco un religioso lego de singular virtud, por cuyos méritos estaba obrando Dios muchos prodigios. Habiéndose cerciorado que dicho religioso era el mismo que, días antes, se había acercado a su casa pidiendo de beber, se fué al corral a buscar los pedazos del jarro con la intención de guardarlos como reliquias, pero su sorpresa fué enorme cuando vió que el jarro estaba entero, sin ninguna quebradura, y además había brotado una hermosa y fragante azucena en aquel mismo lugar en que puso su boca para beber el venerable anciano de quien había hecho tantos ascos. Tomó luego el jarro con la mayor reverencia en las manos y regando la azucena con sus devotas lágrimas, se dirigió al Convento de San Francisco a publicar delante del venerable cuerpo del Siervo de Dios la maravilla que acababa de presenciar y la culpa que había cometido en no hacer la debida estimación de su persona.

La conmoción que causaba en la multitud cada uno de los sucesos prodigiosos que iban en

aumento, y el temor de que fuese mayor el destrozo del Venerable Cuerpo, pues sin que fuese posible impedirlo a los religiosos, ya le habían cortado la barba, los cabellos, las uñas y hasta dedos de las manos y los pies, fueron motivos para trasladarlo, aunque con muchos trabajos, de la iglesia a la sacristía. Asegurado el Venerable Cuerpo en la sacristía contra los devotos desmanes de la muchedumbre, D. Melchor Márquez, Visitador General y Comisario para esta causa, levantó de orden del Ilmo. Sr. Obispo D. Diego Romano, solemne información de todos los prodigios que se había dignado obrar el Omnipotente en honra y gloria de su Siervo Sebastián de Aparicio, quedando autorizada esa información con notario público. Concluída con la debida formalidad esta diligencia, consultaron entre sí los Superiores el modo y orden que se debía observar para dar al Venerable Cuerpo decorosa y segura sepultura.

Se determinó solemnizar el entierro, no con los salmos y preces lúgubres con que se hacen las honras de los difuntos adultos, sino con los que acostumbra a Iglesia celebrar el tránsito feliz de los párvulos de la tierra al cielo. Se entonó el "Te Deum laudamus" y cargando sobre sus hombros el Venerable Cuerpo los Prebendados de la Iglesia y los Prelados de las Ordenes religiosas, se formó una lucida y festiva procesión en la que tomaron parte ambos cabildos eclesiástico y secular y casi todo el clero de la ciudad de Puebla.

Al terminar tan devota función y colocado el Venerable Cuerpo en el presbiterio, se acercó a la Caja mortuoria un individuo, de oficio sastre, quien logrando poner su mano sobre el rostro del Siervo de Dios, la sacó buena y sana, siendo así que hacía más de dos años que la tenía enteramente baldada por habérsela maltratado al disparar un arcabuz.

Terminado el oficio del enterramiento, que estuvo a cargo del Sr. Canónigo D. Rodrigo Núñez, Tesorero de la Santa Iglesia Poblana, al introducir el Venerable Cuerpo en el lugar que se le había preparado entre la pared y el altar de Ntra. Señora la Conquistadora, se arrojó sobre él un hombre tullido, que andaba con dos muletas, suplicando al Siervo de Dios le alcanzase la salud, alegando haber sido en vida su amigo y haberle socorrido muchas veces con su limosna. Reprendióle el P. Guardián a dicho sujeto su acción como indecorosa, pero el enfermo, con la mayor confianza le respondió: "No importa Padre; que el Santo me ha de dar salud, o aquí me han de enterrar con él". Pronunciadas estas palabras, el enfermo encontró el premio de su gran fe, saliendo por su pie y con la mayor agilidad de la sepultura.

Viendo que el sagrado Cuerpo se conservaba blanco, oloroso y flexible, se le mantuvo durante varios días en el sepulcro, sin cubrirlo de tierra, hasta que por fin lo enterraron del todo, arrojando encima de él dieciocho huacales de cal, y

bastante tierra, todo lo cual sirvió para que resultase más admirable la prodigiosa incorrupción en que más tarde lo encontraron.

A los anteriores prodigios realizados por el Beato Sebastián antes de sepultar su venerable Cuerpo, añadimos aquí para gloria de Dios y de su Siervo fiel, otros dos y son los siguientes:

Habiendo estado padeciendo cierto señor durante siete u ocho meses de fríos y calenturas cotidianas, sin conseguir el menor alivio después de muchos remedios que se había aplicado, se dirigió, aunque con mucho trabajo a causa de su suma debilidad, a la Iglesia del Convento de San Francisco, en donde se hallaba el bendito Cuerpo de Sebastián. Tan pronto como llegó, se acercó al ataúd y besó con gran fe los pies del Siervo de Dios, con lo cual no sólo quedó libre de los accidentes de la molesta enfermedad, sino que también de allí a breve tiempo se puso fuerte y vigoroso.

A otro señor, llamado Alonso López, se le llagó de tal suerte el rostro y la boca que se puso verdaderamente como un monstruo, todo hinchado y con los labios dos dedos de grueso, atormentándole al mismo tiempo una penosa fiebre. Al tercer día de muerto el Siervo de Dios, fué a visitarlo y aunque con mucho trabajo, por el numeroso concurso, logró llegar hasta el ataúd, y metiendo en él la cabeza juntó su rostro y su boca con los del Beato, con lo cual desapareció completamente la enfermedad, sin quedar de ella ni el menor vestigio.

Muerte del B. Sebastián.

CAPITULO XXX

Maravillosa Incorrupción del Cuerpo del Beato Sebastián

CERCA de cinco meses después de haberse sepultado el Santo Cadáver, sin haber puesto ningún resguardo contra su corrupción, llegó al convento de San Francisco de Puebla, el R. P. Provincial, Fr. Buenaventura de Paredes, que andaba jirando visita a la Provincia del Santo Evangelio de México. Dicho Reverendo Padre, queriendo informarse por sí mismo del estado que guardaba tan sagrado depósito, convocó secretamente a las 8 de la noche del día 19 de julio del año de 1600, al P. Guardián del convento de Puebla y a otros de puntos comarcanos que se hallaban en él, así como también a algunos religiosos graves y discretos, para que en

su presencia se abriese el sepulcro del Siervo de Dios.

Luego que se empezó la excavación, percibieron todos los religiosos un olor suavísimo que salía del sepulcro. Esta novedad excitó el aliento y la devoción de todos para averiguar la causa, pero el Hermano lego que efectuaba la excavación y que había sido paisano y confidente del Siervo de Dios en vida, procedió tan inconsideradamente que con un fuerte golpe de la azada, dividió la cabeza de los hombros del Venerable Cuerpo. Suceso verdaderamente desgraciado, pero que hizo que se realizase la profecía del Beato cuando, hablando con uno de sus devotos, le dijo: "En esta vida todo ha de ser trabajar, y aún en la muerte he de ser despedazado".

Descubierto completamente el Venerable Cuerpo lo encontraron fresco y blanco, y sus carnes tan tratables y sus coyunturas tan flexibles, como si en realidad estuviese vivo. Removiendo parte del interior todos vieron que conservaba sobre el pecho un pedazo de lienzo con que sujetaba la bizma que se ponía sobre las heridas producidas por los golpes que se daba con una piedra para hacer penitencia. Todos quedaron asombrados al ver que tanto el lienzo como la bizma, estaban empapados en sangre, de tan buen color y temple como si en aquel mismo instante se acabase de coagular.

El R. P. Provincial, cuya devoción aspiraba a hacerse de una reliquia más notable, le cortó

un pedazo pequeño de carne de la mejilla, el cual no sólo se conservó fresco y tierno siempre, sino que también arrojaba un licor suavísimo que pasaba los lienzos y papeles con que su piedad procuraba envolverle.

Terminada la investigación, con edificación y consuelo de todos los presentes, se volvió a cubrir el Venerable Cadáver con la misma tierra y cal con que anteriormente había sido sepultado. Así se mantuvo hasta el día 29 de junio de 1602, en que nuevamente fué abierto el sepulcro por orden de los MM. RR. PP. Comisario General, Provincial y Definidores de nuestra Santa Provincia. En esta segunda descubierta, se encontró el Venerable Cuerpo tan blando y tratable y con la sangre tan encarnada y reciente como en la vez primera. De la abertura que le hicieron en el vientre antes de darle sepultura, salía un olor suavísimo, y habiendo introducido por ella la mano, le extrajeron un hacecillo de yerba buena, tan fresca y sin marchitar que, a pesar de haber estado encerrada en ese sitio por espacio de dos años y medio, parecía como si se la hubiese arrancado del fértil suelo de un jardín.

La cabeza que, por el descuido del Hermano lego que abrió la sepultura, había quedado separada de los hombros, se halló en esta ocasión con su carne, piel, cabellos y barba; pero substrayéndola ocultamente un religioso, imprudentemente devoto, se la llevó a su celda y allí la descarnó hasta dejarla en estado de pura calavera. Habien-

do tenido noticia los Superiores de este desacato, castigaron severamente al atrevido religioso y ordenaron se colocase, tal como estaba, en el sepulcro.

Entretanto, habiendo ocurrido nuevas cosas a este respecto, el R. P. Guardián del convento de San Francisco de Puebla, acudió al Ilmo. Sr. Obispo, D. Diego Romano, pidiendo jurídicamente por medio de un memorial, que Su Señoría Ilustrísima mandase registrar el Venerable Cuerpo y dar testimonio de su milagrosa integridad e incorrupción y demás circunstancias admirables. Pero queriendo ejecutar en persona dicha diligencia, el Excmo. Prelado pasó al convento y después de haber registrado el Venerable Cuerpo y de haber visto que al introducirle en el vientre algunos paños de lienzo, los sacaban llenos de sangre fresca y exhalando de sí un suavísimo olor muy diferente de todos los naturales, dispuso que se diese al R. P. Guardián el testimonio que había solicitado. Después de practicadas estas diligencias, se colocó el Venerable Cuerpo en una caja de madera, forrada con hojadelata y barreatada de hierro, que quedó cerrada con tres llaves y se depositó en un hueco de la pared, detrás del altar de San Francisco, en la Capilla mayor, al lado de la epístola.

El rumor de todos estos prodigios del Beato Sebastián, que habían tenido en admiración a los habitantes de estas tierras, llegó dentro de poco, a tierras españolas y excitaron el corazón

del Rey D. Felipe III, quien, movido de un santo celo por el culto del Siervo de Dios, dirigió al Excmo. Sr. Obispo de Tlaxcala D. Diego Romano la siguiente comunicación:

"CEDULA, dada en Burgos a veinte y tres de Junio del año de mil seiscientos tres. Reverendo en Cristo Padre, Obispo de Tlaxcala, etc.

"Fr. Diego Caro. Comisario General de las Provincias del Orden de San Francisco de México, me ha escrito que en Puebla de los Angeles está el Cuerpo de un fraile Lego de aquella Orden, llamado Fr. Sebastián de Aparicio, tan entero, y tratable, como si estuviera vivo, y que está tenido por Santo. Y porque hasta ahora no se ha tenido noticia de este religioso, os encargo y mando que hagáis hacer información de la vida, naturaleza y milagros, de dicho Religioso con la autoridad necesaria y de lo que de ella resultare, me avisaréis con brevedad, enviándome la dicha información o una Copia auténtica, que al Virrey, y al dicho Comisario General escribo sobre lo mismo.—YO EL REY.—Por mandato del Rey, nuestro Señor.—Juan de Ibarra."

A esta Real Cédula contestó oportunamente el Ilustrísimo Sr. Obispo de Tlaxcala, D. Diego Romano, con una carta de información, que, publicaremos en el capítulo siguiente.

El último testimonio que, con todas las solemnidades de Derecho, se levantó acerca de la maravillosa incorrupción del Venerable Cuerpo,

fué el del Ilustrísimo Sr. Obispo de Puebla, D. Gutierre Bernardo de Quirós, nombrado por la Santa Sede Juez Apostólico para formar los Procesos en la dicha Causa. El día 28 de abril del año 1632, resolvió Su Ilustrísima visitar de nuevo el Venerable Cuerpo, y sentado **pro Tribunali,** con sus dos Conjueces, en presencia de los Prebendados de la Santa Iglesia, Caballeros y Magistrados de la Ciudad, habiendo notificado con precepto formal de santa obediencia a los médicos y cirujanos, más peritos, convocados para el efecto, declararon éstos con juramento que era sobrenatural la incorrupción que en el dicho Cuerpo percibían; fundando su aserto en razones eficaces y urgentísimas de Física, Medicina y Cirugía. Este testimonio agregado a veinticinco declaraciones de los Prebendados, teólogos y otros caballeros, todos contextes, acabaron de hacer indubitable, tanto la incorrupción como las demás singularísimas prerrogativas que la acompañaron.

CAPITULO XXXI

Maravillas que ha Obrado Dios en las Reliquias del Beato Sebastián

ANTES de tratar del asunto indicado en el encabezado de este Capítulo, vamos a poner aquí, como dijimos en el Capítulo precedente, copia de una carta que, acerca de nuestro Beato Sebastián, fué dirigida a S. M. D. Felipe III, Rey de España, por el Ilustrísimo Sr. D. Diego Romano, Obispo de Tlaxcala. Dice así dicha Carta:

"Mándame V. M. por una suya de veinte y tres de Junio de seiscientos y tres, haga información de la vida, naturaleza, y milagros del P. Fr. Sebastián de Aparicio, Religioso Lego del Orden de San Francisco, que murió en esta Ciudad el año de seiscientos, en su Convento. De naturaleza, y vida no hice información porque

aquí no se hallaron testigos, que pudiesen informar, y por que Fr. Juan de Torquemada, Religioso de la misma Orden, trató de esto en un Libro, que imprimió con licencia del Virrey, en que lo particulariza; y es de creer, que se informó con particularidad de lo que allí escribió, al cual Libro me remito, y va con ésta. Acerca de los milagros, lo que sé decir es lo que va averiguado con el testimonio, que así mismo por mi orden dió el Visitador de este Obispado. Y fuera de lo que allí se prueba, digo: que le conocí, que fué el Frayle más humilde, menos conocido, que huvo en esta Provincia; porque sólo trataba de trabajar con unas Carretas de Bueyes, en que acarreaba la limosna para su Convento; y casi de ordinario andaba ocupado en este ministerio, sin algún regalo, durmiendo en el suelo, sin cama, debajo de sus Carretas. Fué Dios servido de darle una enfermedad, y llevarlo para sí, y el día, que se huvo de enterrar, sin saber nadie de su enfermedad, y muerte, se movió la mayor parte de esta Ciudad a hallarse en su entierro, así Eclesiásticos, como Seglares; de manera, que esto obligó a su Prelado a diferirlo, y también otras señales y una voz común de que era Santo, cortándole los Hábitos, y algunos dedos; lo qual comunicado conmigo embié mi Visitador con sus Oficiales, para que averigüase lo que en esto pasaba, como lo hizo, y se verá más largamente por la dicha información. Después en nombre de la Provincia, y a pedimento suyo se hicieron

otras averiguaciones de milagros. En este tiempo se descubrió su Cuerpo, con ocasión de mudarle de una Sepultura a otra, y entonces se echaron de ver algunas cosas, que también van verificadas (verdad es, que esto de mejorarle de Sepultura fué sin mi parecer), con que se ha aumentado la devoción del Pueblo. A V. M. se le hizo relación de que estaba entero, y tratable. Acordé de verle, y para esto llevé conmigo algunos Capitulares de mi Cavildo, graves, y doctos, y algunos Médicos de esta Ciudad, que todos testificaron lo que va en sus dichos, y otras algunas personas de las que allí se hallaron. Y si todo lo que va aprobado no juzgare su Santidad ser bastante para beatificarle, el tiempo irá declarando lo que se ha de hacer; que muchos Santos, que la Iglesia tiene canonizados, luego que murieron no hicieron señales tan conocidas, y maravillosas. Dios N. Sr. declare su voluntad para que V. M. se emplee en honrar, y venerar sus Siervos; cuya Católica Persona guarde y conserve Dios.—Angeles y quatro de Mayo, de mil seiscientos y quatro años.—D. Diego Romano, Obispo de Tlaxcalam."

Volviendo al asunto del presente Capítulo, diremos que después de haber sido observado y aprobado el milagro de la incorrupción del Venerable Cadáver con todas las formalidades de Derecho, continuó el cielo honrándole con maravillosos prodigios.

La admirable fragancia que exhalaba el Venerable Cuerpo, era a veces tan intensa, que traspasando los límites de la sepultura recreaba maravillosamente a los circunstantes, como lo testificó el R. P. Guardián del convento de Puebla, Fr. Pedro de Castañeda, admirando especialmente dicho prodigio, con motivo de hallarse presente cierto sujeto que, habiendo perdido completamente el sentido del olfato hacía más de dos años, percibió maravillosamente el suave olor que arrojaba la sepultura de nuestro Beato.

No fué menos admirable otro caso que sucedió a los nueve años de la muerte del Siervo de Dios. Hallándose de visita en el Convento de Puebla el M. R. P. Comisario General de las Provincias Franciscanas de México, cierto día se reunió con la mayor parte de la Comunidad en la iglesia de dicho Convento para leer a los religiosos una Relación que acababa de llegar acerca de la Beatificación del Venerable Siervo de Dios, Fray Jácome de la Marca. Estaba el M. R. Padre junto al altar de San Francisco, a cuyas espaldas se hallaba el Cadáver de nuestro Beato Sebastián, y apenas comenzó la lectura de la Relación arriba indicada, cuando todos percibieron un olor tan suave que los dejó llenos de satisfacción y consuelo, pareciéndoles que no tenía semejante entre los más exquisitos de la tierra. Interpretaron los religiosos esta fragancia maravillosa de dos maneras, pues unos creían

que era señal de la alegría que nuestro Beato sentía por la nueva gloria accidental que de la Beatificación, que se leía, resultaba a su Hermano en Religión Fray Jácome de la Marca; pero otros la consideraban como un aviso para inducir a los Prelados y a los fieles a que solicitasen y trabajasen por su propia Beatificación. Esta fragancia fué tanto más maravillosa cuanto que por espacio de cincuenta días, se dejó percibir tanto en la iglesia y en la sacristía como en el convento.

Son casi innumerables los prodigios que se refieren, tanto de sangre reciente como de otro suavísimo licor, que salió del Venerable Cadáver y de sus reliquias, a veces con tanta abundancia, que se derramaba por las junturas de la Caja en que se hallaba depositado. Todavía se manifestó más benéfica la Omnipotencia divina, atendiendo aun a los mismos cabellos del Siervo de Dios, como instrumento de muchas maravillas. Un caballero juró que había oído certificar al Sr. Pedro Ortiz de Avilés, que tenía unos cabellos de los que se le habían cortado a nuestro Beato, cuando estaba en el féretro, que habían crecido cuatro tantos más, después de haberlos tenido en su poder, por medio de los cuales había obrado Dios muchos prodigios, aplicándolos a mujeres en peligro de parto, así como también a otras diferentes enfermedades.

Habiéndosele dado al Pbro. Licenciado D. Alonso Muñoz, del Obispado de Puebla, un cabello del Siervo de Dios, de tamaño poco mayor que la uña del dedo pulgar, vió con grande sorpresa que había crecido en el término de un año. Estando refiriendo el prodigio se lo mostró a otros sacerdotes y en el mismo instante se le desapareció de las manos. Afligido el buen sacerdote por el incidente, hizo que se encediesen luces para buscarlo, pero viendo que no aparecía por ningún lado tuvo por ello gran sentimiento y tristeza que demostró con gestos y ademanes algo descompasados. Estos ademanes fueron la causa de que se le abriese la herida que le habían cerrado aquel mismo día al hacerle una punción en el hígado, brotando la sangre en tanta abundancia, que se fué quedando desmayado, sin respiración y sin pulso. Al darse cuenta del peligro, el sacerdote exclamó: "San Aparicio, socorredme que se me acaba la vida"; sin poder articular, por entonces, una palabra más. Comenzaron a aplicarle varios remedios, pero todos resultados inútiles, en orden al efecto de atajarle la sangre, ni recuperar el aliento perdido, tanto que, creyendo ciertamente que se moría, lo tomaron los amigos que se hallaban presentes y se lo llevaron a la cama. Poco después de esta diligencia, uno de los sacerdotes encontró el cabello perdido, y comenzó a gritar: "Ya pareció el cabello, aquí

está" y dirigiéndose al lecho del moribundo, se lo aplicó en la abierta herida. En ese mismo instante volvió en sí el enfermo, diciendo: "Santo Aparicio, gloria sea a Dios, que apareció el cabello". Con el contacto del cabello se estancó la sangre, de modo que ya no salió una gota más, y el enfermo se levantó de su cama sano y alegre.

CAPITULO XXXII

Apariciones del Beato Sebastián de Aparicio

EN el Proceso Apostólico, levantado para la Causa de Beatificación del Beato Sebastián de Aparicio, consta que fueron veintiuna las veces que el Siervo de Dios se apareció después de su tránsito al cielo, socorriendo en todas ellas, las necesidades de sus devotos. Sólo pondremos en este Capítulo las que nos han parecido más notables.

Habiéndose quebrado un niño, llamado Francisco Mínguez de Castro y Urosa, se agrandó tanto la rotura que le producía excesivos dolores y ponía en peligro su vida. No omitieron sus padres diligencia alguna para atender a su curación y evitar el temido peligro, pero viendo que los remedios suaves no daban resultado, se

decidió su padre a ponerlo en manos de los cirujanos, ofreciendo cien pesos al que hiciese la operación con el mayor esmero. Sabedora la madre del niño de esta resolución, se opuso a ella, diciendo que tenía ofrecido su niño al glorioso San Diego y esperaba que el Santo le daría salud. Suspensa la operación, los padres del niño lo llevaron a la iglesia de San Francisco, en donde le mostraron un altar donde se hallaba la imagen de San Diego, diciéndole que se arrodillase delante de dicho santo y le pidiese el remedio de su enfermedad. Pero el niño, dejando ese altar, se fué al de San Francisco, que estaba más adelante, detrás del cual estaba el Venerable Cuerpo del Beato Sebastián de Aparicio. Al acercarse el niño al altar se le apareció el Siervo de Dios y le dijo: "Anda que ya estás bueno de la quebradura, que el Venerable Aparicio te ha sanado; di que te quiten el braguero". El inocente niño, al ver la aparición y sentirse curado, dió grandes voces de alegría y contento. Sus padres, que ya tenían noticia de los muchos prodigios del Beato Sebastián, recelaron de que el paciente hubiese sufrido alguna ilusión y se volvieron con él a su casa, sin haberse atrevido a registrarlo para convercerse si era verdad lo que decía. Pero al siguiente día por la mañana, el niño volvió a gritar diciendo: "Aquí está el Padre viejo de ayer, y dice que me quiten el braguero, que ya el Venerable Aparicio me curó". A las voces,

acudió su padre, y quitándole el aparato, lo halló perfectamente sano y bueno.

Estaba tan gravemente enferma la señora María Rodríguez, esposa de Juan Bautista García, vecino de la ciudad de Puebla, que quedó desahuciada del doctor que estaba muy acreditado en su facultad de medicina. Una noche se le agravó el accidente de manera tal, que todos llegaron a perder las esperanzas de su vida. Pero en lo más fuerte de esta congoja vió que se acercaba a su cama el Beato Sebastián y le decía: "María, no morirás de esta enfermedad, que Dios te quiere dar vida, para que ampares a tus hijos. El viernes te levantarás, e irás a San Francisco, y en su altar saldrá un viejo a decir Misa; la oirás y te llegarás a que te diga un Evangelio". Sucedió esta visión el miércoles en la noche, y habiéndose restablecido totalmente el jueves por la mañana, se fué el viernes a la iglesia, en donde se verificó todo lo que el Siervo de Dios le había indicado, volviendo después a su casa sin la menor señal de su penosa enfermedad.

Gabriel de Santiago, indio que había acompañado y servido de criado al Siervo de Dios en el servicio de las carretas, llegó a ponerse tan grave de la enfermedad de tabardillo, que tanto su mujer como dos hijas que tenía, lo lloraban ya difunto. Al comenzar a amortajarlo, el que yacía yerto y exánime les preguntó qué querían, diciéndoles que allí había estado su amo el P. Aparicio, y le había dicho que no había de morir de

aquella enfermedad. El efecto confirmó la verdad del suceso, pues habiendo recobrado la salud, vivió después mucho tiempo, ejercitándose siempre en aquellas prácticas piadosas que había aprendido del Siervo de Dios, mientras estuvo en su compañía.

Celebrándose unas fiestas en el pueblo de Huejotzingo, al ir a subir a un tablado Gabriel Juárez, indio principal, se le vino el tablado encima, quedando del accidente tan gravemente quebrantado, que a los dos días llegó a perder el habla y el sentido. De ese mismo modo estuvo dos días más, sin serle posible tomar más alimento que una pequeña cantidad de atole. Cuando ya estaba convecido de que su muerte era inevitable, vió entrar por la puerta a un religioso franciscano, que hincando las rodillas delante de una imagen de la Santísima Virgen que estaba en un altar de la habitación, después de haberle hecho una profunda reverencia, se dirigió a su cama y le dijo: "Consuélate, que no será nada tu mal; envía a casa de Diego Pérez por un pedazo de mi hábito, y con él sanarás". Púsole por tres veces las manos sobre las partes lastimadas, y luego se ausentó. Levantó entonces el enfermo la voz, diciendo: "Aquí ha estado el P. Aparicio". A la novedad acudió toda la gente de la casa, a la cual le explicó lo sucedido. Envió luego una persona a casa del referido Diego Pérez para que le trajese un pedazo del hábito del Siervo

de Dios, y habiéndoselo aplicado al mismo tiempo que tomaba algunas partículas de él en un poco de agua, quedó perfectamente bueno y sano.

Habiéndose levantado cierto día de la cama un caballero llamado Martín de Escobar, refirió a unas personas que aquella noche había estado con él el Padre Aparicio y que le había dicho que enmendase su vida, que había de ser muy corta, pues dentro de poco le iba a dar una enfermedad de la que moriría. Procuraron sus oyentes desvanecer aquella idea, diciéndole que tal vez habría sido una ilusión o sueño, pero el caballero insistió en que real y verdaderamente le había hablado el Venerable Siervo de Dios. El suceso comprobó la realidad del caso, pues al mes le asaltó una enfermedad tan violenta que en tres días le quitó la vida.

Pedro López de Angulo, vecino de la Villa de Carrión, se hallaba enfermo en la cama y después de haber estado algún tiempo recogido en su interior, dijo a su esposa que era cierta su muerte; que le encendiese la candela de bien morir, y se la diese. Preguntóle, asombrada, su mujer la causa de aquella petición, a lo que respondió el enfermo, que el Padre Aparicio le había venido a visitar, y le había dicho que ya era hora de caminar. Esto se cumplió perfectamente, pues luego que tomó la candela, al instante murió.

El siguiente caso es una de las pruebas palmarias de la poderosa intercesión del Beato Sebastián ante la presencia de Dios:

Un caballero llamado Luis Gutiérrez de Huesca, que había muerto por un rayo en el campo, se apareció a un amigo suyo, por nombre Miguel de Origuen, y asiéndole del dedo pulgar de la mano izquierda, le preguntó si lo conocía. Respondiéndole el amigo que sí lo conocía, y entonces el difunto le habló en estos términos: "Pues sabed, hermano, que yo estoy en gran trabajo, y necesidad, y la tengo de que se me digan seis Misas en la iglesia mayor, en el altar del Perdón, o de las Animas, y otras cuatro al Padre Aparicio, para que interceda por mí con Dios. Rogaréis también a mi hermano, ayude a favorecer a mis hijas y mujer, y que pague a N. ocho pesos, que le quedé debiendo; y haciendo esto por mí, haréis gran bien a mi alma". Dicho esto, se retiró el difunto, advirtiendo a su amigo que no volviese a mirarle porque le sucedería algo malo. Pero este volvió la cabeza para verle por curiosidad, y en el acto quedó sin sentido, hasta que en la madrugada siguiente volvió en sí, afirmando con juramento ser verdad todo lo referido.

CAPITULO XXXVIII

Milagros que, Después de su Muerte, ha Obrado el Beato Sebastián en Favor de sus Devotos

SIENDO inumerables los prodigios que obró después de muerto el Beato Sebastián, pues pasan de mil doscientos los comprobados y que están reconocidos jurídicamente en el Proceso formado por los Jueces Apostólicos, en virtud del Breve expedido por Su Santidad el Papa Urbano VIII, vamos a poner aquí algunos de los verdaderamente auténticos para estimular la fe y devoción de nuestros lectores hacia el Siervo de Dios.

La Madre Andrea de San Pedro, religiosa concepcionista, que vivía en el convento de la Concepción de la ciudad de Puebla, estuvo en-

ferma durante tres años y medio de una cirrosis grave en el hígado. Atendiéronla para su curación los mejores médicos de la ciudad, pero no obstante su ciencia médica, se vieron precisados a declararle incurable, asegurándole que moriría dentro de breve tiempo, y aconsejándole que viviese siempre preparada, porque no tenía hora segura. Su estado de salud era tan infeliz que ni siquiera le permitía acostarse para tomar el debido descanso. Hablando cierto día en el locutorio del convento con un señor recién llegado de España acerca de su triste situación, dijo éste a la religiosa: "Madre, yo vengo ahora de España, y tengo noticia que en esta ciudad murió un religioso de San Francisco, Fr. Sebastián de Aparicio, el cual ha hecho allá muchos milagros, y acá sé que los hace cada día; encomiéndese a él y ruéguele que le dé salud". Hízolo así desde luego la religiosa, y aunque aquella noche le afligió más que nunca la enfermedad de manera que parecía acercársele la hora de un fatal desenlace, no desmayó sino que redobló sus fervorosas súplicas al Siervo de Dios. En medio de sus oraciones y peticiones, se quedó dormida, oyendo con claridad que le decían estas palabras: "¿Dónde tienes el dolor?" Al oír esto, despertó en seguida, hallándose tan buena y sana que ni siquiera le había quedado señal de la enfermedad que tanto le había hecho padecer.

El señor Juan Ortiz de Zúñiga fué acometido repentinamente de un insulto apoplético, quedando privado de los sentidos y trabándosele de tal manera la lengua que le dejó incapaz hasta para pedir confesión. Afligida entonces su mujer, sacó un lienzo con que se había tocado el cuerpo del Beato Sebastián y aplicándoselo al enfermo, mientras pedía a Dios que lo librase por los méritos de su Siervo de aquel peligroso accidente se siguió con su contacto un copioso sudor, con lo que quedó sano y bueno sin otro medicamento.

Francisca de Espinosa padecía habitualmente desde su nacimiento un fuerte mal de corazón, de tal naturaleza que le hacía perder el sentido y golpearse furiosamente. No obstante que había tomado muchos remedios para dicho mal, nunca pudo verse libre de él ni siquiera por una semana. Habiendo sufrido una vez un fuerte ataque delante de dos personas, éstas compadecidas de su desgracia, trajeron un pedazo de suela de un zapato o sandalia del Beato Sebastián, y también un lienzo con que se había limpiado el sudor al Siervo de Dios cuando estaba en el féretro, y aplicándole ambas cosas a la enferma en el lado del corazón, recobró instantáneamente los sentidos y quedó tan perfectamente sana, que jamás le repitió el mal en todo el resto de su vida.

El R. P. Fr. Benito Bravo, franciscano, enfermó de perlesía en el convento de Huejotzin-

go, y se puso en camino para curarse de su enfermedad en la enfermería del convento de Puebla. En el viaje le sobrevino una apoplejía, de la que se agravó tanto que al llegar a la ciudad de Puebla, quedó privado de movimiento y de sentido. A la fuerza de las medicinas pudo volver en sí, pero quedó tan balbuciente e impedido de la lengua, que no se le entendía palabra de cuanto hablaba. El mismo médico que le curaba, le dió un pedazo pequeño de lienzo teñido en sangre del Siervo de Dios, y colocándoselo en la lengua, recuperó el habla y quedó sano de ambas enfermedades.

El señor licenciado don Bartolomé de Espinosa llegó a cegar del todo, a causa de dos nubes que se le formaron en los ojos. Afligida su madre, acudió con fervorosas súplicas al Beato Sebastián, en demanda de la salud de su hijo, y confiada en los méritos del Siervo de Dios le puso sobre los ojos un dedo del Beato que tenía en su poder. El paciente tuvo sobre los ojos durante dos horas el dicho dedo, y habiéndose quedado dormido, despertó después; viendo con sorpresa y gran alegría que habían desaparecido las nubes y que su vista había recobrado la antigua claridad.

Estando en un pueblo de Yucatán el P. Fr. Francisco de Fontidueñas, supo que había dado a los indios una peste llamada cocolixtli, considerada por todos como incurable. Llamó a un indio de los principales, y dándole tierra del se-

pulcro del Siervo de Dios le dijo que se la diese a beber deshecha en agua a los apestados, encomendándose a la vez a Dios y al Beato Sebastián. Habiéndose despedido de dicho pueblo el Reverendo Padre, y habiendo caminado ya dos leguas, fué a alcanzarle el referido indio principal pidiéndole por amor de Dios que le diese más tierra del Beato, porque todos los enfermos que la habían bebido, habían sanado al momento.

La señora Constanza Díaz tenía una casa y una hacienda a orillas del río Atoyac, el cual crecía todos los años en tiempo de aguas, tanto que no se podía vadear y con sus avenidas y corrientes amenazaba ruina a los vecinos, a las casas y a los sembrados. En cierta ocasión llegó a subir de tal manera que sus batientes aguas amenazaban la casa y hacienda de dicha señora. Acongojada ésta con tal peligro, tomó un pedazo de la coraza de la silla, en que solía cabalgar el Beato Sebastián, cuando se hallaba más molestado de sus habituales achaques, y atándolo con un cordel, lo arrojó al agua, dejándolo afianzado por el otro extremo a una mata de hierba, y hecha esta diligencia se metió en su casa. Los de su casa, que estaban mirando el río, comenzaron a gritar al punto, viendo que había menguado el agua. A los gritos salió la señora de su casa y encontró ser verdad que las aguas, al contacto de la reliquia, se habían retirado todo lo que era necesario para que desaparecie-

ra el peligro de que se llevara su casa y hacienda.

Como estos prodigios hay otros muchísimos realizados por nuestro Beato Sebastián, pero siendo imposible relatarlos en la brevedad de un capítulo, voy a poner aquí sumariamente los que constan en los Procesos Apostólicos para su Beatificación y Canonización.

En dolores y otros achaques incurables de cabeza, rostro, ojos, oídos y nariz, ciento cuarenta y dos milagros, en los que entran algunos ciegos que recobraron la vista. En dolores y otros achaques de muelas, garganta, pecho, estómago, vientre, orina, brazos y piernas, ciento cuarenta y cuatro. En roturas de niños y hombres grandes, treinta y siete. En males de madre, corazón, hijada y de costado incurables, treinta y siete. En pasmos, tullimientos, viruelas, llagas, apostemas, flujos de sangre y otros graves achaques, ochenta y cinco. En calenturas, disenterías, heridas mortales, y otros incurables accidentes, cuarenta y nueve. En tabardillos irremediables, cincuenta y cinco. En otras varias enfermedades, cuyos nombres no se especifican, ochenta y dos. En tempestades de granizo y piedra en la tierra, y de viento en el mar, y en otros varios socorros, no sólo a favor del hombre, sino también de los brutos y animales, y en otros diversos casos admirables, ciento cincuenta y seis. Además veintiuna ocasiones en que se ha aparecido a sus devotos corporal o intelectualmente, y nueve muertos resucitados.

CAPITULO XXXIV

Demostraciones de Regocijo que Hicieron en México al Recibirse de Roma el Decreto de la Heroicidad del Siervo de Dios Fr. Sebastián de Aparicio

LUEGO que voló al cielo el alma de nuestro Beato Sebastián, alegres y repetidas voces resonaban por las calles y plazas de la ciudad de Puebla, aclamando como santo al Siervo de Dios. "Vamos a ver al Santo, decían, que ha muerto en San Francisco". Esta frase explica claramente el concepto que se tenía de la heroicidad de sus virtudes, concepto que se radicó fuertemente en los corazones a la suave violencia de sus prodigios.

Aún no se había sepultado su Venerable Cuerpo, cuando se comenzaron a practicar las

diligencias que dictó la discreción, celo y prudencia del Excmo. Sr. Obispo de Tlaxcala, D. Diego Romano para levantar una cuidadosa Información acerca de los prodigios del Siervo de Dios. A estas diligencias siguieron las que señala la jurisprudencia de la Iglesia en estos asuntos, de Ordenes, Comisiones, Exámenes, Procesos, Revisiones, Congregaciones, Abogados, Promotores, Ponentes, Procuradores, Escritos, tiempo, expensas y fatigas, todo con las dificultades que trae consigo la gran distancia de Roma al Nuevo Mundo.

Deseosos del más pronto y feliz éxito de la Causa del Siervo de Dios, interpusieron sus súplicas los reyes, príncipes, cardenales, ciudades, Ordenes Religiosas, universidades y colegios. Habiendo logrado ver publicado el Decreto en que se declaró "constar de la fama de santidad, virtudes y milagros en género del Siervo de Dios Fr. Sebastián de Aparicio", se persuadió la generalidad de sus devotos de que, habiéndose expedido éste el trece de junio de 1693, no pasaría tal vez el año de 1695, sin que llegase el momento dichoso en que se declarase lo heroico de sus virtudes, aproximándole así a su Beatificación, suspirada por todos. Pero la Providencia había decretado para ese efecto el día dos de mayo del año 1768, en que Su Santidad el Papa Clemente XIII expidió el correspondiente Decreto acerca de la heroicidad de su santidad y virtudes. "Hemos declarado y decretado, dícese en

el Decreto, que consta de las Virtudes Teologales de fe, esperanza y caridad para con Dios y el prójimo, y de las Cardinales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, y sus anexas, en grado heroico del Venerable Siervo de Dios, Fr. Sebastián de Aparicio, Lego profeso del Orden de los Religiosos Menores de la Observancia de S. Francisco, en el caso y para el efecto de que se trata".

Al publicarse el referido Decreto se reanimaron los afectos de todos los habitantes del Nuevo Mundo, especializándose en demostraciones de alegría y regocijo, los que se consideraban más interesados en las glorias del Siervo de Dios. La Provincia del Santo Evangelio, que veía aproximarse el deseado día en que se venerase en los altares un hijo suyo tan benemérito, tras las fatigas y desvelos de varios años en orden a este fin, manifestó su júbilo el 11 de septiembre del año de 1768, dando gracias al Altísimo con el acostumbrado Himno **Te Deum laudamus,** en su Convento principal de la ciudad de México, a las 4 de la tarde, mientras se dejaba oír un repique general de campanas en todas las iglesias franciscanas de la ciudad; como también celebrando solemnemente el Santo Sacrificio de la Misa, al día siguiente, con el mismo espíritu y objeto. No satisfecha con esta demostración particular de la Orden Franciscana la devoción y generosidad de la Colonia Gallega, residente en la ciudad de México, determinó repetir por su

parte la misma acción de gracias en la iglesia de dicho convento, convidando para ello a los personajes más distinguidos de la sociedad; siendo numerosísimo y lucidísimo el concurso que en el día de esa fiesta asistió a la Misa, que fué cantada por el Dr. y Mro. D. Agustín de Quintela, natural de la ciudad de México. A la Misa que ofició la Capilla en pleno de la Santa Iglesia Catedral, siguió el **Te Deum,** con que terminó la función dicha Capilla.

La dichosísima ciudad de Puebla de los Angeles, escenario el más distinguido de los prodigios del Siervo de Dios, en el que dejó los despojos incorruptos de su cuerpo y renació su espíritu a la vida inmortal de la gloria, creyéndose más obligada que cualquiera otra ciudad del país a celebrar la fausta noticia, ordenó con la solemnidad de un Bando que se adornasen las casas con colgaduras en los días 27, 28 y 29 del referido mes de septiembre y se iluminasen generalmente en sus respectivas noches.

Además de haber manifestado su singular afecto al Siervo de Dios, el Venerable Prelado de la Diócesis, Excmo. Sr. Dr. D. Francisco Fabián y Fuero, imprimiendo a su costa en latín y en castellano el referido Decreto, quiso demostrar su devoción hacia el mismo, iluminando el palacio de su habitación con copiosa multitud de hachas de cera, y ordenando que todas las parroquias y conventos, de su filiación, acompañasen a la matriz en los solemnes repiques, que en ce-

lebridad de tan gran objetivo, se repitieron, en aquellos tres días. El día 28, segundo de los ya referidos tres días, a las cuatro de la tarde fué la ciudad acompañada de las autoridades civiles, a la iglesia del convento de San Francisco, para asistir al **Te Deum,** que en debida acción de gracias se cantó por los religiosos de la Orden Franciscana con asistencia tanto del venerable Clero, como de las Comunidades Religiosas, colegios y gentes pertenecientes a la nobleza de la ciudad. Esta demostración la repitió con igual afecto cada una de las respetables Corporaciones antedichas el siguiente día, asistiendo a la Misa que celebró con la mayor solemnidad el R. P. Guardián del convento de San Francisco.

A la fiesta de la ciudad siguió la función celebrada por la Colonia Gallega en los días 24 y 25 del siguiente mes, llamando poderosamente la atención la generosidad y devoción de los paisanos del Siervo de Dios, tanto en la iluminación de sus casas, como en la del templo de San Francisco, en donde, después de haberse cantado por la Comunidad el **Te Deum,** acompañado de selecta orquesta, se terminó la acción de gracias con una Misa cantada por el R. P. Superior del convento franciscano.

Estas demostraciones excitaron en todas las clases sociales una general y devota impaciencia de que llegase el día en que pudiesen llevar solemne y públicamente al pie de los altares la veneración que hasta entonces la obediencia a los

sabios Decretos de la Santa Sede había mantenido dentro de los estrechos límites de su bien fundada piedad privada. Dios satisfizo estos gratos deseos, cuando el Sumo Pontífice Pío VI decretó la solemne Beatificación del Siervo de Dios el día 17 de mayo de 1789, concediendo misa y oficio propio del Beato Sebastián de Aparicio a toda la Orden Franciscana, enalteciendo así al que es honor y gloria de la Provincia del Santo Evangelio de México. El Decreto de Beatificación del Siervo de Dios produjo alegría indescriptible en todos sus devotos, y para honrarle se celebraron brillantísimas ceremonías y fiestas en todos los conventos y templos de la Orden Franciscana en México.

CAPITULO XXXV

Hospicio o Ermita de San Aparicio

DESPUES de la muerte del Beato Sebastián, los superiores de la Orden nombraron como sucesor del Siervo de Dios en el oficio de transportar con carretas las semillas que de limosna daban los fieles para los religiosos del convento de Puebla, al Hermano lego Fr. Matías Granizo, hombre notoriamente ejemplar y virtuoso. Sabedor Fr. Matías de que al Norte de Puebla, como a unos cuatro kilómetros de la ciudad, había un sitio al pie de un grueso encino, en donde el Beato Sebastián acostumbraba albergarse, llevado de la devoción al Siervo de Dios, resolvió elegirle también para su morada en sus excursiones al campo. Pero como el lugar estaba enteramente a la intemperie y no podía aguantar la incomodidad de dormir al descubierto, como lo hacía el Siervo de Dios, construyó

una pequeña casilla a orillas de una barranca, por donde desaguan los montes vecinos; como a una cuadra de distancia del famoso encino. En esa casita, solía albergarse Fr. Matías, en sus correrías por el campo en busca de las limosnas de los bienhechores.

Muerto Fr. Matías, le sucedió en el oficio otro religioso lego, que también gozaba de buena opinión, llamado Fr. Juan Marín. Movido Fr. Juan de su devoción a la Reina de los ángeles, María Santísima, fabricó desde luego en honor de la madre de Dios, una pequeña ermita, inmediata a la casita hecha por Fr. Matías, colocando en ella una pintura, como de dos varas de alta, que le había dado de limosna un Terciario Franciscano de Hábito descubierto. Representaba la pintura a la Santísima Virgen en su huída a Egipto. Considerando pues los peligros a que estaban expuestas tanto la ermita como la casita en tiempos de aguas, a causa de las crecidas avenidas, resolvió cambiar de sitio, eligiendo para construir casa y ermita, el inmediato al encino en que se albergaba el Beato Sebastián.

Antes de poner en ejecución su pensamiento, habló con la autoridad correspondiente para que se le diese el terreno elegido. Noticioso de tan religioso deseo el Marqués de Cadereita, a la sazón Virrey de la Nueva España, hizo donación del lugar solicitado en nombre del Rey, al convento de San Francisco, al que se le dió posesión por parte y con intervención del Ayunta-

miento de la ciudad de Puebla. Hecho el plano correspondiente para la construcción de casa y capilla, bendijo el lugar el Dr. Pbro. D. Pedro Crespo de Rojas, del Cabildo de Puebla, acompañado de otros sacerdotes y varios caballeros, entre ellos algunos militares, todos los cuales con el azadón hicieron la ceremonia de abrir los cimientos de la fábrica, firmando solemne promesa de que con sus limosnas cooperarían para terminarla en atención a su gran devoción al Siervo de Dios Fray Sebastián de Aparicio. Concluída la capilla, a la que se le dió la extensión de una mediana iglesia, así como también una celda para albergue de los religiosos que pasasen por el lugar, se hizo el traslado a ella de la imagen o pintura que estaba en la capillita anterior, dándole el nombre de Nuestra Señora del Destierro. Todas estas diligencias, así como también la licencia para celebrar en la capilla el santo sacrificio de la Misa, fueron precedidas del correspondiente permiso del Cabildo Sede vacante por muerte del Sr. Obispo de Puebla, D. Gutierre Bernardo de Quirós.

A los noventa y tres años de la fundación de la capilla, el Ilustrísimo Sr. Obispo de Puebla, D. Juan Antonio Lardizábal y Elorza, deseando que se estableciesen en ella los RR. Padres Misioneros Apostólicos del Colegio de la Santa Cruz de Querétaro, consiguió del Excmo. Sr. Virrey, Marqués de Casafuerte, que expidiese un Decreto en 19 de septiembre del año de

1732, en virtud del cual concedió su licencia para erigir en Hospicio de dichos Reverendos Padres Misioneros, la mencionada ermita o capilla.

Aunque el titular de ese santo lugar es el de Nuestra Señora del Destierro, por la Imagen de la Santísima Virgen que en él se venera, sin embargo la fama inalterable de santidad del Siervo de Dios que lo habitó, ha hecho que sea comunmente conocido con el de Hospicio o Ermita de San Aparicio, interviniendo mucho en esta denominación los muchos favores que del Beato Sebastián obtienen sus devotos, valiéndose como instrumento del ya referido encino.

Este encino, debajo del cual se albergaba el Beato en sus correrías por el campo en demanda de limosnas para los religiosos de Puebla, tenía en su tronco un hueco bastante grande, en donde el Siervo de Dios se metía para hacer su oración y rezar sus devociones. Dicho árbol todavía se conservaba a fin del siglo XVIII, pero no tenía en su tronco más que pura corteza, si bien sus ramas se conservaban verdes y producían muchas bellotas de las cuales, así como también de las hojas, se servía la devoción contra toda especie de enfermedades, especialmente quebraduras, fiebres y partos. Cuando se les enfermaban a los labradores los ganados, usaban de dichas hojas como específico, machacándolas y dándoselas a beber desleídas en agua, experimentando así el fruto de su piadosa fe y

confianza en el Beato Sebastián. Además de los innumerables beneficios conseguidos por los dichos medios, los devotos solicitaban con ansia, una especie de licor o resina que despedía de sí dicho encino y el que usaban como remedio universal contra todo género de dolencias, aún incurables. Como prueba de lo dicho, van a continuación dos casos verdaderamente prodigiosos.

En el tiempo en que atendía la recién fundada Ermita Fr. Juan Marín, según atestiguaron él mismo y otros religiosos, llegó a ella un enfermo en un estado deplorable que tenía todo el cuero cabelludo completamente roído y manando de él por todas partes materias pestilentes. Llegado al lugar, se dirigió inmediatamente al encino y esperando el remedio de su mal de la resina del árbol, se untó con ella la podrida cabeza, entrando después en la capilla y postrándose ante el altar de la Santísima Virgen. Allí se quedó dormido un corto rato, pasado el cual se despertó, publicando a grandes voces su milagrosa curación, de la que dió testimonio, dejando colgados en las paredes de la capilla, cuatro pedazos del podrido cuero cabelludo, de dos dedos en cuadro cada uno, para que publicasen el poder que tiene para con Dios la eficaz intercesión del Beato Sebastián.

El segundo prodigio, acaecido el día 10 de agosto de 1663, en el mismo lugar, está revestido de circunstancias mucho más admirables. Había en la ciudad de Puebla un hombre notoria-

mente loco, y tratado como tal por todos sus vecinos. Este pobre enfermo, se entró cierto día sin abrigo y sin sombrero, y con ademanes de fuioroso en la celda del religioso que cuidaba de la Capilla, preguntando por el árbol del Padre Aparicio. El religioso, que a la sazón estaba tomando sus alimentos, intentó sosegarlo, ofreciéndole algunas cosas de comer, pero despreciando el enfurecido hombre la invitación, repetía sus instancias para que se le mostrase el árbol que buscaba. El religioso, atemorizado no tuvo más remedio que salir de la celda y enseñárselo. Dirigióse al punto hacia él el infeliz demente, y abrazándolo con demostraciones de fervor y devoción, tomó de su resina y untándose con ella la cabeza y la cara, se acostó al pie del mismo árbol. Quedóse luego dormido por espacio de algo más de una hora, al terminar la cual se despertó, dando evidentes señales de haber recobrado enteramente el juicio. El religioso le instó nuevamente para que tomase alimento, a lo que accedió, manifestando su gratitud con el mayor concierto en sus palabras y expresiones. Vuelto a la ciudad, vivió en ella dos meses, siendo objeto de la admiración de todos, tanto por el beneficio referido como por haber logrado el favor de morir con santas disposiciones.

Del dicho encino, en la actualidad, ya no existen sino algunos restos, pero sí se conserva el pueblito que se edificó alrededor de la ermita

y que se llama San Sebastián de Aparicio. Posteriormente los religiosos levantaron un convento en la parte Norte de la Capilla con catorce celdas en la parte alta y otras tantas en la parte baja. Por la escasez de agua, se ingeniaron los religiosos en recoger la que bajaba de los tejados por medio de canales en unas ollas que empotraron dentro de la pared alrededor de los claustros. Todavía pueden verse en la actualidad las sesenta y dos ollas, además de dos algibes que hay en la parte posterior del convento. En dicho pueblo se tributa al Beato Sebastián culto especial el día 25 de cada mes, celebrándose también una solemne fiesta anual el día 25 de febrero, día señalado por el calendario eclesiástico, para la festividad de nuestro glorioso Beato.

INDICE

Pág.

PROLOGO 5

Oración al Beato Sebastián..... 11

CAPITULO I

Su nacimiento y cristiana educación. Protección del Cielo 13

CAPITULO II

Se ausenta el Beato de su casa. Triunfos de su pureza. Su venida a México..... 17

CAPITULO III

Pasa el Beato Sebastián a la ciudad de Puebla. Sus ocupaciones en ella. Establécese en la ciudad de México 23

CAPITULO IV

Practica el B. Sebastián las virtudes en su oficio de labrador. Tentaciones y asechanzas que pone a su virtud el demonio..... 29

CAPITULO V

Pág.

Contrae el B. Sebastián nupcias y conserva íntegra en ambas su pureza virginal..... 35

CAPITULO VI

Renuncia el B. Sebastián todos sus bienes temporales. Ejerce el oficio de sirviente en el monasterio de Santa Clara, de México..... 41

CAPITULO VII

Entra el B. Sebastián en la Primera Orden Franciscana. Su noviciado y profesión en ella..... 47

CAPITULO VIII

Destina la Obediencia al B. Sebastián al convento de Tecali y después a nuestro gran convento de Puebla, donde ejerce el oficio de limosnero..... 53

CAPITULO IX

Deja por obediencia el B. Sebastián el oficio de carretero y se le destina a otros ministerios en el convento de Puebla..... 59

CAPITULO X

Obedecen prontamente al B. Sebastián de Aparicio tanto los bueyes de sus carretas, como los animales indómitos y hasta las criaturas insensibles..... 65

CAPITULO XI

Pág.

Socorre Dios maravillosamente al B. Sebastián en sus necesidades 71

CAPITULO XII

Santa Simplicidad del B. Sebastián..... 77

CAPITULO XIII

Maravillosa fe y generosa esperanza del B. Sebastián. 83

CAPITULO XIV

Caridad para con Dios y para con el prójimo del B. Sebastián 89

CAPITULO XV

Prudencia singular del B. Sebastián de Aparicio y celo ardiente que tuvo de la honra de Dios y bien espiritual del prójimo..... 95

CAPITULO XVI

Piedad singularísima y fortaleza invencible del B. Sebastián 101

CAPITULO XVII

Singular templanza y profundísima humildad del B. Sebastián 107

CAPITULO XVIII

Pág.

Admirable paciencia y extrema pobreza del B. Sebastián 113

CAPITULO XIX

Rígida y austera penitencia del B. Sebastián..... 119

CAPITULO XX

Admirable obediencia y virginal pureza del B. Sebastián 125

CAPITULO XXI

Extasis maravillosos del B. Sebastián..... 131

CAPITULO XXII

Apariciones de la Santísima Virgen y de los Santos Angeles al B. Sebastián de Aparicio y algunos singulares favores que de ellas recibió..... 137

CAPITULO XXIII

Favores especiales que recibió el B. Sebastián de sus santos abogados 143

CAPITULO XXIV

Concede Dios al B. Sebastián el don de profecía y penetración de secretos del corazón..... 149

CAPITULO XXV

Pág.

Conocía el B. Sebastián, por especial favor de Dios, el estado que muchas almas tenían en la otra vida. 155

CAPITULO XXVI

Milagros que obró Nuestro Señor por los méritos e intercesión del B. Sebastián durante su vida mortal 161

CAPITULO XXVII

Muerte preciosísima del B. Sebastián..... 167

CAPITULO XXVIII

Maravillas que Dios obró en el sagrado cuerpo del B. Sebastián, antes de ser sepultado..... 173

CAPITULO XXIX

Maravillas que obró Dios en el entierro del B. Sebastián 179

CAPITULO XXX

Maravillosa incorrupción del cuerpo del B. Sebastián. 185

CAPITULO XXXI

Maravillas que ha obrado Dios en las reliquias del B. Sebastián 191

CAPITULO XXXII

Apariciones del B. Sebastián de Aparicio..... 199

CAPITULO XXXIII

Pág.

Milagros que, después de su muerte, ha obrado el B. Sebastián en favor de sus devotos..... 205

CAPITULO XXXIV

Demostraciones de regocijo que hicieron en México al recibirse de Roma el decreto de la heroicidad del Siervo de Dios Fr. Sebastián de Aparicio..... 211

CAPITULO XXXV

Hospicio o ermita de San Aparicio..... 217

D. M. e. O.

Impreso en los Talleres Linotipográficos de la Empresa Editorial "BEATRIZ DE SILVA", Calle de Iturbide Nº 26, Ciudad de México.